

Hans Ruesch

EL PAÍS DE LAS SOMBRAS LARGAS



se

En esta novela, que podemos considerar un clásico contemporáneo, se cuenta la aventura diaria de los «innuits» (los hombres), habitantes de las regiones más polares de nuestro planeta, y de las peripecias, a veces cómicas y otras veces dramáticas, de sus relaciones con el hombre blanco.



Hans Ruesch

El país de las sombras largas

El país de las sombras largas - 1

ePub r1.1
Zombie 14.02.16

Título original: *Top of the World*
Hans Ruesch, 1950
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Zombie
Corrección de erratas: polaris
ePub base r1.2



LOS HOMBRES

Cuando al despertarse Ernenek levantaba la cabeza del saco de pieles, su primer pensamiento era habitualmente para el montón de carne puesta a podrir cerca de la lámpara para que se hiciera tierna y gustosa. Pero no aquel día.

Aquel día viendo a Siksik en un rinconcito del pequeño iglú, dispuesta a estregar las ropas de su marido, tomó una súbita decisión antes de satisfacer las exigencias de su estómago: puesto que contribuía más de lo que era su deber al mantenimiento de la minúscula comunidad, bien podía pretender participar también de los derechos conyugales de Anarvik, sin necesidad de pedirle permiso cada vez que le hacían falta los servicios de Siksik.

Ernenek nunca había tenido una mujer propia, porque era joven y porque en los hielos del extremo norte escasean las mujeres tanto como abundan los osos; sin embargo, conocía la importancia de tener una mujer propia, hábil en raspar las ropas y en confeccionar calzado, y con la cual podía uno charlar durante la noche.

Sobre todo donde la noche dura cinco meses.

Precisamente ahora, antes de partir para la caza, le habría gustado reírse un par de veces con Siksik, pero bien se daba cuenta de lo que convenía y de lo que no convenía a un verdadero hombre; por eso sabía hasta qué punto era inconveniente gozar de los favores de una mujer sin haberle pedido antes permiso al marido.

Y Ernenek ponía siempre cuidado en no cometer ninguna inconveniencia.

Con todo, ya estaba cansado de pedir permiso. Y no porque Anarvik se lo negara, pues rehusarse a prestar su propia mujer o el cuchillo, habría sido digno de inaudita mezquindad; pero, así y todo, el pedir continuamente favores no era digno de quien pertenece a una raza tan orgullosa que sus miembros se llaman a sí mismos sencillamente inuit, es decir hombres, para dar así a entender al mundo que las otras razas, comparadas con la suya, no pueden considerarse compuestas por verdaderos hombres: y esto, aunque el resto del mundo no sea de la misma opinión y los llame esquimales, término despectivo que les daba el pueblo limítrofe piel roja Algonquior y que significa «comedores de carne cruda».

Muchas de esas tribus no merecen ya tal nombre; pero el exiguo número de esquimales polares que lleva una existencia nómada en las regiones centrales del Ártico, cerca del Polo magnético, regiones inaccesibles para el hombre blanco, no cambiaron su tosca manera de vivir, la misma de cuando la raza humana era joven. Son como niños, alegres, ingenuos y sin piedad.

En la época de los tanques de guerra, empuñan todavía arcos de cuerno y huesos de ballena, y flechas con punta de piedra; se reparten el producto de la caza y no saben mentir. Hasta tal punto son de toscos...

Ernenek era un esquimal polar.

Sobre la lámpara de esteatita, el té se estaba enfriando. Siksik llenó un tazón y, bamboleándose, con los pies separados a causa de las calzas de piel de foca que le

llegaban hasta la ingle, se lo llevó a Ernenek con una sonrisa. El hombre y la mujer, vestidos del mismo modo, ambos rechonchos y musculosos, pero con pies y manos pequeños, y con el mismo rostro chato, grueso y campechano, se distinguían en su aspecto sólo por los cabellos, que el hombre llevaba largos y sueltos, mientras que la mujer se los había levantado cuidadosamente, con un peinado muy alto, en forma de torre, sostenido con espinas de pescado.

—¿Dónde está Anarvik? —preguntó Ernenek tomando el tazón.

—No es imposible que haya ido a cazar a la bahía de la Morsa Ciega —dijo Siksik—. Ocurre que hace un sueño ustedes dos se devoraron una foca entera —agregó riendo, y Ernenek le hizo eco, con esa risa fácil y siempre pronta de su raza.

El té estaba caliente como vientre de mujer, es decir, demasiado caliente para Ernenek, que no soportaba el calor. Lo sopló largamente antes de beberlo, mientras escrutaba a Siksik por encima del tazón. Luego se lo bebió todo de un trago, juntó las hojitas que habían quedado en el fondo, se las comió y salió del saco. Llevaba puesto un ligero vestido hecho de piel de garzas marinas, con el plumón hacia adentro. Sobre éste se puso un pesado sayo de piel de oso, con el pelo hacia afuera, y metió el extremo de las calzas en un par de botines de cuero de foca.

Encorvado, porque la bóveda de hielo era demasiado baja para él, cortó con el cuchillo circular gruesas tajadas del montón de carne sobada y pasada de sazón y con la palma de la mano se llenó la boca.

Se deslizó gateando por el estrecho túnel de nieve, apoyándose en los codos y las rodillas, y arrastrando detrás de sí, tomado de las orejas, al perro cabeza de trineo, salió del iglú. El resto del tiro los siguió, sacudiéndose la escarcha del espeso pelo, ladrando por el hambre y descubriendo los dientes, aplanados a golpes de piedra para que no devorasen los arreos del trineo; con más de lobos que de perros, mostraban agudos hocicos y ojos amarillos y relucientes.

Ernenek se aseguró de que todos llevaban las abarcas que debían protegerles las patas de la mordedura de los hielos y de la sal marina. Luego los enganchó al trineo, subió a éste, retiró el ancla sepultada en un montón de hielo y agitó el látigo. Los perros avanzaron sobre el mar congelado, mientras se abrían en abanico y hacían crujir las correas con que cada uno estaba atado separadamente al trineo.

Hacía calor, apenas unos quince grados bajo cero, de manera que Ernenek no se veía obligado a trotar junto al trineo para calentarse, sino que podía gozar del paseo, sentado cómodamente en el pescante. Al sur, el firmamento se había teñido de azul, reverberación de un sol ausente, azul que se iba esfumando poco a poco, convirtiéndose en violeta, hacia el norte.

Bajo aquel pálido cielo, la tierra se mostraba anémica y descolorida, sin matices ni sombras, como a los ojos de los perros, que no distinguen los colores.

El Océano Glacial, congelado en un espesor de un par de metros, estaba recubierto de una delgada capa de nieve en la que se marcaban las huellas del trineo de Anarvik. A la derecha se veían cadenas de montes abruptos y colinas cónicas,

blancas y desnudas. A la izquierda, sólo la bruma primaveral limitaba el océano.

Ernenek no se volvió ni siquiera una vez para echar una mirada al minúsculo iglú, solitaria bolita de hielo puesta sobre el techo de la tierra. Su cerebro, que a causa de su modesta capacidad sólo podía albergar un pensamiento por vez, se tendía enteramente hacia la gran bahía donde debía encontrarse Anarvik. Estaba tan absorto en su propósito que se había olvidado de llevar consigo la indispensable grasa de foca que da luz y calor. Lo preocupaba demasiado el pensamiento de la petición que iba a hacer a Anarvik, para pensar en otras cosas.

A toda petición podía responderse de dos maneras: Ernenek sabía por lo menos esto, aunque ignorase muchas cosas. Si Anarvik aceptaba, Ernenek se sentiría humillado por haber recibido un favor más. Anarvik era orgulloso, un verdadero hombre, y sería muy capaz de mortificarlo con un consentimiento inmediato, por lo que para rehacer su dignidad perdida Ernenek se veía obligado a redoblar sus esfuerzos de cazador, y a su vez, mortificar al compañero haciéndole el don de grandes cantidades de caza.

Si en cambio, Anarvik le negaba el permiso pedido, Ernenek podría mofarse de él por su avaricia y mezquindad; pero de todos modos éste sería un consuelo bien magro, comparado con la molestia de tener que buscarse una compañera en otra parte, para lo cual debería emigrar solitario, por uno o dos años, hacia el sur, donde abundan las mujeres, pero escasean los osos; hacia el país del sol alto y de las sombras cortas, poblado por tribus cuyas costumbres son extrañas a un esquimal polar, y por tanto desagradables. De un modo u otro, una vez hecha la petición, sus días estarían colmados de dificultades.

Sin embargo, todavía no podía marcharse. Hacía ya dos años que Anarvik le prometía la inminente llegada de su hermano Ululik.

—Tiene dos hijas y tú podrías elegir una —le había dicho riendo. Mas las estaciones pasaban, Ernenek esperaba en vano, y Anarvik se había limitado a encogerse de hombros y a decirle—: Tal vez venga para fines del próximo invierno. Un invierno más o menos parecía tener poca importancia para él, que había visto muchos. Pero para Ernenek, que había visto pocos, no era así. ¿Y si al fin de cuentas Ululik no venía? Podía haber cambiado de idea. O haberse muerto. O haber dado las hijas a otros.

Y Ernenek estaba cansado de esperar. El trineo de Anarvik apareció a la vista puntito negro sobre la enorme extensión del mar congelado y Ernenek incitó al tiro gritos y azotes. Al cabo de una hora el puntito se había convertido en una línea, luego el trineo se hizo visible, y por fin aparecieron Anarvik y los perros. Los perros estaban vivamente excitados.

Ernenek arrojó el ancla del trineo, aseguró el tiro de perros y avanzó a pie sobre el hielo. A pesar de su impaciencia, andaba lentamente, por la fuerza de la costumbre, con pasos medidos, para no ahuyentar a las focas que había por debajo de la costra helada. Anarvik, extendido en el suelo, le volvía las espaldas. Ernenek se detuvo

detrás de él y un poco de lado; le veía el rostro oscuro y, a pesar de la capa de aceite y hollín, las arrugas excavadas por los años alrededor de las sienes; los ojos oscuros, oblicuos y astutos; la renegrida melena, que cortada en flecos sobre la frente, le caía a los lados, rígida por la capucha del sayo, mientras que por detrás se le desparramaba desordenadamente sobre la espalda.

—Alguien tiene que hacerte una pregunta —dijo Ernenek con voz fuerte, para darse ánimo.

—¡Silencio! —le mandó Anarvik sin volverse—. Un hombre que trabaja no puede escuchar preguntas. Una cosa por vez.

Desalentado, Ernenek se le acercó en silencio, por ver qué hacía su compañero. Anarvik no estaba al acecho, con el arpón en la mano, al borde de uno de esos pozos de aire que las focas abren en la capa de hielo, sino que estaba ocupado con su cuchillo, de rodillas sobre una piel de caribú, para no quedarse helado en el suelo. Lleno de curiosidad Ernenek miró en torno y descubrió el objeto del interés de Anarvik y de la excitación de los perros: un oso.

Y ese oso tenía hambre.

Meses de dura vida le habían consumido la grasa acumulada durante el verano, y el largo manto invernal le pendía flojo alrededor de los flancos descarnados. El oso polar no invernaba, mientras todo el mundo animal emigraba hacia el mediodía o se retiraba debajo de la costra helada del mar, en busca de reposo y calor, sólo el oso continuaba cazando y pescando a la luz de las estrellas, para él y para la compañera, que paría en una guarida excavada en el hielo.

Poco tiempo antes ese oso había desanidado a un armiño hembra a la que había devorado con toda su prole aún no nacida. Ahora, excitado su apetito, observaba atentamente a los dos hombres.

En aquella región todo lo que se mueve es exclusivamente carnívoro. El oso es la presa más codiciada por el hombre; el hombre, la presa más codiciada por el oso. Allí no se ha decidido todavía del todo cuál de los dos es el rey de la creación.

—No es imposible que alguien intente abatir este oso —dijo Anarvik ostentando indiferencia.

Trémulo por la avidez de la caza, Ernenek dijo:

—Soltémosle los perros.

Anarvik meneó la cabeza.

—Podrían hacerlo huir, o él mataría muchos perros. Y no tenemos demasiados. No, Ernenek. Deja que un estúpido hombre siga, como de costumbre, el camino más lento, pero más seguro.

Con un cuchillo de piedra había separado una varilla del arco de ballena. Arrolló la varilla, dejó que ésta se disparara para probar su elasticidad y luego le aguzó las puntas. Después sacó de su sayo una bola de grasa de foca que había puesto a ablandar al calor de su cuerpo y, operando rápidamente antes de que la grasa se congelara, envolvió con ella la varilla de ballena enrollada. Apenas puesta sobre el

hielo, la grasa de endureció.

Anarvik comenzó a avanzar a gatas hacia el oso y éste retrocedió gruñendo y a saltitos; Anarvik se detuvo; gesticulando, lanzó gritos de lamento, y el oso volvió con cautela, describiendo un semicírculo. Los ralos bigotes de Anarvik vibraron cuando arrojó la amarilla bola sobre la delgada capa de nieve.

El cebo fue a parar a unos pocos pasos del oso, que lo husmeó, lleno de curiosidad, alargando el cuello y gruñendo receloso. El hambre le incitaba a comer; pero otro instinto, más profundo y misterioso, le sugería que desconfiara de todo cuanto provenía de aquellos extraños seres, mucho más pequeños que él, pero terriblemente seguros de sí mismos.

Anarvik esperó inmóvil, aplastado contra el suelo, con los brazos y piernas abiertos. Detrás de él Ernenek, con una rodilla en el hielo y conteniendo la respiración, vio que el oso, titubeando, alargaba su gran lengua azul y la pasaba una vez por el cebo, para retirarse, y luego volver a lamerlo y nuevamente retirarse. Pero el oso no podía resistir por mucho tiempo la tentación. Un oso, después de todo, no es más que un ser humano. Con un movimiento ondulante, alargó súbitamente el hocico y se tragó el cebo.

En el mismo momento, Anarvik y Ernenek se pusieron en pie de un salto y estallaron en risas y gritos de júbilo: ahora el oso les pertenecía.

O casi.

Al oír el repentino griterío, el oso se enderezó estupefacto y se puso a dar vueltas alrededor de los dos hombres como una mano alrededor de la muñeca. Luego se sentó para estudiarlos, sin dignarse a echar siquiera una mirada a los perros que aullaban con sus bocas babeantes. Por último se decidió a acercarse.

Los hombres se disponían ya a huir cuando el oso, sobresaltado, lanzó un rugido que, extendiéndose sobre el gran mar blanco, enmudeció a los perros e hizo estremecer a los cazadores; luego comenzó a saltar de aquí para allá, encorvando el lomo y aullando salvajemente. De pronto se enderezó y se alejó gimiendo.

—Ocurre que en su panza se ha disuelto la grasa —dijo Anarvik jubiloso.

—¡Y se ha disparado la hoja! —agregó Ernenek. Y sin decir más, se pusieron a seguir a su presa, cambiándose jubilosas miradas y riendo, exaltados por la caza y olvidados de toda otra cosa.

Ya había oscurecido, pues los días eran todavía breves y la cima del mundo se aclaraba por pocas horas a cada vuelta del sol. Cojeando y lamentándose, el oso se retiró hacia la costa, porque los hombres le cortaban el paso hacia el mar helado, su elemento y su patria. Se detenía frecuentemente, miraba hacia atrás por ver si aún lo seguían y mostraba hilos de saliva que le colgaban sobre el pecho. Su guarida no debía de estar lejos, pero no quería conducir a los cazadores hasta ella. De mala gana, abandonó el océano y comenzó a trepar por las escarpadas elevaciones de tierra firme.

La planta de sus patas estaba provista de espeso pelo que le permitía andar con

seguridad sobre el hielo; en cambio, las suelas del calzado de los hombres hacían poca presa en él; además, tenían que evitar sudar, puesto que sudar significaba morir en una camisa de hielo. Pero el oso avanzaba inseguro, titubeando y cambiando a menudo de camino, de suerte que sus perseguidores podían mantenerse cerca recorriendo menos camino que él.

En las alturas, el frío aumentó y llegó a unos cuarenta grados bajo cero; soplaba el frígido bóreas que a los dos hombres tanto les gustaba. Eran felices porque cazaban. Ni siquiera un instante se preocuparon por haber abandonado las provisiones, los perros y a la mujer. Pero ahora no tenían hambre. Los perros siempre tenían hambre, comieran o no; y en cuanto a la mujer, seguramente se las compondría de cualquier manera, como todas las mujeres. Ahora estaban cazando, y la caza era la esencia misma de la vida.

No comieron otra cosa que las heces del oso, estriadas de sangre, y cuando aquél se hubo vaciado de todo, menos de miedo y de dolor, y el hambre fue a golpear a las paredes del estómago de los hombres, Ernenek dijo:

—Alguien tiene hambre.

Ésas fueron las primeras palabras pronunciadas desde el comienzo de la persecución. Anarvik asintió. Pero a ninguno se le ocurrió por un instante pensar en volver atrás. Cuando una súbita tormenta fue a estallar en la cima del mundo, en medio de la noche, levantando la nevisca del suelo y oscureciendo el cielo, perdieron de vista a la presa y, alarmados, se lanzaron hacia adelante. Los lamentos del oso les permitieron volver a encontrar su pista; casi chocaron con el animal, y Anarvik logró asestarle un lanzazo entre las costillas.

Un formidable aullido de rabia se elevó de la enorme sombra erguida en medio del torbellino de nieve, y se alejó con el viento; a partir de aquel momento, los hombres siguieron a su presa de tan cerca que podían percibir el acre olor de miedo que emanaba de su piel.

De cuando en cuando, el animal se volvía y les hacía frente rugiendo. Entonces Ernenek y Anarvik huían gimiendo de miedo, tropezando y resbalando por las escarpadas pendientes, hasta que el oso terminaba por sentarse sobre las ancas, y allí se quedaba balanceando la cabeza; pero apenas pasado el peligro, los dos hombres se desternillaban de risa.

La segunda noche fue la peor de todas. La tormenta de nieve se hizo más violenta, la visibilidad disminuyó aún más y los cazadores se vieron obligados a permanecer muy cerca de la presa, para no perder su pista, mientras la mordedura del hambre los debilitaba y la debilidad aumentaba el riesgo de sudar. Y aquel oso, que parecía tener cien vidas, continuaba andando sin tregua, de aquí para allá, por las heladas pendientes.

En un momento estuvieron cerca de uno de los depósitos de víveres que los dos cazadores tenían diseminados en el hielo y en la tierra.

—Tal vez el oso vaya en esa dirección —dijo Anarvik—. Entonces uno de

nosotros podrá retirar las provisiones.

Procuraron orientar al oso en la dirección deseada, pero fue en vano: el animal no sabía que ahí hubiera provisiones.

Cuando se les desvaneció esa esperanza, habían pasado cuatro vueltas de sol desde el momento en que habían comido y dormido, de manera que tuvieron que reemplazar las fuerzas del cuerpo, que menguaban, con las de la voluntad; y puesto que la idea de abandonar la persecución no les cabía en la cabeza, su existencia se encontró irrevocablemente ligada a la captura del oso, y el júbilo de la caza se exaltó ante aquella repentina amenaza de muerte.

Perdieron la noción del tiempo hasta que la tormenta, al ceder, reveló que ya había despuntado el nuevo día. Desde las alturas, los dos cazadores dominaban el Océano Glacial, castigado por nubes de nevisca; pero hacia el sur el cielo resplandecía y la tierra silenciosa parecía aguardar el sol naciente.

Ahora el oso estaba agotado. Se arrastraba penosamente, rozando el suelo con la cabezota que se le había tornado demasiado pesada. Tropezando y cayendo sobre las rodillas los hombres lo seguían, pero sin reírse ya, con los rostros, untados de grasa, marcados por el esfuerzo y con los ojos enrojecidos y cercados de escarcha. El hambre había desaparecido. Ni siquiera se inclinaban al suelo para recoger nieve. Llevaban las mandíbulas apretadas; se habían olvidado de los estímulos del vientre y hasta en sus cabezas habíanse desvanecido pensamientos y recuerdos. Entre la carne y la piel, la grasa se había ido consumiendo inexorablemente. El movimiento ya no los calentaba: temblaban ligeramente y a cada inspiración sentían en la garganta la cuchillada del hielo.

Y sin embargo ¿podía haber algo más bello que perseguir al oso blanco por la cima del mundo?

El fin sobrevino con rapidez fulmínea. Súbitamente el oso se detuvo. Parecía haber decidido que si tenía que morir, era mejor morir con dignidad. Se sentó sobre las ancas, recogió sus patas y esperó. Una espuma roja y helada le rodeaba el cuello. Tenía las orejas gachas, y los labios levantados sobre el hocico echado hacia adelante dejaban ver los dientes como en una risotada.

Ya no se lamentaba, pero las blancas nubecillas de su aliento eran rápidas y cortas, y los ojillos inyectados de sangre se movían con angustia en la cabezota triangular. Los dos hombres se le acercaron con cautela, prontos a esquivar el ataque del animal, Ernenek de frente y Anarvik de costado. Con un zarpazo el oso quebró la lanza de Anarvik en el instante en que Ernenek le traspasaba la garganta, por debajo del maxilar, donde la piel es más delgada.

No comieron de la carne del oso porque sus estómagos estaban aún paralizados y porque, al tornar a la casa, querían mostrar la presa intacta; mas, para recuperar alguna fuerza, Ernenek chupó la sangre de la herida, aunque le quemara los labios, y Anarvik succionó el cerebro a través de un agujerillo que abrió en la base del cráneo. Luego, trabajando rápidamente, antes de que la carne se congelara, apartaron las

vísceras y despreciaron los intestinos porque estaban vacíos. Arrastraron después al oso cuesta abajo, hasta el mar. Lo sepultaron en la nieve y se pusieron en marcha, riendo clamorosamente y dándose uno a otro grandes palmadas en las espaldas.

Avanzando en línea recta sobre la lisa pista del mar emplearon menos de una vuelta de sol para llegar al lugar donde habían dejado los trineos.

Si los famélicos perros no se habían aún devorado unos a otros se debía a que tenían los dientes quebrados; pero de todos modos, se habían peleado furiosamente alrededor de la bolsa de pescado que estaba en el trineo de Anarvik, y algunos se lamían las heridas heladas.

Con uno de los trineos los cazadores fueron a cobrar su presa. El olor de la sangre les había estimulado el apetito, de manera que durante todo el viaje de ida y todo el trayecto de vuelta masticaron pedacitos de piel de foca para engañar el hambre.

Durante su ausencia se había levantado otro iglú junto al suyo, y frente a la entrada jugaban perros desconocidos.

Siksik salió del túnel seguida por Ululik, que acababa de llegar junto con su mujer Pauti y las dos hijas casaderas, tan esperadas, Imina y Asiak.

Fue una llegada clamorosa, puesto que siete esquimales constituyen toda una multitud.

Primero se saludaron todos con muchas ceremonias, cambiando sonrisas muy amplias y profundas inclinaciones, mientras se estrechaban las manos por encima de las cabezas. Luego se restregaron recíprocamente las narices. Entonces la familia de Ululik prodigó exclamaciones de superlativa admiración por el botín cobrado, como «No es nada chico» mientras los cazadores disminuían su importancia, para dar a entender que eran capaces de empresas mucho mayores, diciendo: «No es más que un falderillo; nadie quería hacerle daño, pero él insistía en hacerse matar».

Por fin todos se echaron a tierra boca abajo y entraron en el iglú para charlar y comer.

Junto con una aguja de coser y un cuchillo colgaron de un palo el bazo y la vejiga del oso, por vía de ofrenda, a fin de que el espíritu del animal fuera a contar a los demás osos que los hombres lo habían tratado magníficamente, por lo cual haría que sus compañeros desearan a su vez hacerse cazar.

Luego comenzó el festín.

Esperando que el oso se deshelara, comenzaron a atacar las varias golosinas que tenían guardadas en la despensa, cuidando de no tocar el pescado mientras comían carne, para no provocar la ira de los genios tutelares. Una vez que el oso se hubo ablandado, Anarvik lo desolló. Le correspondía la piel porque había sido él quien descubriera la presa. Pero como Ernenek la admiraba, Anarvik lo humilló cediéndosela.

En cambio el hígado correspondía a Ernenek, que había matado al oso, pero se lo regaló a Anarvik para vengarse de la donación que éste le había hecho de la piel. Anarvik, que no podía soportar semejante humillación, dio el hígado inmediatamente

a Pauti la cual, como buena esposa, se lo pasó a Ululik. Éste, galantemente, lo ofreció a la dueña de casa, Siksik, que a su vez lo puso a disposición de Ernenek, quien lo pasó a las dos muchachas, demasiado jóvenes aún para poder aceptarlo.

Sin embargo, llegaron a consumirlo rápidamente cuando Ululik, dejándose vencer por el apetito y a despecho de la cortesía, le dio un mordisco, después de lo cual todos se precipitaron sobre el hígado con dientes y cuchillos. Ernenek provocó estrepitosas risas cuando, cegado por la avidez, descargó unas cuchilladas en la mejilla de la vieja Pauti, que se había prendido al hígado con los pocos dientes que le quedaban.

En medio de ruidosa alegría comieron todas las partes tiernas, mientras dejaban a un lado, a fin de que se ablandaran por la descomposición, los trozos más duros: la lengua fue puesta a secar al humo de la lámpara. Comieron la dulce carne de oso con trozos de sebo y médula verde por el moho, alternando los bocados con largos sorbos de té.

A medida que comían aumentaba el hambre de Anarvik y Ernenek. Completamente desnudos y jadeantes de alegría y de calor, continuaban hartándose mientras sus vientres se dilataban a ojos vistas. Cuando ya no consiguieron mantenerse en pie se tendieron en el suelo y permitieron que las mujeres les pusieran en la boca, entre eructo y eructo, escogidos trozos.

¡Qué hermosa era la vida!

Con los ojos lagrimeantes por el mucho reír, Ernenek miraba ya a una, ya a la otra, de las hijas de Ululik, inclinadas sobre él con alegre semblante y con las manos llenas de delicadezas.

¡He aquí muchachas que saben cómo hay que tratar a un hombre! Y por cierto que también sabían confeccionar vestidos y abarcas, y realizar otros pequeños menesteres domésticos. Pero lo cierto era que Ernenek no sabía a cuál de las dos elegir. Imina era más hermosa, pero Asiak tenía una sonrisa más cálida.

Ernenek se sentía satisfecho del mundo y amigo de todos. Cerró ojos y boca y se abandonó al agradable sopor en el que se disolvió el alboroto que lo rodeaba. Quería dar tiempo a que la comida bajara un poco para volver a comenzar de nuevo. Pero antes de entregarse al sueño, alargó una mano, para asegurarse de que Anarvik estaba junto a él.

Y en efecto, allí estaba Anarvik que ya roncaba como una manada entera de morsas. Ernenek tuvo la vaga impresión de que debía preguntarle algo; pero en vano procuró recordarlo.

Su pensamiento estaba muerto, sepultado y olvidado.

LA CAZA DE LA MUJER

Paulatinamente las jornadas se hicieron cada vez más largas, hasta que el sol estuvo otra vez por encima del horizonte durante las veinticuatro horas del día; y aunque no se levantara mucho y las sombras continuaran siendo largas, a causa de la inclinación de los rayos, la reverberación del sol en el hielo multiplicaba el resplandor, en tanto que la ausencia de la noche contribuía a tornar la temperatura insoportablemente alta para los hombres polares, si bien no alcanzaba a derretir la costra del mar congelado.

Cualquiera habría comprendido que la sola llegada de Kidok, un pillo alegre y arrogante, que sin perder tiempo se había puesto a rondar a las hijas de Ululik, significaba que había llegado la hora de tomar una decisión.

Cualquiera, menos Ernenek.

Ernenek sabía cómo se mata un oso y cómo se ensarta una foca, pero la mujer era caza demasiado grande para él. Se pasó todo el verano en bromas, sin llegar a decidirse, con Imina y Asiak, que se defendían valerosamente; hasta que, al volver de una partida de caza, cuando el día estaba perdiendo ya algo de su esplendor, se vio correr una línea oscura sobre el blanco horizonte marino, lo cual indicaba que un tiro de perros y un trineo se acercaban o se alejaban: de cualquier manera aquél era un gran acontecimiento.

Anarvik y Ululik se hallaban en el iglú con sus mujeres y con Asiak. Pero Imina no estaba con ellos.

—Ocurre que Kidok partió hace un instante llevándose a nuestra hija —anunció Ululik—. Como tú no te decidías, se decidió él.

Rieron todos menos Ernenek que permaneció inmóvil, abriendo lentamente la boca, mientras los ojos se le llenaban de estupor. Por último consiguió hablar.

—¡Pero yo quería a Imina; mataré a ese ladrón de Kidok y la recuperaré!

—Nos ha dado un arco y una sierra nueva —hizo notar Ululik, con lo que quería significar que el matrimonio era legal; Pauti, su mujer, agregó:

—¿Por qué no tomas a nuestra pequeña Asiak? Tampoco ella vale gran cosa, pero sabe hacer todo lo que sabe hacer Imina.

Asiak se cubrió el rostro con las manos, mientras se sonrojaba y reía, corrida; pero Ernenek golpeó el suelo con el pie.

—Un hombre quiere a Imina, no a Asiak.

Siksik meneó la cabeza y dijo:

—Debías haberla pedido.

Ernenek escupió con rabia y se metió por el túnel. Los otros lo siguieron arrastrándose y riendo.

—Mi tiro de perros está cansado; pero siempre irá más rápido que el de Kidok. Lo alcanzaré fácilmente.

Sin embargo partió con mucho retraso. Primero enjaezó los perros y se aseguró de que todos llevaban las abarcas, mientras gritaba ordenando que le prepararan las

provisiones. Luego recubrió los patines del trineo con una nueva capa de hielo. Cuando todo estuvo listo se dio cuenta de que tenía sed y volvió a la casa para beber apresuradamente una taza de té. Pero el té no terminaba de enfriarse, de manera que Ernenek se quemó un dedo que metió en el líquido para probar su temperatura. Rompió en maldiciones mientras saltaba en un pie a causa del dolor y, esperando que el té se enfriara, se puso a comer, lo cual le aguzó el apetito. Entre un bocado y otro parloteaba, más consigo mismo, como de costumbre, que con los otros.

—Alguien hundirá su cuchillo en la garganta de Kidok, le cortará las orejas y se las pondrá en la boca; luego le abrirá el pecho y le extraerá el corazón aún caliente. Después le cortará la cabeza y se la pondrá sobre el pecho. Luego le hará saltar los ojos y se los pondrá sobre la cabeza. ¡Eso le servirá de lección!

—Si lo matas —le advirtió Anarvik— ya nadie te recibirá en su iglú.

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera yo. No recibimos asesinos.

Ernenek se quedó pensativo. La expulsión de la comunidad era la única pena conocida por esa gente que ignoraba la existencia de autoridades, códigos y prisiones; pero una pena temida, tanto como se teme la muerte, por quien considera la compañía humana como el más precioso de los bienes; y Ernenek se maravillaba de que un simple asesinato se castigara con tanto rigor, puesto que él mismo no veía en el acto de dar muerte a un hombre ningún mal. Después de todo, era precisamente lo que hacían los machos jóvenes de las focas cuando mataban a sus compañeros más viejos por la posesión de la hembra.

Y todo cuanto hacían las focas a Ernenek le parecía bien hecho.

—Si piensas así —dijo por fin malhumorado— me limitaré a darle una buena paliza. Pero si se defiende lo mataré como a una foca.

—Y si en verdad no puedes hacer menos que matarlo, no te olvides de comerte un trocito de su hígado para aplacar al fantasma —dijo Anarvik, hombre de gran experiencia—. Un fantasma irritado puede ser muy peligroso.

En el ínterin el té se había enfriado. Ernenek lo bebió ruidosamente y se precipitó afuera.

Aunque sus perros aullaban de hambre se guardó mucho de alimentarlos, porque los perros hambrientos son perros veloces; se sentó, sin más trámites, sobre el fardo puesto en la parte anterior del trineo y que servía de pescante, y cogió el látigo.

A último momento Ululik hizo avanzar a su hija y dijo:

—Llévate a Asiak; así será más fácil llegar a un acuerdo con Kidok. Kidok pagó por una de nuestras hijas. No podemos dejar que se vaya con las manos vacías.

Ernenek vaciló un instante antes de indicar a Asiak, con un ademán, que subiera al trineo.

Apenas ésta se hubo sentado, Ernenek agitó el látigo y los perros se lanzaron hacia adelante entre ladridos y chillidos.

El trineo de Kidok se había reducido a un puntito negro en el delgado y áspero

manto de nieve estival que cubría el Océano Glacial. Las nevadas eran raras, a causa del intenso frío que reinaba aun en verano. En algunos puntos, en medio de la enorme extensión blanca, tempestades marinas habían roto las aguas petrificadas y formado bloques de extrañas formas que evocaban ciudades legendarias de rascacielos rotos. En la lejanía se veía la tierra blanca cortada por crestas de roca, cuyos perfiles muertos y desnudos se alzaban contra el cielo verde pálido. La temperatura era apenas de unos diez grados bajo cero, por lo que Ernenek se había desnudado hasta la cintura para gozar el choque del viento contra su pecho. Había dejado en el iglú el sayo de pieles de oso y sólo llevaba puesta la ropa interior de piel de garzas marinas.

—Lo alcanzaré dentro de poco —dijo cuando se disipó la excitación inicial de los perros y pudo oír el sonido de su propia voz.

—No es imposible que en el mismo tiempo Kidok haya hecho otro tanto de camino —observó Asiak, sentada plácidamente contra las espaldas de Ernenek y con los brazos cruzados sobre el pecho.

El tiempo se medía por la trayectoria del sol que recorría pálido el horizonte, levantándose un poco a mediodía, descendiendo un poco a medianoche. Pero a toda hora el hielo hacía tan deslumbradora aquella luz pálida que, para evitar su reverberación, los viajeros tenían que ennegrecerse con hollín los párpados y las narices y protegerse los ojos con una tablilla de madera provista de dos aberturas.

—¿Por qué sigues a Kidok? —preguntó Asiak.

—Para tener a Imina. ¿No lo sabes todavía?

—Sé una cosa: que durante años y años todos se burlarán de ti. ¿Quién ha visto alguna vez a un hombre correr detrás de una mujer? Además, como tú mismo sabrás, las focas sólo se dejan cazar por hombres que tienen éxito con las mujeres; ya verás que apenas haya corrido entre las focas la voz de esta indecorosa persecución tuya, no lograrás cazar ni una más.

—¡Qué mujer supersticiosa! —gritó Ernenek sumamente irritado—. ¡Como si yo no supiera qué conjuros hay que hacer para que las focas no lleguen a saber nada!

Cuando el sol hubo recorrido la mitad de su trayecto del día, el tiro de perros dio señales de cansancio, jadeaba cada vez más, tiraba cada vez menos y tropezaba frecuentemente; pero el puntito negro que estaban siguiendo se agrandaba a ojos vistas.

—Debe de haberse detenido para que los perros descansen —dijo Ernenek.

—También los nuestros necesitan descansar.

Pero Ernenek suplió la comida y el descamo de los perros con latigazos, hasta que aquéllos comenzaron a perder el paso, a echarse los unos sobre los otros y a enredar las correas. Entonces Ernenek tuvo que bajar del trineo para desovillarlas. Los animales gruñeron e intentaron morderlo, pero Ernenek los calmó a fuerza de bastonazos. Luego les arrojó algunos trozos de pescado helado que los perros tragarón sin masticar, con todas las espinas, mientras se peleaban.

Ernenek mordisqueó un pedazo del mismo pescado y dio también un trozo a

Asiak.

Mientras tanto, los perros se habían echado al suelo y, con el hocico metido entre las patas, se negaron a moverse. Ernenek los azotó hasta que se le cansó el brazo.

—Tal vez sea mejor que los dejemos descansar —dijo Asiak blandamente.

Ernenek resopló de impaciencia y, para no desperdiciar el tiempo mientras esperaba, decidió pasar una nueva capa de hielo sobre los patines del trineo. Refunfuñando lo descargó de los fardos y lo volcó. Se puso en la boca un puñado de nieve con cuya agua roció luego una cola de zorro. Pasó la cola empapada sobre la capa de lodo de que estaban revestidos los patines de hueso; luego los frotó rápidamente con la piel, para que el hielo, al formarse, se hiciera uniforme y resbaloso. Mas, cuando hubo vuelto a cargar el trineo, se dio cuenta de que tenía sueño.

Encargó a Asiak que lo despertara al cabo de un rato y se extendió sobre los fardos para echar un sueñito.

Pero cuando se despertó los perros formaban un montón de escarcha en medio de la nieve, Asiak dormía profundamente, el sol se hallaba al otro lado del horizonte y el trineo de Kidok se había alejado alevosamente.

Ernenek escupió, maldijo y se puso en pie de un salto; infundió vida a los perros con una granizada de palos y antes de que Asiak lograra despabilarse del todo, había comenzado la persecución.

Continuaron a toda carrera siguiendo las huellas de Kidok, comiendo en el mismo trineo y bebiendo puñados de nieve que cogían del suelo, como los perros, sin detenerse. Cuando por fin volvieron a avistar el trineo de Kidok, Ernenek lanzó un alarido de júbilo.

—Pero, ¿por qué los sigues? —preguntó lánguidamente Asiak.

—Debes de ser realmente estúpida —respondió Ernenek, cada vez más irritado—. Te lo dije: por Imina.

La situación no cambiaba, salvo en lo que respecta a las provisiones, que comenzaban a escasear. Pasó la oleada de calor y el aire se hizo respirable: la temperatura bajó a unos treinta grados bajo cero; algunas ráfagas heladas provenientes de detrás de los montes recordaron a Ernenek el amado cierzo invernal y le hicieron estremecer de placer el torso descubierto, entonces comenzó a hablar volublemente consigo mismo, como solía hacer cuando estaba de buen humor.

Y aun cuando no lo estaba.

Lo dominó la avidez cuando descubrió que Kidok se había detenido. Al acercarse, comprendió el Motivo de la parada: Kidok estaba pescando. Había aserrado en un cuadrado la superficie del océano y ahora, sosteniendo en la mano el arpón pronto para herir, estaba inclinado sobre las oscuras aguas, con el trasero vuelto hacia el cielo y la nariz, que rozaba la superficie del agua, metida en el agujero. Volvió la cabeza por un instante cuando sus perros dieron la alarma; pero no se movió hasta que el trineo de Ernenek estuvo casi a punto de embestirlo. Entonces, se puso

prestamente de pie, saltó a su trineo, que Imina tenía ya preparado, y partió velozmente como una hoja llevada por el viento.

Ernenek pasó junto al hoyo de pesca lanzando gritos para incitar a los perros y haciendo restallar el látigo. Pero de pronto detuvo su marcha. ¡Pescado! Cerca del hoyo se veía una enorme cabeza de trucha, de carne roja como la sangre.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Asiak. Ernenek bajó del trineo e, indeciso, se balanceó apoyándose ya en un pie, ya en el otro.

—Aquí hay peces magníficos.

—Sí, Kidok es un magnífico pescador.

—Si Kidok pescó éste, alguien puede pescar otros muchos más grandes.

—¿Te parece? —preguntó Asiak con aire de duda.

—¡Pronto tendrás la prueba! Kidok no hará mucho camino, pero tú tienes que quedarte quieta y cuidar también que los perros no se muevan sobre el hielo, porque de otra manera los peces huirán.

Extendió una piel de caribú sobre el borde del foso hecho por Kidok y se arrodilló en la misma posición en que aquél estaba. Con la mano derecha sostenía el arpón mientras que con la izquierda manejaba el cebo, constituido por un pececillo de hueso sujeto a un sedal de nervio, de manera que cuando Ernenek agitaba el sedal el pececillo de reclamo movía las aletas.

Pasaba el tiempo, pero el pescador estaba demasiado absorto en su ocupación para advertirlo.

En el fondo oscuro pero bien transparente veía relucir peces muy grandes. Cuando por fin afloró uno a la superficie, Ernenek bajó suavemente el arpón hacia él agua, luego descargó repentinamente el golpe y retiró el arpón, tembloroso por la carga de un salmón negro que arrojó al hielo. El salmón vaciló, dio un salto mortal y volvió a caer, helado, al suelo. Riendo, Ernenek lo sopesó y se lo tendió a Asiak.

Pero ésta se encogió de hombros.

—No es tan grande. No atraparás nunca peces tan grandes como los que pesca Kidok. Y te aconsejo que no pierdas más tiempo si quieres alcanzarlo.

Ernenek echó una mirada al mar helado.

—No están muy lejos y los alcanzaremos con mayor facilidad cuando los perros hayan descansado.

Y así diciendo volvió a meter la nariz en el agujero.

Asiak sonrió con sus redondas mejillas que estallaban de grasa, y con la punta del cuchillo de nieve apartó las espinas del salmón y se lo comió.

Pasaron muchas horas, pasaron muchos peces, pero Ernenek no logró pescar ninguno. En un momento en que un cardumen entero se acercó al hoyo, Ernenek quiso ensartarlo todo y lo que consiguió fue sólo hacerlo huir.

—Has hecho un agujero en el agua —dijo Asiak—. Una mujer ha oído como se reían los peces.

Ernenek montó en cólera y decidió partir. Mientras tanto, la temperatura bajaba.

Los perros seguían la pista sin dificultad, de manera que Ernenek y Asiak podían dormir de vez en cuando sobre el trineo, sin preocuparse de dirigirlo. En verano dormían poco pues dejaban los largos sueños para la larga noche invernal; sin embargo, de cuando en cuando debían detenerse para dejar que el tiro de perros descansara. Mientras éstos dormían, Ernenek perforaba el hielo con sierra y punzón y por el hoyo atrapaba algún pescado; en una ocasión, hallándose cerca de la costa, mató una zorra de un flechazo. Asiak la desolló diestramente, valiéndose del cuchillo de piedra; sirvió a Ernenek las vísceras tiernas, apenas se enfriaron, y puso a estacionar las partes más duras, mientras conservaba la piel como estropajo.

Más que la oscuridad creciente, a la que sus ojos se iban acostumbrando poco a poco, fueron los primeros pelos blancos de la piel de la zorra los que les anunciaron la proximidad del invierno. A cada revolución, el sol bajaba un poco más, ampliando continuamente el trayecto elíptico; dentro de poco desaparecería detrás de las montañas o se hundiría en el mar, y volvería a caer la noche sobre la cima del mundo.

Así pasaron varios días, tal vez siete u ocho, hasta que estalló una tormenta, y Ernenek comenzó a hablar consigo mismo, presa de gran excitación.

La oscuridad reducía el hielo; el helado cierzo, irrumpiendo desde lejanas alturas, barrió la superficie del mar y empujó horizontalmente grises nubes de nevisca sobre la extensión sin término, lo que obligó a los viajeros a agregar otra capa de grasa al rostro y a mantener los ojos semicerrados. De nuevo, el trineo de Kidok desapareció de la vista: los perros perdieron sus huellas y una y otra vez Ernenek tuvo que detenerse, bajar del trineo y descubrir con el pie los rastros borrados por la nieve.

Los perros seguían una línea ondulante y el trineo se bamboleaba bajo la presión del viento.

Ernenek empezaba a sentir la falta del grueso sayo exterior, provisto de capucha, que sólo deja al descubierto los ojos; tenía las cejas cargadas de cristalitas de hielo y las orejas llenas de nevisca.

Con todo, no se habría detenido de no haberse producido un incidente.

Para castigar al viento por su insolencia y para quebrarle su furia, Ernenek se había puesto a golpearlo con el látigo y a traspasarlo con el cuchillo; pero el viento no sólo se negó a someterse, sino que se rebeló y con una furiosa ráfaga volcó el trineo, que arrastró más de cien metros, mientras fardos, viajeros y perros rodaban por el suelo en una gran confusión. Los perros aullaron. Ernenek maldijo. Asiak rió. En vano trataron de levantar el trineo sobre los patines. El viento tornaba a volcarlo.

—Perdona a una mujer que vale poco y que se atreve a hablarle a un hombre como tú, pero te hago notar que el trineo se romperá y que entonces ya no podrás alcanzar a Kidok —gritó Asiak en el oído lleno de nieve de Ernenek—. Detengámonos.

Si no podemos avanzar nosotros, quiere decir que tampoco puede avanzar él.

Empujaron el trineo hasta colocarlo detrás de un repliegue que presentaba la superficie del mar y a cuchilladas deshicieron los nudos de las correas enredadas.

Una vez libres, los perros se pusieron a excavar desesperadamente con las patas, chillando y buscando en vano abrigo en la delgada capa de nieve.

Trabajando de prisa y con precisión, Ernenek comenzó a construir un iglú. Con la punta del cuchillo trazó sobre el hielo un círculo cuyo diámetro medía lo que él en altura. Luego, permaneciendo dentro del círculo, con la mandíbula de escualo que tenía en el trineo, serruchó grandes cubos de hielo que dispuso en torno, sobre la línea trazada. Erigiendo cubos y cortándolos al propio tiempo, sacó del hielo que pisaba otros cubos que fue disponiendo sobre los anteriores de manera tal que al fin un solo bloque bastó para cerrar la bóveda. Mientras tanto, afuera, Asiak, castigada por el viento, reducía la nevisca a menudo polvillo con la pala de cuero helado y lo arrojaba contra las paredes del iglú naciente, para cerrar las rendijas que quedaban entre uno y otro cubo.

El iglú terminado se levantaba apenas un metro sobre la superficie del océano, esférico y compacto para que no se ofreciera a la furia de la tempestad; el resto del espacio se había ganado a expensas del suelo.

En el centro del techo Ernenek hizo un agujero pequeño para dar salida al humo; luego construyó el banco de nieve y después el túnel sinuoso que permitía entrar el aire, pero no el viento, y en el que debía albergarse el tiro de perros. Mientras Asiak llevaba a la casa las provisiones y los utensilios domésticos y recubría el banco con pieles de caribú, Ernenek salió para sepultar el trineo; después volvió a entrar en el iglú y se quitó cuidadosamente de encima toda la nieve, antes de sentarse sobre las pieles del banco.

En medio de la oscuridad oyó cómo Asiak preparaba la lámpara, daba fuego a la yesca de hongos secos mediante la piedra de sílice y encendía el pabilo de musgo. A medida que la grasa de foca se derretía en el recipiente de esteatita, la llamita crecía haciendo brillar la pared circular y difundiendo calor.

Con dos arpones clavados en la pared por encima de la lámpara, Asiak improvisó un secadero sobre el cual extendió su ropa exterior que estaba mojada. Ayudándose con los dientes quitó a Ernenek las calzas de cuero también mojadas y rasgadas, que secó con nieve y reparó con la aguja de ballena que llevaba en el pelo y con nervio de caribú, antes de extenderlas en el secadero.

El secadero, la lámpara, el montón de carne, el pedernal, el cubo de nieve potable y todos los otros utensilios estaban dispuestos de acuerdo con un orden más antiguo que la historia, transmitido desde la noche de los tiempos de padres a hijos: cada cosa estaba al alcance de la mano, para que se la pudiera encontrar fácilmente aun en la oscuridad y para que todo se pudiera hacer sin moverse del banco. Ese iglú era idéntico al iglú que habían dejado y a los iglúes que habían de tener en el futuro, y todos los enseres estaban hechos teniendo en cuenta las dimensiones de ese iglú. El hacha de sílice era corta, y el cuchillo para uso doméstico, de hueso de caribú, era circular, de suerte que para emplearlo sólo bastaba realizar un movimiento con la muñeca, en lugar de tener que mover también el codo, lo cual habría sido incómodo

en un ambiente tan reducido.

Asiak, como toda mujer de su casa, tenía un sinnúmero de cosas que hacer: regularmente había que quitar el pabilo para que no humeara, volver de continuo las ropas tendidas en el secadero, reparar los desgarrones y raspar las pieles, una vez secas, y luego masticarlas hasta que volvieran a adquirir su suavidad.

El crujido de la aguja, la reverberación anaranjada de las heladas paredes y el olor familiar del pabilo que flotaba en la grasa de foca invitaban a Ernenek a conciliar el sueño; pero Ernenek sentía frío. Había desplegado mucha energía y no se había nutrido suficientemente, como hacen los hombres cuando corren detrás de una mujer, y desde luego no habría sido él si no se hubiera olvidado de algo que tenía una importancia primaria, como por ejemplo las ropas adecuadas para emprender semejante viaje. Se metió en el saco de piel de reno, con las piernas un poco más altas que el cuerpo, a fin de que el aire caliente subiera a los pies ateridos; pero así y todo no consiguió dormirse. Habitualmente le gustaba adormecerse hallándose a medias helado; pero esa vez no logró conciliar el sueño.

Observaba a Asiak por entre las pestañas. Al cabo de un rato la muchacha terminó de coser.

Chupó un poco de pescado helado. Cerró el agujero del techo con un pedazo de piel. Bostezó ligeramente.

Luego, sin pedir permiso, se introdujo en el saco de Ernenek.

Éste fingió dormir. Bien pronto el pabilo abandonado a sí mismo comenzó a humear, luego crepitó y terminó por apagarse. La furia de la tormenta les llegaba atenuada a través de las gruesas paredes. De cuando en cuando el iglú se estremecía a causa del movimiento del mar subyacente y se oía el gorgoteo de las aguas debajo de la helada costra. Asiak, metida en el saco de pieles, le infundió calor y antes de que se diese cuenta de ello, Ernenek se durmió.

Cuando despertó, la tormenta continuaba aún azotando la helada llanura, pero era menos violenta que antes. Asiak estaba ocupada en ablandar sus calzas de cuero con un raspador de hueso y, en las partes más duras, con los dientes.

Ernenek tenía hambre. Lo esperaba el té tibio que se bebió mientras comía trozos de pescado y de grasa. Cuando terminó de comer, las provisiones estaban casi del todo agotadas.

—Alguien va a buscar a Kidok antes de que pueda escaparse —dijo entonces hurgándose los dientes con las uñas.

—No es imposible que una mujer te acompañe. Kidok no puede estar muy lejos.

Salieron, abriéndose camino a codazos entre los perros que dormían en el túnel. El viento soplaba aún con fuerza, el cielo se presentaba sombrío y la temperatura era cruel. Entrecerrando los ojos en la nube de nieve y encorvándose para resistir las ráfagas de viento, terminaron por descubrir un pequeño iglú encogido bajo la tempestad y casi completamente cubierto por la nevisca.

El ladrido de los perros anunció su llegada. El interior del iglú de Kidok era

idéntico al de Ernenek, con los mismos utensilios dispuestos del mismo modo. Desde su saco de pieles, Kidok sonrió a los recién llegados, y las hermanas se restregaron las narices, riendo y oliéndose.

—Alguien ha venido a llevarse a Imina —anunció Ernenek sin ceremonias.

—Vimos que nos seguías con tu trineo, pero creíamos que lo hacías por jugar —dijo Kidok riendo—. Querías probar la velocidad de mi trineo.

—No, no lo hacía por jugar, sino para apoderarme de Imina.

—¿Por qué no te quedas con Asiak? ¿Acaso no sabe raspar y coser y hacer todas las otras cositas que suelen hacer las mujeres?

—Sí, sí, rasca y cose las ropas; pero alguien quiere a Imina porque... —y aquí Ernenek ya no supo qué decir. No se le ocurrió que tal vez deseaba a Imina sólo porque la había tomado Kidok.

Embarazado, se inclinó sobre el montón de pescado helado y cortó una tajada. Los otros reían a carcajadas, mientras Ernenek se ponía cada vez más encarnado. Como había dicho Asiak, no era digno de un hombre demostrar un interés particular por una mujer particular.

—Cierto es que nadie puede forzar a una mujer —dijo Kidok mostrando gran sabiduría— de manera que Imina es libre de irse contigo si así lo quiere. Pero en ese caso, ¿se irá Asiak tal vez con un cazador de poco valor a quien no le gusta viajar solo?

—No es imposible —dijo Asiak sonriendo, con el rostro encendido.

Por un instante Ernenek se quedó perplejo. Luego se le ensombreció el semblante. Se sintió tan infeliz que tuvo que recurrir muchas veces al montón de pescado para consolarse; sólo se le oía cómo se chupaba los dedos entre uno y otro bocado, mientras sus compañeros charlaron alegremente hasta que se calmó la tormenta.

Cuando el trineo de Kidok estuvo preparado para partir, todos decidieron volver al iglú otra vez para tomar juntos un último tazón de té y charlar aún un poco, lo cual les llevó alrededor de otra semana.

Sólo se festejaban las llegadas y encuentros, pero no las despedidas, pues las separaciones son tristes cuando la compañía es rara; a lo sumo podía decirse a quien abandonaba un iglú: aporniakinatit, esto es: «amigo, pon atención en no chocar con la cabeza en el túnel».

De suerte que Ernenek debería haber ignorado la partida de Kidok y Asiak y haberse quedado en el iglú o mirando cualquier otra cosa. Pero en lugar de hacerlo así, se plantó junto al trineo con ojos trágicos y mandíbulas apretadas, y cuando el tiro se lanzó hacia adelante, obedeciendo la orden de las riendas, Ernenek se arrojó sobre el perro cabeza y detuvo el trineo tan bruscamente que carga y pasajeros rodaron sobre el helado suelo en un infierno de chillidos, maldiciones y risas.

Kidok se levantó, se sacudió la nieve que lo cubría y se quedó mirando a Ernenek, maravillado.

—Pensándolo mejor, alguien prefiere quedarse con Asiak —balbuceó Ernenek

profundamente embarazado—. ¡Vuelve a tomar a Imina!

Kidok rompió a reír. Ernenek debía de estar loco. ¿Acaso una mujer no valía tanto como otra? A Kidok la cuestión no le importaba, siempre que Ernenek se decidiera de una vez por todas. Para castigarlo, le hizo volver a cargar el trineo, labor que Ernenek cumplió con gran brío, cantando alegremente; y por una vez se sintió feliz al ver alejarse un trineo.

Apenas hubo llevado a Asiak al iglú comenzó a olería y a ponerle las manos encima sin perder tiempo. Pero Asiak le asestó un ruidoso golpe en la cara con un salmón helado.

—Seguiste a Imina durante diecisiete vueltas de sol antes de decidirte, y ahora tendrás que perseguir a la hermana por lo menos dos vueltas antes de que ella se decida. No es imposible que sea más difícil rendir a una estúpida mujer que a un oso.

Ernenek se quedó desconcertado y seriamente alarmado al pensar en el efecto que esta nueva derrota podría tener sobre las focas. Luego Asiak le hizo una pregunta que terminó de desalentarlo:

—¿Quieres decirme ahora para qué has perseguido a Kidok?

Y como Ernenek no respondiera, agregó:

—Verdaderamente debes de ser tonto.

Ernenek, pensativo, cogió una cabeza de pescado que se hallaba sobre el banco y refunfuñando consigo mismo se puso a hacer conjeturas sobre el enigma de lo imponderable.

MAGIA BLANCA

Cuando en medio de la bruma otoñal retornaron al campamento, Ernenek dio a los padres de Asiak una lámpara de esteatita y éstos, a cambio de ella, le dieron a Asiak.

Ernenek se sentía al fin feliz por estar en condiciones de retribuir los pequeños favores que había recibido de otros maridos. Cuando abandonaba discretamente el iglú, insinuando que tal vez al amigo Anarvik le habría gustado cambiar una risita con Asiak, no lograba ocultar su orgullo: por fin era un verdadero hombre. Tampoco permitió que Siksik hiciera de aguafiestas y pasó por alto su insinuación de que hacía ya muchos años que Anarvik era incapaz no ya de hacer reír, sino tan sólo de hacer sonreír a las mujeres.

El viejo Ululik murió durante el invierno siguiente, sin ninguna causa especial. Se adormeció y se olvidó de despertarse, lo cual fue una verdadera desgracia: si los familiares hubieran previsto su muerte, lo habrían cubierto con una indumentaria fúnebre y trasladado a un refugio improvisado antes de que exhalara el último suspiro; así habrían evitado que su fantasma contaminara el iglú donde vivían.

En medio de la noche, se vieron pues obligados a abandonar el iglú, a borrar las huellas que dejaban a medida que se iban alejando y a construir otros iglúes suficientemente distantes del anterior, para hallarse al abrigo de la venganza del difunto. El propio Ernenek, que no temía a ninguna persona viva, sentía un terror loco por los muertos. Un hombre, para infundirle miedo debía primero morir, ya que los muertos tienen la pésima costumbre de tomársela con los vivos, por la sencilla razón de que están muertos y procuran hacer la vida de aquéllos lo más difícil que pueden.

Por ese motivo el dolor provocado por la pérdida de Ululik quedó fácilmente superado por el miedo a su fantasma; para congraciarse con éste, los lamentos fúnebres fueron abundantes y sonoros.

Delante del umbral de los nuevos iglúes, hombres y mujeres vertieron la orina de sus recipientes, diciendo: «Ésta es nuestra agua, bebe», con la esperanza de que, si el fantasma de Ululik encontraba el camino de sus puertas y probaba aquella agua, se retirara de allí disgustado. Para mayor seguridad, dispusieron trampas fingidas alrededor de las viviendas a fin de que el temor de que lo atraparan alejara al fantasma. Cierto que no era fácil estar vivo; pero tampoco lo era estar muerto.

Anarvik y Siksik partieron hacia la región donde abundaba el caribú al comenzar el verano.

Y desde luego lo hicieron sin despedirse; pero Pauti, la madre de Asiak, estaba enferma y era demasiado vieja para poder viajar, de modo que Ernenek y su mujer se quedaron en el lugar para cuidarla, aunque también ellos tenían grandes deseos de viajar.

Se condujeron bondadosamente con la vieja, que ya no podía contar con nadie, después de la muerte de su marido Ululik y una vez que su otra hija se hubo marchado con Kidok; le dieron de comer, aunque sus manos endurecidas ya no eran

capaces de coser y sus dientes, consumidos hasta las encías de tanto masticar pieles, no podían ya ablandar el cuero. Le reservaban los bocados más tiernos y Asiak le ponía en la boca comida ya bien masticada; así le pagaba cuanto había recibido de la madre durante la infancia; aquélla era una honesta retribución. Pero como el invierno, todo aquello tenía sin embargo que llegar a un fin. Y así fue.

Pauti comprendió muy bien por qué, en medio de la noche, Ernenek y Asiak la cargaron en el trineo y la condujeron a través de la gran llanura blanca del mar, resplandeciente de estrellas.

Ninguno de ellos habló durante el viaje, ni siquiera cuando se detuvieron, y Ernenek extendió sobre el océano una piel de caribú para que la vieja pudiera morir con toda comodidad. Luego, embarazado, Ernenek volvió al trineo con su paso bamboleante y fingió que se ocupaba de las correas, mientras refunfuñaba consigo mismo. Asiak, para ocultar su turbación, arrojó trozos de pescado helado a los perros, a los que injurió más que de costumbre y castigó con gran brío en los agudos hocicos, cuando los animales se irritaron.

Mientras tanto, sentada con gran dignidad en la piel de caribú, Pauti observaba a su hija con ojos preocupados.

Asiak estaba encinta y probablemente no tenía la menor idea de que se hallaba muy próxima ya a dar a luz. Nunca había asistido a un parto humano; por eso la madre se preguntaba si en ese terreno había aprendido suficientemente de las perras.

—Acércate, pequeña. Una vieja inútil quiere hablarte.

Asiak obedeció y escuchó respetuosamente las palabras de su madre.

—No es imposible que estés encinta y que dentro de poco eches al mundo un niño. Procura recordar todo lo que te digo. Cuando llegue el momento ponte de rodillas, que esa posición facilitará el nacimiento. Si te encuentras en el iglú, retira las pieles del suelo, porque de otro modo se mancharán; luego excava por debajo de ti un foso bastante profundo, para que el niño tenga espacio al salir. Debes hacer de todo para facilitarle la salida; el chico está impaciente por venir al mundo y por eso lo sientes agitarse en tu vientre. Pero has de saber que en el último momento tiene miedo y aun cuando ya haya salido permanece unido a la madre, cosa distinta de la que ocurre con los perros, que nacen ya libres. Por eso tienes que separarlo de ti por cualquier medio: con una cuchilla aguda, con un cuchillo afilado o con los dientes; mas separarlo de ti en seguida porque de otra manera morirían los dos.

—¡Cuánto sabes, madre!

—Y ahora escúchame bien; apenas te hayas liberado del recién nacido habrás de mirar si es macho o hembra. Sí es macho límpialo con tu lengua y luego úntalo con grasa; sólo algunos sueños más tarde podrás lavarlo con orina. Pero sí nace hembra, tienes que estrangularla inmediatamente.

—¿Por qué?

—Has de saber que durante el período de la lactancia muchas mujeres no conciben otros hijos, de manera que por criar a una hembra inútil vendrías a retrasar

la llegada de un macho, el cual nunca llega demasiado pronto porque la vejez sobreviene muy rápido; y lo cierto es que se necesita un macho joven que nos provea de alimentos. Una vez que hayas, tenido un varón, podrás entonces criar una niña, si es que llegas a tenerla; pero tienes que saber que muchos padres dejan con vida a sus hijas sólo cuando ya antes del nacimiento alguien promete tomarla como mujer y proveer a su subsistencia mientras crece. De cualquier manera has de matarla en seguida, pues de no hacerlo así te encariñas. ¿Lo has comprendido todo pequeña?

—Creo haberlo comprendido casi todo.

—Entonces alguien es feliz.

Y para dar a su hija la oportunidad de alejarse, Pauti apartó de ella los ojos y se puso a mirar fijamente las lejanas sombras, indicio de tierra, que limitaban el mar, como si las viera por primera vez. Sentía gran respeto por todas las reglas del buen comportamiento, las cuales exigían que se festejaran sólo las llegadas y que no se observaran las separaciones. Habría sido tan incorrecto por parte de Asiak y Ernenek despedirse, como por parte de ella mostrar que se daba cuenta de que aquéllos partían.

Pero aun después de haberse extinguido en la noche el último ladrido de los perros, la vieja continuó viendo a la joven pareja, tan familiar le era el ritmo de la vida inmutable desde los días de su infancia. Y se avergonzó de no sentirse completamente satisfecha después de una existencia rica y plena, sino de albergar aún otro deseo: el de ver, oír y sostener siquiera una vez entre sus brazos viejos y huesosos a un tierno recién nacido. Y mientras aguardaba pacientemente la muerte, con el pensamiento acompañaba a la hija hasta el minúsculo iglú donde en aquel instante se estaba ya preparando el milagro del nacimiento, y la vieja veía claramente, como si estuviera presente en el lugar, todo lo que allí ocurría.

Todo, salvo una sola cosa.

Mientras Pauti esperaba la muerte sentada sobre la piel de caribú, el hijo de Asiak estaba a punto de venir al mundo, impulsado tal vez por los grandes dolores de la madre. Ya durante el viaje de regreso, Asiak se había sentido atravesada por violentas punzadas, pero no había lanzado una sola voz de lamento.

Al llegar el trineo, los cachorros de los perros, soñolientos, sacaron sus cabezas del túnel ladrando y sacudiéndose la nieve de las lanudas pelambres. Mientras Ernenek desenganchaba el tiro, Asiak no se puso, como de costumbre, a descargar el trineo, sino que se echó en seguida de bruces sobre la nieve y se arrastró no sin dificultad por el angosto pasaje del iglú. Encendió la lámpara, se quitó la ropa exterior y, tendida de espaldas sobre el banco de nieve, se quedó esperando.

Entonces entró Ernenek.

Su presencia le molestaba.

—¿Recuerdas el lomo de vaca marina almizclera que sepultamos en el litoral la primavera pasada? —le preguntó Asiak manteniendo los ojos cerrados.

Al recordarlo, el rostro de Ernenek resplandeció de júbilo.

—¡La vaca marina más grande que se haya matado!

—Ahora debe de estar deliciosamente madura. Una estúpida mujer desea un pedazo.

La cara de Ernenek asumió una expresión grave.

—Es un viaje largo y alguien está cansado.

—Ocurre que una mujer molesta y caprichosa desea un poco de esa carne.

—En la despensa tenemos carne de foca muy gorda —dijo Ernenek con acento persuasivo—, y un hígado bien cargado de moho.

—Hay en este mundo una mujer que no desea ahora ni carne de foca gorda ni hígado, por podrido que esté, sino que sólo quiere lomo de vaca marina almizclera.

En los últimos tiempos había tenido de pronto similares deseos y Ernenek se preguntaba frecuentemente por qué no se los hacía pasar con un buen bofetón; pero no encontraba respuesta a su pregunta. Más eran las cosas a las cuales Ernenek no sabía responder que aquéllas que se le podían preguntar. Golpeó con los pies en el suelo, refunfuñó y lanzó imprecaciones; pero luego agregó un poco más de grasa a su rostro, volvió a enganchar el tiro y partió en busca del lomo de vaca marina.

Asiak se sentía sacudida por estremecimientos de frío, aunque hasta entonces su gravidez la había mantenido más caliente que una triple piel de oso. Con el pie ajustó el bloque de nieve que tapaba la salida; luego, también sin abandonar el lecho, tomó un trozo de nieve potable, lo hizo derretir sobre la lámpara y bebió ávidamente.

La criatura pataleaba y los dolores hacían que Asiak temblara y apretara los dientes, mientras los pies se le crispaban convulsivamente. Sentía náuseas y una sed inextinguible. Los cabellos se le habían pegado en la frente húmeda y el sudor le quemaba los labios, que Asiak se había mordido hasta hacerse sangre.

El pabilo que flotaba en la grasa comenzó a parpadear y a emitir volutas de humo negro que corrían hacia la abertura de la bóveda. Esto indicaba que era necesario despabilar la luz, pero la mujer lo ignoró. En cambio, haciendo un esfuerzo, abandonó el banco, retiró las pieles del suelo y con un raspador de ropa excavó un hoyo en el hielo. Luego se bajó las calzas hasta las rodillas, se puso de hinojos sobre el hoyo y se quedó esperando con un codo apoyado en el banco y el otro sobre el montón de nieve potable. La luz anaranjada se hizo más débil; luego, parda, violeta, azul, gris. Por fin, todo quedó envuelto en tinieblas.

Y en medio de espesas tinieblas vino al mundo el primogénito de Asiak, golpeando con la cabeza en el fondo del hoyo de hielo.

Sintiendo que algo le tiraba, Asiak se curvó hacia adelante y con los agudos dientes se liberó completamente del niño. Casi en el mismo momento, un vagido muy agudo llenó el iglú, y Asiak se apresuró a encender la luz por ver qué cosa había echado al mundo.

Era un varón, y la potencia de su voz la hizo sonreír, porque le recordaba a Ernenek. Lamió el tierno montoncito de carne de color castaño pálido hasta que brilló inmaculado, salvo en la mogólica mancha azul que se veía en la base de la columna

vertebral; lo secó con un estropajo de piel de zorro y lo untó de grasa. Luego lo depositó bruscamente en el banco, porque la asaltaron los dolores posteriores al parto.

Una vez que éstos pasaron, sintió frenético deseo de comer y se puso a devorar la placenta, siguiendo el ejemplo de las perras, porque sabía por experiencia que las perras no se equivocan.

Aquella envoltura viscosa era dulzona y dura y alcanzó justo para dejarla harta. Entonces, sintiéndose invadida por una gran calma y una sensación de completo apaciguamiento, se metió en el saco de pieles.

Como la criatura berreaba terriblemente, le tapó la boca con el seno y el niño comenzó a chupar con todas sus fuerzas; le hacía daño, pero al propio tiempo le daba una sensación que se parecía extrañamente al placer sexual.

Y éste fue el signo de que volvía a despertarse su sensualidad que, como en los animales salvajes, se había adormecido en el momento de la concepción, la cual había obligado a todo su ser a concentrarse en sí mismo y a mantenerse en una actitud de defensa contra el mundo exterior, incluso su marido, contra quien había luchado con uñas y dientes para mantenerlo alejado de su vientre.

Y aquel largo período en que Asiak se le negó, había desconcertado a Ernenek que no sabía más que Asiak acerca de las fuerzas primordiales que gobernaban la sangre de su mujer.

Cuando Ernenek volvió con el lomo de vaca marina, la boca y los ojos se le abrieron desmesuradamente por el estupor. Junto a la cabeza de Asiak vio un mechón de pelo, negro como el hollín que asomaba por el saco de pieles.

—Ocurre que una mujer ha echado al mundo un hijo —dijo Asiak sonriendo avergonzada—. ¿No es hermoso? —agregó levantando en el aire a la criatura.

Ernenek meneó la cabeza con aire de duda.

—Se han visto hasta cachorros de mejor aspecto —dijo, y se sentó, olvidándose de sacudirse el polvillo de hielo de sus ropas.

—Al crecer mejorará —dijo Asiak decididamente—. Mientras tanto, tiene todo lo que tiene que tener. Hasta un nombre. Se llama Papik.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿Cómo sabes que se llama Papik? —le preguntó Ernenek.

—Porque a una inútil mujer le gusta este nombre.

Ernenek recostó a Papik en la nieve y lo miró con ojos maravillados, pues no se acostumbraba aún a su nueva condición de padre.

—Desnudo sobre la nieve podría tener frío —observó Asiak.

Entonces Ernenek lo sentó en sus rodillas y lo examinó de pies a cabeza, riendo divertido ante las minúsculas dimensiones de todo lo que veía; de suerte que Asiak se sintió ofendida y se irritó porque, en verdad, el pequeño cazador era muy robusto y estaba constituido a la manera de los verdaderos hombres, con espaldas cuadradas, brazos cortos pero poderosos, pecho amplio y macizo, pómulos anchos y ojos

ligeramente oblicuos, que brillaban negros y vivaces en la carita untada de grasa.

Ernenek quiso asegurarse de que a su hijo no le faltaba absolutamente nada: las uñas tiernas y diminutas sobre los chatos dedos, la nariz corta, que casi desaparecía entre los carrillos regordetes, la boquita hinchada y redonda, la lengua minúscula...

—¡Asiak! —gritó Ernenek—. Se puso en pie de golpe, chocó con la cabeza en la bóveda del iglú y sosteniéndolo por un pie, levantó en aire a Papik que estalló en un estridente berrido mientras se le ponía la cara morada.

—¿Qué pasa? —preguntó Asiak asustada.

—¡No tiene dientes!

A estas palabras siguió un momento de verdadera consternación. Asiak pasó un dedo por las encías del hijo, sin preocuparse por sus gritos. Ernenek tenía razón: no se descubrían allí rastros de dientes.

Asiak se dejó caer sobre el lecho, y por primera vez Ernenek le vio lágrimas que no eran de alegría.

—Debes de haber infringido algún tabú —le dijo él severamente.

—No, que yo sepa.

—¿No habrás comido animales marinos junto con animales terrestres? ¿O no habrás puesto en el mismo recipiente productos de mar y productos de tierra?

—¡No, nunca!

—Entonces habrás dado muerte a una foca o a un caribú blanco o habrás cosido fuera de la estación. ¿Por qué no lo confiesas?

—¡Porque no hice nada de todo eso! Probablemente fuiste tú quien trasgredió algún tabú.

Piensa, piénsalo bien.

—¡Una mujer habla así a su marido! ¿Adonde hemos llegado?

—Pensemos más bien en lo que haremos —dijo Asiak, que se mordió vivamente los labios y procuró contener las lágrimas, porque demasiado bien sabía, como lo sabía Ernenek, lo que había que hacer.

Ernenek se volvió, tosió, refunfuñó y lanzó imprecaciones. Luego se esforzó por reír y por hacer creer que la cosa no le importaba nada.

Asiak fue la primera en decir lo que ambos sabían.

—Lo dejaremos en el hielo. Cuanto antes lo hagamos será mejor.

Ernenek acarició la cabeza de su mujer y la olfateó.

—Tendrás otros hijos y tal vez esos vengan provistos de dientes.

Aunque un tanto debilitada por el parto, Asiak quiso acompañar al pequeño Papik en su último viaje. Pauti debería de hallarse aún viva, a menos que un oso no hubiera llegado para devorarla, y el pensamiento de que su hijo pasaría a la eternidad entre los brazos de la abuela consolaba a Asiak en medio de su gran dolor.

Ningún oso se había aproximado a la vieja y la encontraron en el mismo lugar en que la dejaron, sentada serenamente, en medio de la blanca extensión, como la reina del mar. Había quedado un poco rígida a causa del aire frío, pero cuando por último

consiguió separar las ateridas mandíbulas, hizo un anuncio pasmoso:

—No es imposible que una vieja presuntuosa sepa hacerle crecer los dientes.

Sólo que era menester esperar a que llegara el verano, según explicó Pauti, para que las Potencias de las Nieves y de los Vientos, con las cuales ella, por ser mujer muy anciana, se hallaba en excelentes relaciones, escucharan su petición. Pero entonces Papik obtendría sus dientes. Y aunque Asiak y Ernenek no estaban muy convencidos de ello, porque a menudo las viejas dicen toda suerte de cosas tan alejadas de la verdad como está lejos el hielo de la luna, decidieron arriesgarse.

Volvieron pues al campamento con la vieja y el niño; Ernenek tuvo que construir otro iglú con nieve fresca y templada, pegado al primero y comunicado con él, donde Pauti pudiera aislarse con el nietito, porque deseaba que nadie la molestara en sus conversaciones con las Potencias de los Vientos y de las Nieves.

Y Asiak tenía que tascar el freno ante la entrada prohibida, esperando a que la llamaran para dar de mamar a su hijo.

Además de la leche materna, desde los primeros días dieron a Papik grasa de ballena que el niño chupaba del dedo de la abuela, y jugo de hígado de pescado que le exprimían en la boca. En cambio, la vieja apenas se nutría. Se convirtió, más que nunca, en piel y huesos, la nariz se le acusaba cada vez más entre las mejillas descarnadas y surcadas de profundas arrugas. Sin embargo, sus ojos reflejaban más vida que una pareja de focas jóvenes en el agua.

Papik crecía a ojos vistas; pero Asiak, que le exploraba en vano las encías, se iba poniendo taciturna; muchas veces Ernenek, despertado por los sollozos de su mujer, sacaba la mano del saco de pieles y, en la oscuridad, le tocaba el rostro bañado en lágrimas.

Desganadamente Asiak confeccionaba con la aguja triangular y con los nervios de perro y de caribú las ropitas para el niño y las abarcas de piel de foca joven; desganadamente, ablandaba y raspaba las pieles. Cuando el viento proveniente de más allá de las montañas lo permitía, la mujer salía a la noche estrellada y vagaba tambaleándose por el hielo; una y otra vez se sorprendió hablando consigo misma en voz alta, como hacía Ernenek.

Su cuerpo robusto pero agraciado, que se había desarrollado durante la actividad estival, se afinó como siempre en el invierno; pero debía dormir más, como hacían todos en esa estación; sin embargo apenas dormía. Aquel casquete de hielo puesto en la cima del mundo podía estar lleno de felicidad: era pequeño, con el fin de que el calor del cuerpo humano bastara para calentarlo, pero tenía suficiente grasa y comida y todas las comodidades imaginables; y cuando a través de las espesas paredes se oía el mugido de la tormenta que se enfurecía afuera, y el sordo fragor del mar que se agitaba abajo, el iglú era un rinconcito lleno de intimidad, con su cálida luz anaranjada, la fragancia de la grasa de foca que se consumía en la lámpara y la de las carnes que se podrían, y un intrépido cazador como Ernenek que roncaba dentro del saco. A Asiak se le hacía larga la reaparición del sol; cuando éste volviera a salir,

todos se dirigirían hacia el mediodía para buscar caza y la vida se llenaría de diversos hechos que la ayudarían a olvidar; cuando volviera a mostrarse el sol, podrían seguir la pista del caribú y cazar la vaca marina, tender lazos y trampas y encontrarse con multitudes de otros hombres, tal vez hasta ocho o diez, con los cuales se pudiera reír y cazar.

Le había durado poco la esperanza de que Papik pudiera curarse y ya se arrepentía de haberlo conservado.

Ahora la separación sería insoportable.

Volvió la primavera, la larga alborada, la breve aurora, y las estrellas palidieron mientras el cielo se aclaró, tiñéndose de un color violeta cargado, que poco a poco se transformó en rojo púrpura, en rojo sangre, en oro viejo, en oro nuevo, en luz, en día, en rayo y por fin... ¡el sol! Y Asiak, siguiendo la antigua costumbre, apagó la lámpara, arrojó el combustible y volvió a llenarla de grasa fresca y a colocar un pabito virgen.

El soplo de la vida que resurgía desde debajo del horizonte, puso en fuga, junto con las tinieblas de la noche, el sopor invernal de los hombres: sus cuerpos paralizados por el prolongado letargo reclamaban carne, mientras la sangre les corría más rápidamente por las venas, volviéndolos inquietos y ávidos, empujándolos a preparar febrilmente las correas de los trineos, a afilar sus armas y a revisar los arcos de asta y de ballena.

—En la primera etapa los abandonaremos a los dos —dijo ceñudamente Ernenek, de pie y erguido entre las brillantes paredes de hielo, con el poderoso pecho reluciente de grasa.

Asiak sintió que su corazón quedaba más frío que un iglú abandonado.

—Pero ahora queremos mucho al pequeño. ¡Si se le habla sonrío!

—¡Sí, con la boca desdentada!

—A medida que vaya creciendo, una tonta madre podría prepararle en su propia boca la comida.

—¡Y quién lo hará cuando tú mueras! ¡Los hombres se burlarán de él y las mujeres lo escarnecerán; y así será toda su vida!

Ernenek se volvió y salió refunfuñando a preparar el trineo.

Cuando estuvieron dispuestos para partir, la vieja salió del iglú llevando en los brazos a su nietito.

—Ocurre que le están asomando los dientes. Pueden llevarlo; no es necesario que yo vaya.

Y lo cierto era que bajo el dedo investigador de Asiak se manifestaron dos puntas agudas y menudas; Pauti aseguró que otras pumitas habrían de seguir a las primeras, y luego una fila completa de dientes blancos y perfectos, capaces de masticar carne cruda. De qué manera la vieja lo había logrado es cosa que nadie sabe. Pero sí se sabe que realmente ocurrió porque Ittimangnerk, el traficante nómada que vio a Ernenek, a Asiak y a Papik el verano siguiente y les vendió una vejiga llena de té a cambio de

algunas pieles de zorro, lo contó a alguien, que nunca lo sorprendió en mentiras, sino por razones de lucro.

Asiak se abrazó al cuello de su madre y le olió el rostro mientras restregaba su nariz contra la de la vieja y la inundaba de lágrimas; Ernenek se puso a dar saltos descomunales.

—Tienes que quedarte con nosotros —dijo Asiak en medio de lágrimas y risas—. ¿Qué haríamos si nos nacieran otros hijos sin dientes?

—No te preocupes. Las Potencias de los Vientos y de las Nieves me prometieron que todos tus hijos tendrán dientes, aun cuando no los muestren al primer momento. Ocurre que una vieja está cansada de estos largos viajes. Está muy débil y tiene mucho sueño. La primavera ya no agita su sangre.

Puesto que partir en aquel momento habría sido incorrecto, abrieron un fardo y volvieron a entrar en el iglú, donde prepararon té, rieron, charlaron y hurgaron los dientecitos de Papik.

Ernenek le puso en la boca pedacitos de carne y una vez Asiak tuvo que meterle los dedos en la garganta para sacarle un trozo demasiado grande que amenazaba ahogarlo. Se dieron a la comilona hasta que Asiak, vencida por súbito cansancio, se adormeció. Ernenek continuó comiendo solo, hasta que también él se vio vencido por el sueño.

Entonces Pauti se levantó y salió del iglú silenciosamente. Los perros ladraron, pero ella los calmó con el mango del cuchillo.

Las ropas interiores, de piel de garza, tenían mucho valor, ya que para unir tantas pieles pequeñas se requería un gran número de puntadas; de manera que Pauti, sabiendo que les serían útiles a Asiak, las había dejado en el iglú y sólo llevaba puesto un vestido de pieles de perro, gastado y casi desprovisto de pelos.

El cielo era plomizo; el viento ululaba y las heladas ráfagas hacían dificultosa la marcha de aquel cuerpo viejo y apergaminado que había gastado demasiadas energías durante el invierno.

No oía otra cosa que el crujido que hacían sus pies al cruzar la capa de nieve, y por debajo de ella el estremecimiento del mar, del mar bueno y rico, rico en buenos y sabrosos peces.

Anduvo hasta que se cubrió de sudor, cosa que desde la más tierna infancia había aprendido a evitar, salvo cuando se encontraba dentro del saco de pieles; y continuó avanzando con todas las fuerzas que le quedaban para sudar aún más. Se detuvo por fin jadeante y bañada, en una cresta de hielo que se levantaba en medio de la blanca llanura. Sus ojos cansados ya no veían el iglú. Allí se sentó y esperó serenamente a que el sudor se helara.

Al principio, la camisa de hielo que le apretaba cada vez más el cuerpo fue dolorosa. Sentía que se le congelaban las carnes, los huesos, el cerebro. Luego disminuyó la sensibilidad, la mente se le entorpeció, así como la circulación de la sangre, y la vieja fue presa de profunda somnolencia. Ya no sentía el frío, estaba

contenta y completamente apaciguada. Entrevió la silueta de un oso que avanzaba sobre el hielo, y pensó en la alegría que habría tenido Ernenek de haber avistado a aquel gran cazador blanco. El oso se le aproximaba con precaución, conteniendo sus cuatrocientos kilos de hambre, desconfiado como era de todo aquello que se pareciera al hombre, porque el hombre se parecía demasiado al oso. Se movía con una pesadez que era sólo aparente; llevaba erectas las orejas, movía vivazmente el brillante hocico, y los ojillos vigilantes en la cabezota triangular; gruñía sordamente y exhalaba por la boca abundante vapor.

Pauti no pudo contener una sonrisa al pensar que sólo unas facciones humanas bastaban, a lo menos por un momento, para mantener a raya a un animal tan poderoso, y se dijo que en verdad el oso tenía razón en desconfiar; era seguro que algún día aquel oso habría de encontrarse con Ernenek en el gran mar blanco y el cazador lo embaucaría con una bola de grasa que ocultaba la muerte y lo seguiría en su agonía hasta poder darle fin. Frente a un nuevo iglú volverían a levantarse los viejos gritos de alegría, y Pauti ya veía a Ernenek desollar la presa, a Asiak extraer las vísceras y a Papik hundir su perfecta hilera de dientes en el hígado humeante, de suerte que en poco tiempo no quedaría del oso sino las manchas de sangre que salpicarían las brillantes paredes del iglú.

La vieja conocía el futuro porque conocía el pasado, y su familiaridad con las cosas de la vida le permitía comprender y, por lo tanto, aceptar sin rencor, la eterna tragedia de la naturaleza: es menester que la carne perezca para que la carne pueda vivir.

Ella debía morir a fin de que el oso pudiera vivir hasta el día en que Ernenek lo matara para nutrir a Asiak y a Papik, carne de su carne.

Y así ella volvería a sus seres queridos.

Cuando el oso se decidió por fin a acercársele, Pauti estaba ya tan aterida, que apenas advirtió el caliente aliento de la bestia que le daba en el rostro. Y así fue cómo, casi sin sentir dolor alguno, pasó a las regiones del sueño eterno y apacible.

UN NEGOCIÓN

Mientras en las tierras siempre verdes los esquimales polares languidecían y morían, en el hielo perenne vivían sanos y felices. Al llegar el invierno, levantaban sus minúsculos iglúes en el océano petrificado que, gracias a las aguas de abajo, era más caliente que la tierra helada; en primavera salían del letargo, se quitaban las ropas, raspaban la suciedad del cuerpo y se la comían, se acoplaban con la mayor promiscuidad, cambiándose las mujeres, bailaban y festejaban el día naciente, cazaban la toca y el oso blanco o emigraban hacia el sur en busca de manadas de morsas y de los preciosos restos de madera que el océano deshelado arrojaba a las costas.

Su principal problema era el modo de llenarse el vientre, y resolverlo demandaba todo su empeño. Cuando apartaban provisiones de comida que se hacían útiles en períodos de carestía —desecaban la carne al sol o la sepultaban en hoyos abiertos en el hielo— no lo hacían con miras al mañana sino porque aun con la mejor voluntad no podían consumir todo cuanto cazaban. No se preocupaban ni del futuro ni del pasado, sino tan sólo del eterno presente. Y como donde aparecían los hombres la caza no tardaba en desaparecer, se veían siempre obligados a emigrar, a cambiar continuamente de territorio de caza y a huir de aquello que más añoraban: la compañía de otros hombres.

Ernenek y Asiak habrían continuado, pues, marchando indefinidamente de este modo, si Ittimangnerk, el traficante nómada, no hubiera plantado la semilla de la curiosidad en sus corazones. Ittimangnerk era un híbrido y bastardo en el alma: mitad indígena y mitad extranjero, mitad cazador y mitad comerciante, mitad carne y mitad pescado. La casualidad lo había llevado, siendo aún muy joven, a encontrarse con los hombres blancos, quienes le habían comunicado sus pasiones y su eterna ambición, sin conseguir, empero, matar en él al esquimal, con lo que lo habían condenado a vacilar continuamente entre los dos modos de vida; de todas maneras era un hombre infeliz, a quien nadie amaba y todos despreciaban.

El otoño había ya apagado la descolorida luz solar, mientras teñía la cima del mundo de un color gris malva, cuando Ittimangnerk y su mujer Haiko descubrieron, en medio de la gran extensión del mar, un diminuto iglú que brillaba con el color del ámbar en la penumbra crepuscular.

Al entrar en él encontraron a Ernenek, completamente desnudo y reluciente de grasa, recreándose con ese maravilloso muñeco irrompible que era el pequeño Papik: tirándolo por un pie lo arrastraba por entre las espinas y las cabezas de pescado roídas.

Ernenek dio alegremente la bienvenida a los recién llegados, les estrechó las manos y palpó el vientre de Ittimangnerk por ver si éste estaba bien nutrido. Asiak interrumpió sus trabajos domésticos para preparar té: tomó un puñado de nieve potable y lo puso sobre la lámpara, ya que cualquier cosa que se bebiera tenía antes

que derretirse; luego ayudó a los visitantes a quitarse la ropa exterior y las calzas de piel, que examinó atentamente.

No había nada que remendar: era evidente que los recién llegados se habían detenido antes de entrar en el iglú para cambiarse la ropa, pues estaba completamente seca y no presentaba ningún rastro del viaje. Haiko era cosa verdaderamente digna de verse: mientras su marido vestía casi como un verdadero hombre, ella llevaba suaves zapatos de piel de reno, calzas ornadas con colas de armiño, una chaqueta enteramente hecha de delicadas pieles de zorro y, entre las largas trenzas que le caían sobre el pecho, ostentaba cuentas de vidrio y cintas de colores que dejaron estupefacta a Asiak, quien nunca había visto nada parecido a aquello.

Cuando Ittimangnerk manifestó que sentía frío en los pies, Asiak se quitó la chaqueta, se bajó el cinturón y puso las heladas plantas del hombre sobre su estómago caliente, sin dejar de reír por las cosquillas.

Apenas se le hubieron calentado los pies, Ittimangnerk demostró que, si no tenía las costumbres de un extranjero, tenía por cierto sus maneras. En efecto, no invitó a los dueños de casa a revisar y revolver sus fardos, como lo exigía la costumbre, ni se precipitó sobre la despensa de la casa, como lo permitía la tradición. Era hombre terriblemente avaro de sus propias cosas, de manera que no quería aceptar regalos para no sentirse obligado a hacerlos.

Pero siempre estaba dispuesto a comerciar, como hacían los hombres blancos, sus maestros.

A fuer de gran hombre de negocios, no tenía tiempo que perder, de modo que no se estuvo un par de semanas solazándose antes de exponer el motivo de su visita, sino que, después de haber sorbido sólo unos pocos tazones de té, chupado un trozo de su propio pescado helado, referido los últimos chismes, en medio de grandes risas y haber descabezado un sueñito, mostró sus mercaderías: hojas de té negro, envueltas en una vejiga de reno, y un rollo de mechas.

—¿Tienen pieles de zorros? —preguntó mirando en torno.

—No es imposible que haya algunos estropajos de pieles de zorro detrás de la lámpara.

Toma los que te hagan falta. A nosotros nos basta uno para limpiar las vasijas.

Ittimangnerk examinó las pieles con gran seriedad.

—Alguien puede utilizar sólo estas siete. A cambio de ellas recibirás un paquete de té y cuatro brazas de mecha de algodón de tundra, que da mucho más luz que los pabilos hechos de musgo. Si tuvieras pieles limpias, que no hubieras usado como estropajos, te podría dar más té y más mechas.

Al oír estas palabras, Ernenek se deshizo en risas. Cuando estuvo en condiciones de poder hablar dijo:

—Ocurre que no queremos más té o mechas, puesto que nos basta con lo que tenemos.

—Entonces te mostraré algo que querrás tener.

E Ittimangnerk se arrojó de bruces al túnel y al cabo de un rato volvió agitando un fusil. Era un viejo Martini, resto de diversas guerras, que, de todos modos, para Ernenek bien podía ser el último modelo, puesto que el esquimal nunca había visto un arma de fuego.

—¡Si consigues reunir un número suficiente de buenas pieles, podrás tener esto!

—¿Es cosa de beber o de comer? —preguntó Asiak.

—Es un fusil, el arma del hombre blanco —dijo sosegadamente Ittimangnerk—. Con esta arma hasta un niño pequeñito puede matar a un oso grande. Basta apretar esta palanquita para que cualquier animal, y hasta un hombre blanco, caiga de espaldas sin hacer objeciones.

Y como sus conocimientos sobre las armas de fuego no eran mucho más profundos que los de Ernenek, apretó demasiado el gatillo, de manera que el arma, disparándose, sacudió todo el iglú y lo llenó de humo.

Por un instante todos se miraron pasmados; Papik se puso a chillar; luego Ittimangnerk, presa del repentino frenesí de los hombres, hizo fuego una y otra vez, mientras el ambiente se oscurecía más y más, y las balas pasaban silbando a lo largo de las paredes circulares, astillando el hielo, hasta que el cargador quedó vacío.

Cuando el humo se hubo disipado a través de la abertura de la cúpula, Ernenek, que había quedado enmudecido, mostró un pequeño orificio en su nalga, donde se había alojado una bala que había rebotado en la pared. Ahora le tocó a Ittimangnerk reírse con sonoras carcajadas. Se echó de espaldas sobre el banco, sosteniéndose los ijares, mientras Haiko y Ernenek hacían otro tanto.

Sólo Asiak parecía no apreciar la broma.

—Con estos estúpidos juegos han hecho llorar a Papik —dijo sumamente irritada. Luego, con el dedo meñique sondeó la herida del marido, extrajo la bala con la punta del cuchillo de nieve y tapó el agujero, que había comenzado a sangrar como consecuencia de la intervención quirúrgica, con aceite de hígado de pescado condensado por el frío.

La carota de Ernenek no manifestó la menor emoción durante los manejos de Asiak; cuando ésta hubo terminado, Ernenek sonrió. Pero Asiak miró fijamente a Ittimangnerk con ojos llameantes, hasta que éste se sintió embarazado.

—Sólo quería mostrar cómo funciona —dijo, procurando disculparse—. ¿Cómo podía saber que la bala rebotaría? Precisamente eso demuestra la potencia del arma. Mata a distancia cualquier animal si la bala no da antes contra una pared.

Ernenek tomó en sus manos el fusil y Asiak se apresuró a rodear a Papik con sus brazos.

—No temas —dijo Ittimangnerk—, ocurre que ya no hay proyectiles ni podemos obtener otros hasta que volvamos a pedírselos al hombre blanco.

—¿Qué cosa quieres que te dé por esta arma? —preguntó Ernenek excitadísimo, mientras ponía un ojo en la boca del fusil.

—Muchísimas pieles de zorro que no tienes. Pero cuando hayas amontonado un

número suficiente puedes presentarte de mi parte en el puesto de intercambio y el hombre blanco te dará un fusil.

—¿Y cuántas pieles tengo que llevar?

—Cinco veces un hombre contado hasta el final.

Después de haber hecho sus cálculos, Ernenek se sintió estremecido por un calofrío. Puesto que todas las cuentas se hacían mediante los dedos de los pies y de las manos, un hombre contado hasta el final significaba veinte, la cifra más alta que los esquimales conocían. Cinco veces esa suma era una cifra que Ernenek no lograba siquiera imaginarse; pero comprendía que era elevadísima.

—También podría llevar pieles de reno y de lobo —dijo esperanzado.

—El hombre blanco sólo quiere pieles de zorro. Tiene gustos extraños, pero sabe lo que quiere. Su cerebro no es muy agudo, pero su cabeza es bastante dura.

Ernenek y Asiak quisieron enterarse de otros pormenores acerca del hombre blanco y de sus rarezas. Y mientras Ittimangnerk, que era un gran conversador, les satisfacía el deseo, ellos distribuían grandes tajadas de carne de foca helada que los otros una vez concertados los negocios, aceptaban ahora sin escrúpulos. Todos mordisquearon y tragaron, eructaron y rieron ruidosamente entre preguntas y respuestas, y de cuando en cuando Asiak pegaba sus labios a los de Papik y le metía en la boca la carne masticada, que el pequeño devoraba ávidamente no sin ensuciarse el mentón.

Ernenek cambió algunas risas con Haiko, y Asiak con Ittimangnerk. No había pues que maravillarse de que la solitaria pareja del norte deseara que los visitantes permanecieran aún un tiempo más con ellos, para aligerar la monotonía de la larga noche polar, con otros relatos y otras risas; pero Ittimangnerk era hombre muy atareado, de manera que, después de entregarse a un breve sueño, partió con Haiko, haciendo gala, por una vez, de tacto y buena educación: se marchó sin decir palabra mientras Ernenek y Asiak dormían, y no sin llevarse con él los jamones de oso que había en la casa, ciertamente como señal de admiración por aquel gran cazador que era Ernenek.

Mientras tanto, la planta de la curiosidad había echado raíces y crecía, y si bien en un iglú invernal había mucho que hacer entre un sueño y otro —Ernenek tenía que confeccionar y reparar armas y correas y Asiak cuidar de las ropas y del pequeño Papik— el reclamo de la aventura y de los mundos ignotos no dejaba en paz a la pareja. Ernenek no hablaba de otra cosa que del grandioso fragor del fusil, y Asiak fantaseaba incesantemente acerca de la vida que se llevaría en el puesto de intercambio, en torno al cual Ittimangnerk le había despertado, sin satisfacerla, una gran curiosidad.

—El hombre blanco —decía Asiak pensativa— no aprecia el pescado helado ni la carne pasada, sino que los echa a perder quemándolos al fuego.

—Pero en cambio tiene muchos fusiles —replicaba Ernenek saliendo en defensa del hermano blanco—. Y aun cuando te esforzaras, nunca serías capaz de imitar el

ruido que hacen.

—Vive en una enorme casa de madera llena de calor, y sin embargo, siempre tiene frío.

—Pero tiene más balas, que tú sesos, y cada bala puede matar un oso como si se tratara de una garza. ¡Es seguro que no comerá otra cosa que hígado y lengua de oso!

Cuando volvió el día a la cima del mundo, Ernenek no aserró el hielo para pescar, no se puso al acecho junto a los agujeros de aire de las focas y de las morsas, y hasta la vista de los osos que se bamboleaban sobre los hielos lo dejó indiferente. Si abandonó el Océano Glacial y levantó una tienda de pieles en la tierra firme, lo hizo sólo para tender lazos y excavar trampas entre la vegetación enana que afloraba trabajosamente a través del manto invernal; y cuando descubría un zorro en libertad se precipitaba en su seguimiento y le lanzaba sus flechas de punta de piedra.

Mientras tanto, Asiak, con el niño atado a la espalda, iba con el trineo a proveerse de víveres en los depósitos diseminados por mar y por tierra, buscaba las distintas clases de hojas para hacer té o juntaba hongos que, desecados al sol, constituían la yesca para el pedernal.

Durante el verano, mientras cazaban y cuidaban de las trampas, tenían la costumbre de dormir muy poco, pero en compensación se alimentaban prodigiosamente, y aquel año más que nunca: Ernenek porque corría incansable detrás de los zorros; Asiak porque estaba nuevamente encinta; Papik porque estaba creciendo; y los perros por ninguna razón particular. Y si bien consumían hasta los últimos restos la carne de los zorros capturados, las provisiones iban disminuyendo rápidamente y Asiak empezaba a preocuparse.

—¿Cómo haremos este invierno?

—Comeremos un poco menos que de costumbre —respondía alegremente Ernenek, como si luego, llegado el momento, fuera capaz de ajustarse el cinturón—. Pero una vez que tenga un fusil, recogeré tanto botín que fácilmente podremos llegar a ser el doble de gordos de lo que estamos ahora.

No era fácil cazar tantos zorros. Abundaba en cambio la caza más dócil, la foca y la morsa, y un poco más hacia el sur, la vaca marina y el caribú. Pero ningún animal era tan remiso a dejarse capturar como el zorro, con la excepción, naturalmente, del glotón. Una vez el zorro que había caído en la trampa huía dejando entre los dientes una pata; otra el emprendedor, el sanguinario, el pérfido glotón, hacía dispararse, por pura maldad, una hilera entera de trampas tendidas y siempre lograba escapar incólume, no sin haberse apoderado antes del cebo; y cuando encontraba en la trampa algún zorro, el glotón se divertía reduciéndolo a jirones, o se lo llevaba a su cubil con la trampa completa y sin dejar ningún rastro.

¡Si Ernenek hubiera podido, aunque sólo fuera por una vez, echar el guante a un glotón vivo!

En cambio, apenas había logrado ver, alguna rara vez, uno de estos exasperantes animales, invisibles si no están en movimiento, demasiado astutos para moverse en

las cercanías de los hombres, y aparentemente empeñados sólo en maquinarse empresas cuyo único fin era enfurecer a la gente.

Con todo, tendiendo más trampas que las que el glotón conseguía eludir, retirando los zorros caídos en las trampas, antes de que pudieran liberarse de ellas, cortándose la pata con los dientes, o antes de que el glotón pudiera hacer estragos, Ernenek juntó sus cien pieles. Ya estaba harto de la carne de zorro, fibrosa y dulzona; había agotado las reservas de víveres y llegado al fondo de casi toda la despensa. Pero podía agitar las pieles ante la nariz de Asiak, cada vez que ésta le profetizaba, con alarma femenina, la carestía y la inevitable consunción del pequeño Papik, seguida de la de ella misma, y por fin de la de Ernenek, que quedaría solo, abandonado y roído por el remordimiento.

A todo esto el sol había desaparecido silenciosamente, como un huésped bien educado y, a través del helado velo invernal que se hacía cada vez más denso, comenzaban a apuntar las estrellas. Ernenek, presa de la manía del progreso, quería ponerse en camino, sin más trámite, hacia el puesto de intercambio; pero esta vez Asiak se opuso decididamente:

—Primero tenemos que dormir un par de meses, porque una mujer comienza a sentir sueño después de un verano muy laborioso.

—Si partimos dentro de un par de meses no llegaremos al puesto de intercambio antes del deshielo. En aquella región el mar se derrite cada año y sólo se puede llegar allí en invierno.

—Si encontramos el mar líquido esperaremos en tierra a que se hiele de nuevo.

—Está bien, pero perderemos mucho tiempo.

—Tenemos tiempo para perder.

—Pero a alguien no le gusta perder tiempo —protestó Ernenek, con el tono del hombre que tiene deberes que cumplir.

Mas Asiak se mantuvo firme, y Ernenek sabía que no había modo de hacer cambiar de idea a una mujer, fuera del saco de pieles. De manera que se fue a cazar y a pescar desganadamente, envuelto en el crepúsculo otoñal, mientras miraba con desprecio sus armas blancas.

Cuando el invierno hubo hecho huir parte de la caza hacia el sur y parte debajo de la capa de hielo del mar, y cuando por fin Ernenek se vio obligado a ponerse el sayo de piel de oso, él y su mujer abandonaron la helada tierra y fueron a construir su minúsculo iglú encima de la tibieza del agua. Era ése el período del reposo y de los tranquilos trabajos domésticos, y Asiak esperaba que Ernenek ahogaría en el sueño su energía.

Pero los sueños de Ernenek eran agitados y hasta cuando dormía desvariaba en voz alta acerca del fusil.

En medio de la noche Asiak dijo repentinamente:

—Así no podemos seguir. Una mujer casi ni logra dormir ni presta atención a su trabajo. Tal vez todo se arregle si vamos al puesto de intercambio.

Ernenek se puso de pie en un santiamén, revisó febrilmente las correas, se precipitó afuera para desenterrar el trineo y, presuroso, recubrió con una capa de hielo los patines, mientras Asiak preparaba los utensilios de la casa.

Una vez disipada su somnolencia, los perros comenzaron a reñir y el cabeza tuvo que atacarlos repetidas veces, para hacerlos colocar en su puesto. Permanentemente famélicos, eran capaces de devorar todos los días el equivalente de su peso en carne o pescado, pero estaban acostumbrados a pasarse sin comida durante varias vueltas de sol consecutivas: cuatro o cinco cuando viajaban y unos diez días cuando reposaban.

Ernenek degolló los últimos cuatro cachorros que aún no habían terminado en las fauces de los perros de tiro, los redujo a trozos suficientemente pequeños para que se los pudiera comer sin necesidad de cortarlos de nuevo, lo cual habría sido difícil una vez helados, y los cargó en el trineo como comida para los perros. El pequeño Papik participaba de la excitación general y también él se balanceó de aquí para allá, como un pato, sobre los piecitos separados, metidos en blancos zapatitos de piel de foca joven, hasta que llegó el momento de partir.

Ittimangnerk no habría podido describir el itinerario con mayor precisión:

—Atraviesen la Bahía de la Foca Bizca, pasen a través de los dos islotes puntiagudos llamados Senos del Diablo y luego costeen el litoral bajo que hay a la derecha. Manténganse a alguna distancia de esa costa, porque los hombres del interior, que tienen la piel roja y son malísimos, por ser hijos del diablo, los matarán con toda seguridad si se internan en sus dominios; continúen pues avanzando sobre el mar hasta llegar a una cadena de montes altos y escarpados. Allí, tengan los ojos bien abiertos para poder descubrir las desembocaduras de los ríos. El puesto de intercambio se encuentra sobre el cuarto río, en la segunda curva y precisamente en la costa. No pueden equivocarse.

No podían equivocarse ni podían encontrar dificultad alguna en el camino, pues se habían provisto abundantemente de amuletos contra las insidias del destino. Llevaban un manojo de pelos de conejo de nieve contra la mordedura del hielo, una cola de comadreja contra la tormenta, una uña de oso contra el rayo, un diente de caribú contra el hambre, una piel de marta contra los percances, una cola de glotón contra la locura, una cabeza de zorro contra las celadas, una gaviota disecada para tener fortuna en la pesca, una oreja de reno para tener oído sutil, un poquito de hollín para ser fuertes (puesto que el hollín resiste hasta el fuego), una mosca para ser invulnerables (puesto que es difícil golpear a una mosca) y un ojo de foca contra el mal de ojo y contra los varios espíritus hostiles. Hasta los perros llevaban amuletos. Pero el más importante de todos ellos era la piel de armiño que Ernenek llevaba cosida en el sayo: asaltado por potencias superiores, Ernenek podría infundirle vida y el feroz animalejo se arrojaría con incontenible violencia contra cualquier cuerpo enemigo. De manera que no había que maravillarse por el hecho de que avanzaran sin inconvenientes y con el viento a las espaldas, viento del norte que durante todo el invierno casi no cesaba de soplar.

El intenso frío congelaba la capa de grasa extendida sobre los rostros y el aliento se condensaba en pequeños cristallitos de hielo en torno a las narices y a las cejas; cuando escupían, la saliva se congelaba en medio del aire y se oía el tic que producía al caer sobre el hielo.

Apenas notaban que la punta de la nariz o de los dedos perdía sensibilidad, ambos saltaban fuera del trineo y trotaban junto a él hasta volver a calentarse. Pero Papik, envuelto en el amplio sayo de Asiak y sólidamente atado contra sus espaldas, gozaba siempre la tibieza del cuerpo materno.

Se turnaban para dormir en plena carrera; sólo cuando el tiro de perros daba señales de cansancio, Ernenek ordenaba al cabeza que se detuviera y echaba el ancla.

Aprovechaba la parada para descargar el trineo y dar nueva capa de hielo a los patines, o bien para pescar. Era imposible llevar provisiones suficientes para tantas bocas en un viaje tan largo, de manera que tenían que procurarse la comida en el camino, lo cual no era fácil en invierno. Sólo en la proximidad de los promontorios y en torno a los icebergs, la costra helada era un poco menos espesa y lo suficientemente delgada para poder cortarla con la sierra; luego eran necesarios mucha paciencia y un gran claro de luna para poder traspasar alguna trucha color de sangre o algún salmón color de sol.

Los perros se aovillaban donde se detenían y al poco tiempo no formaban sino un cúmulo de pieles cubierto de escarcha, de suerte que para volver a ponerlos en movimiento era menester repartirles palos y golpes en profusión. De cuando en cuando, al despertarlos, Ernenek desmenuzaba con el hacha un poco de carne o de pescado helado que los perros cogían al vuelo y tragaban, sin masticar los huesos o las espinas; pero para evitar que se hicieran perezosos, Ernenek nunca los alimentaba hasta saciarlos y, en efecto, siempre tiraban del trineo con gran voluntad y con las colas en alto. Estaban llenos de vivacidad y prontos tanto a jugar alguna mala pasada como a devorar cualquier cosa que pudiera comerse. Algunas veces cuando, habiendo detenido el trineo, Ernenek y Asiak se alejaban sin haber fijado el ancla, el perro cabeza daba inopinadamente la señal de partir, los demás lo obedecían y los amos se veían obligados a seguir el trineo a toda carrera; o si en el camino descubrían heces de oso o de foca se lanzaban sobre ellas, combatiendo salvajemente entre sí para apropiárselas, con riesgo de volcar el trineo. En aquellas ocasiones no había bastonazos que los calmaran.

En invierno, el cielo, barrido por el helado bóreas, se presentaba casi siempre terso, y bajo su bóveda reluciente, en la que resplandecía soberana y central la Estrella Polar, el aire olía a ozono. El litoral, que los viajeros no debían perder nunca de vista, se presentaba ahora nítidamente recortado en el cielo fulgurante, y la tierra firme y las islas proyectaban sombras de un azul intenso sobre el nacarado paisaje espectral.

De vez en cuando se oía cómo el hielo temblaba o se hendía por los movimientos del mar subyacente: y entonces Ernenek estaba alerta para detener el trineo. Si las

grietas, en las cuales se oía el gorgoteo del agua, eran angostas, el tiro de perros las pasaba de un salto y el trineo, deliberadamente largo, lo seguía sin dificultad; pero si aquellas grietas eran demasiado anchas, había que costearlas, a veces por trechos larguísimos, antes de poder seguir la ruta.

Cuando se desencadenaba una de las raras tormentas invernales que llenaban el aire de nevisca, que barrían el techo del mundo de todo lo que se moviera y de buena parte de lo que no se movía, Asiak y Ernenek se detenían y a toda prisa construían un reparo sólidamente erigido en medio del hielo. En el interior del iglú, sentados en el sofá de nieve y al calor de la llama y de sus propios cuerpos, chupaban pescado helado, mordisqueaban un puñado de nieve y se metían en los sacos de pieles; bien pronto el mugido amortiguado de la tormenta que arreciaba afuera y el zumbido del océano que se agitaba por debajo les arrullaba el sueño.

Asiak era siempre la primera en despertarse en medio de la densa niebla que se formaba después que la lámpara se apagaba. Preparaba el té sin abandonar el lecho, luego retiraba los vestidos y los zapatos del secadero y se ponía a ablandarlos.

Antes que el té se congelara se despertaba Ernenek.

A medida que se alejaban del norte, aumentaba el calor y la nieve y poco antes de llegar al puesto de intercambio Ernenek se desnudó hasta la cintura y durante dos vueltas de luna permaneció con el torso desnudo a causa del insoportable calor de unos pocos grados bajo cero.

Se quedaron admirando largamente y a distancia la casa del hombre blanco antes de llegarse hasta ella. Ittimangnerk no había exagerado. ¡Qué grandeza! ¡Qué hermosura! ¡Qué imponente era su aspecto y qué interesante debía de ser su interior!

Era una barraca compuesta de una sola habitación de alrededor de veinte metros de largo, hecha de troncos de árboles ennegrecidos por el humo y provista de dos ventanitas llenas de hollín. Contra las paredes más largas se disponían dos filas dobles de catres, una sobre la otra; había un mostrador, cajas y estantes, una pequeña pared divisoria, una estufa y, como si todo eso no bastara, una mesa y sillas parejas hechas enteramente de madera —el material más raro y precioso—, y todo fastuosamente iluminado por una lámpara de petróleo.

¡Y qué cantidad de gente se amontonaba en aquel puesto! ¡Exactamente un hombre contado hasta el final; justo veinte, como hubo de establecer Asiak después de un cuidadoso cálculo, sin contar siquiera los niños sentados en las faldas de las mujeres, las cuales formaban alrededor de un tercio de aquella multitud! ¡Y su lenguaje! Fascinador, puesto que en su mayor parte era incomprensible, penetrado, como estaba, por vocablos extranjeros. Muchos hombres sonrieron con muestras de admiración a Asiak, la cual les devolvió la sonrisa, riendo embarazada mientras se le enrojecía el rostro.

Luego, saliendo de la pared divisoria, apareció el hombre blanco. Era notable por su figura alta y delgada, el enorme tamaño de las manos, las ropas nada prácticas y la barba rojiza que le cubría el rostro largo y severo. Los esquimales tenían la costumbre

de arrancarse su ya escaso bozo, para evitar que en él se acumulara el hielo; sólo muy pocos de entre ellos se dejaban crecer unos ralos bigotes.

—Una ridícula mujer se lo esperaba blanco como la nieve —susurró Asiak decepcionada— después de haber oído hablar tanto del hombre blanco. Es más oscuro que nosotros, cuando nos raspamos el hollín y la suciedad de la cara.

—Ocurre —dijo Ernenek al hombre blanco, ignorando la charla de su mujer y entrando de lleno en los negocios— que alguien enviado por Ittimangnerk ha traído unas pocas pieles de zorro de ningún valor.

Y se quedó aguardando, lleno de expectación.

El hombre blanco no dio señales de haber comprendido, pero gritó:

—¡Undik!

Y entonces un esquimal de pelo blanco, con el rostro surcado de innumerables arrugas y con un par de bigotes entecos que le caían perpendicularmente sobre el mentón, se acercó balanceándose como un oso sobre sus arqueadas piernas. Llevaba zapatos y calzas indígenas, pero una chaqueta de corte exótico puesta sobre una camisa de lana.

—¿Qué quieren? —preguntó Undik—. El hombre blanco no entiende la lengua de los hombres.

Ernenek y Asiak cambiaron una mirada y estallaron en clamorosas risas. Al cabo de un instante el hombre blanco golpeó con el pie en el suelo, y Undik dijo impaciente:

—¿Qué quieren? Dice que nombraron a Ittimangnerk.

Ernenek refrenó su alegría y repitió todo cuanto había dicho al hombre blanco.

—¿Quieres un fusil? —preguntó Undik.

—No, no —gritó Ernenek poniéndose encarnado—. ¿Cómo puede pretenderse un fusil a cambio de unas pocas pieles de zorro encontradas por pura casualidad?

—Muéstramelas.

—Te ruego que no insistas. Me avergonzaré de mostrar esas pieles a un hombre blanco.

¿Qué pensaría de nosotros? Son pocas y malas.

—Despacha, Ernenek, al hombre blanco no le gusta la charla.

Todos los circunstantes rodearon a Ernenek cuando éste, por último, se dejó persuadir y se puso a deshacer sus fardos en el suelo. El hombre blanco examinó las pieles una por una con el ceño fruncido. Por último, dijo algo a Undik en tono grave.

—Dice que no son exactamente las pieles que quería —tradujo Undik—; pero así y todo te dará un fusil.

Entonces el esquimal desapareció detrás del mostrador y volvió con una venerable escopeta, abuela del fusil que Ittimangnerk había exhibido con tanto éxito en el iglú, y se la dio a Ernenek.

—Si quieres proyectiles tendrás que traer otras pieles. El fusil sólo contiene una bala para que te asegures de que funciona. Pero debes probarlo afuera.

Ernenek lo tomó con temblorosas manos, abrió de par en par la puerta, disparó un tiro en la noche y se volvió radiante, rodeado por una nube de humo.

—Hace aún más ruido que el otro —dijo Ernenek y luego, dirigiéndose a Undik, agregó—. Dile al hombre blanco que si tiene ganas de reír con la mujer de alguien puede hacerlo sin más.

Y así diciendo miró a Asiak, que bajó los ojos y se sonrojó.

—No, no —dijo Undik—, a este hombre blanco no le gusta reír con las mujeres de los hombres ni permitirá que tu mujer ría con otros en esta casa. Recuérdalo.

Ernenek y Asiak se miraron confusos y profundamente mortificados; Undik agregó en tono conciliador:

—Pueden descansar aquí, si están fatigados.

Estaban cansados, pero no deseaban dormir. Había demasiadas cosas interesantes que ver en aquel lugar fabuloso y no querían perder ni una sola.

Hasta el pequeño Papik era todo ojos y oídos, pero se mostraba huraño y despavorido al ver tanta gente reunida, de manera que no se separaba de las calzas de su madre.

Los hombres del puesto de intercambio comían extraños alimentos calientes que extraían de cajas de metal y bebían té hirviendo. No sólo su modo de comer y de beber sino todo cuanto tenían, hacían y decían era extraño. Usaban cuchillos de metal muy brillante que cortaban la carne como si fuese grasa de foca, lo cual era evidentemente ventajoso; pero todas las costumbres que habían tomado del hombre blanco, como los juegos de dados y de cartas, eran incomprensibles, y su objeto no parecía nada claro a la ingenua pareja del norte, aunque todos se esforzaban por ilustrarla, así como por explicarle los principios del comercio, esto es, qué cosa era una venta, un trueque, un buen negocio.

Algunos estaban bebiendo, un líquido ambarino de una botella de vidrio, y come aquella era la primera vez que Ernenek veía vidrio, tocó una de las botellas, cuyo dueño le preguntó:

—¿Quieres un poco?

Si Ernenek se hubiera limitado a probar un poquito de aquella bebida en lugar de beberse un enorme trago, el efecto habría sido menos desastroso. Pero entonces aquel hombre no habría sido Ernenek. Podía tragarse espinas de pescado sin que le produjeran daño alguno; pero el trago que tomó de aquella botella le bajó por la garganta como un arponazo. Tosió y escupió mientras se le ponía la cara morada y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ya te acostumbrarás —dijo el dueño de la botella, mientras todos los circunstantes estallaban en risas—. Se llama agua de fuego; no tiene buen sabor pero te mantiene caliente y alegre.

—Mi mujer dice que soy siempre demasiado alegre y ya estoy estallando de calor sin esa agua de fuego.

Y así diciendo, Ernenek comenzó a desnudarse.

Pero Undik lo cogió de un brazo.

—El hombre blanco, no quiere ver gente desnuda.

Ernenek echó una mirada en torno. Al principio no lo había advertido, pero lo cierto era que allí todos estaban vestidos, aunque en la habitación hacía tanto calor que casi no se podía respirar.

En el sur, donde en verano el gran deshielo impedía los movimientos de los trineos, el invierno era la estación reservada para viajes y visitas, de manera que los cazadores, los traficantes y sus mujeres, queriendo aprovechar el hecho de hallarse en el puesto de intercambio, continuaron alborotando, jugando y comiendo, hasta que el hombre blanco se retiró detrás de la pared divisoria y Undik anunció que ya era hora de apagar la luz.

Invitaron a Ernenek y a Asiak a probar los catres. Asiak aceptó pero Ernenek, temiendo algún nuevo percance, prefirió extenderse sobre el suelo con los que se habían quedado sin cama. En la oscuridad no se veían sino las rendijas de la estufa encendida. Algunos hombres charlaban todavía un poco antes de unirse al coro de los que ya roncaban.

Afuera soplaba el bóreas y la barraca crujía con todo su madera.

Asiak no conseguía conciliar el sueño. El calor era sofocante, el tufo de petróleo, de tabaco y de cocina apestaba el aire. La cabeza le daba vueltas por todo lo que había visto. Apretó a Papik contra su pecho y lo husmeó, sintiéndose extraña en un mundo extraño.

—Ernenek —llamó súbitamente—, ¿estás despierto?

—Sí —respondió Ernenek desde el suelo.

—Aquí hay algo que no anda bien.

—¿Qué?

—Considera al hombre blanco. ¿Por qué se desprende de todos esos objetos preciosos a cambio de simples pieles de zorro que se echan a perder fácilmente? ¿Por qué ignora que un iglú se construye y se calienta más rápidamente que una casa grande como ésta? Tiene que caminar para encontrar cualquier objeto que necesite en lugar de alargar sencillamente un brazo en la oscuridad; y alguien ha notado que a veces no encuentra lo que busca a pesar de haber tanta luz. Tendrá una gran cantidad de fusiles, pero es muy dudoso que sirvan para cazar, porque de otro modo, ¿por qué come esas cosas hediondas que pone en recipientes de hierro?

¿Y por qué bebe agua de fuego, que quema la garganta y se la hace beber a los demás? ¿Por qué no permite que nos desnudemos cuando hace demasiado calor? ¿Y por qué no sonrío nunca? ¿Y por qué no le gusta reír con las mujeres de los hombres y hasta prohíbe a los otros que se rían con ellas?

—¿Qué quieres decir con toda esa charla? —gritó Ernenek con tono irritado, para demostrar su autoridad—. ¡Qué mujer que hace bulla!

—Sí, perdona a una mujer descarada el que se atreva a hablar en presencia de tantos hombres magníficos, pero el hombre blanco debe de ser o estúpido o loco. Si

es estúpido, no está bien que nos aprovechemos de él; si es loco, nos conviene alejarnos de aquí lo más pronto posible, porque la locura es contagiosa. Tenemos que abandonar este puesto y no volver ya nunca más a él.

—Pero alguien tiene que volver a traer las pieles para recibir las balas.

En el ínterin alguien había cesado de roncar y se solazaba escuchando la conversación.

—En este caso —dijo Asiak resueltamente, mientras saltaba del catre—, tú podrás venir a buscar tus balas y una mujer se irá a buscar a otro hombre. Hay más hombres que mujeres.

En la oscuridad tropezó con un mueble y pisó la nariz de alguien. Eso no podía ocurrir en un iglú, pensó Asiak mientras buscaba su ropa exterior. La encontró, no sin dificultades, se la puso y cargó a su hijo sobre las espaldas. Tanteando se llegó hasta la puerta; al abrirla dejó entrar una ráfaga de viento helado y por fin anunció:

—Ocurre que una mujer de ningún valor está buscándose un nuevo marido, uno que sepa prescindir del hombre blanco. Esa mujer es estúpida, torpe y vieja, pero a veces tiene tanta suerte que consigue desollar animales, curtir las pieles, coser con puntadas diminutas y preparar sutiles agujas; además sabe hacer otras cosas para que un hombre se sienta a gusto. Pero él tiene que ser un buen cazador, porque la mujer en cuestión tiene un hijo sobre sus espaldas y otro en el vientre.

Habiendo dicho estas palabras se retiró y salió a la noche sin preocuparse de cerrar la puerta.

Una lámpara de esteatita que Ernenek dio a los padres de Asiak había bastado para sellar su unión y una lámpara de esteatita en la cabeza del marido podía bastar para romperla... para romper la cabeza, la lámpara o la unión.

En medio de la noche sin estrellas, Asiak encontró con dificultad su tiro de perros entre los numerosos cúmulos de nieve. Doblándose bajo la fuerza del viento, comenzó a preparar el trineo.

Proveniente de la barraca, un hombre se acercó en la oscuridad.

—Necesito una mujer —gritó el hombre contra el viento—. Desde que la mía fue tragada por los hielos del invierno pasado sé que una mujer es casi tan necesaria como un tiro de perros.

No me importa no volver al puesto de intercambio.

—¿Eres un buen cazador? —preguntó Asiak, procurando penetrar las tinieblas. La silueta del hombre revelaba que éste no era gran cosa—. ¿Y tienes todavía todos los dientes?

El hombre sonrió.

—Soy un cazador tan bravo que no sólo tengo un fusil —y así diciendo lo blandió frente a los ojos de Asiak—, sino también muchísimos proyectiles. Además tengo todos los dientes menos dos.

Otra persona se estaba acercando. Asiak, que reconoció la mole maciza de Ernenek y su paso bamboleante, dijo al extraño, levantando la voz:

—Me iré contigo si te apresuras.

Ernenek ya estaba junto a ellos.

—Vete de aquí, hombre —gruñó.

—¿No has oído lo que dijo esta mujer? Tú eres quien debe salir de aquí.

Ernenek, que no había logrado encontrar su cuchillo en la oscuridad de la barraca y estaba desarmado, se lanzó sobre su rival con los puños en alto. El otro bajó el fusil a guisa de lanza, lo apoyó contra el pecho de Ernenek e hizo fuego.

El valor de aquella arma de fuego consistía, más que en ninguna otra cosa, en la cortina de humo que producía. Cuando el viento la hubo disipado, se vio a Ernenek extendido sobre la nieve, mientras el otro, doblado en dos, se oprimía el vientre dolorido por el contragolpe del fusil.

Asiak levantó del suelo el arma que el hombre había dejado caer, la aferró por el cañón y una y otra vez la descargó sobre la cabeza del extraño hasta que la culata voló hecha pedazos y el hombre se alejó gimoteando.

Entonces se arrodilló junto a su marido.

Un haz de luz llegaba desde la barraca y todos los perros, despertados por el disparo, ladraban, gruñían y aullaban, mientras el hombre blanco, seguido por los esquimales, se acercaba maldiciendo, con una linterna en la mano.

El fuego del fusil había quemado la chaqueta de Ernenek y la bala se le había alojado junto a la clavícula. Esta vez se estremeció y gimió cuando Asiak le sondeó la herida con la punta del cuchillo.

—Puesto que todavía puedes mover el brazo, no es necesario extraerla —dijo Asiak—. Por lo menos a partir de este momento, tendrás siempre contigo una bala.

Ernenek se puso en pie, vacilando ligeramente y muy embarazado.

—Que alguien vaya a buscar su ropa exterior y su cuchillo —dijo Asiak.

—¿Por qué? —preguntó Ernenek.

—Porque nos vamos.

—Pero yo soy Ernenek, no soy el hombre con quien querías marcharte.

Asiak se encogió de hombros.

—Pues ése se escapó y tanto vale uno como otro.

Del corrillo de los presentes se levantaron voces de alegría y risas, cuando vieron a la pequeña familia encaramada en el trineo. Y hasta el hombre blanco no pudo ocultar una sonrisa.

El viejo Undik palmeó la espalda de Ernenek y le dijo:

—Vuelve a tu país, hombre, y quédate allí.

Luego todos se retiraron para permitir que el trineo se pusiera en marcha.

No habían recorrido mucho camino cuando Ernenek detuvo bruscamente a los perros.

—Ocurre que alguien se ha olvidado un fusil.

—No, Ernenek, como fui tan estúpida de romper el fusil de aquel hombre, le dije a Undik que le diera el tuyo. Pero si tengo que volver a comer carne de zorro durante

todo el verano, para que tú puedas tener otro fusil, será mejor que vuelvas en seguida y lo recobres.

Ernenek se quedó un instante pensativo y luego meneó la cabeza.

—El fusil no vale nada.

—Una mujer ignorante ya lo había comprendido así desde mucho tiempo atrás. Ahora pongamos un poco de camino entre nosotros y el puesto de intercambio. Luego nos detendremos para construir un iglú. Dormimos poco este invierno.

—Entregamos las pieles y no nos llevamos el fusil: verdaderamente un buen negocio —exclamó Ernenek sarcásticamente.

—En efecto, fue un gran negocio —dijo Asiak sin ningún sarcasmo.

Los perros volvieron a ponerse en marcha con todo brío, bajo el estímulo del látigo, y se abrieron en abanico gimiendo y ladrando detrás de las nubecillas de vapor blanco que salían de sus bocas.

Multitudes de nubes heladas y sombrías corrían por el cielo empujadas por el bóreas y provenientes de la región hacia la cual se dirigía el trineo, región donde hombres y animales comen carne cruda y se calientan en el hielo: el techo de la tierra, la cima del mundo.

EL HOMBRE BLANCO EN LA TIERRA BLANCA

El contacto que Ernenek y Asiak tuvieron con el hombre blanco había sido tan breve que a veces se preguntaban si no era tan sólo un fruto de su imaginación. Sin embargo, no pensaban mucho en él —todavía no— empeñados como se hallaban en sus actividades cotidianas:

Ernenek cazando y pescando, Asiak con la casa y el cuidado de la familia. Recordando que su madre le había dicho que la lactancia, al interrumpir la menstruación, podía dejar a una mujer prolongadamente estéril después de un parto, Asiak habría querido continuar amamantando a su hijo aún por muchos años, como hacían otras mujeres que había conocido, ya que la vida que llevaban hacía muy incómoda la gravidez e imposible la crianza de una prole numerosa; pero cuando Papik cumplió dos años, Asiak se vio obligada a destetarlo, porque el pequeño estaba tan ávido de carne que la hería con sus agudos dientecitos.

Y un año después de haber destetado a Papik, Asiak dio a luz una niña a la que llamó Ivalú.

También la región sacra de Ivalú presentaba la mogólica mancha azul que en Papik había ya casi desaparecido, porque el niño había crecido y se había hecho un verdadero hombrecito, fuerte y bien plantado, que prometía convertirse algún día en un valeroso cazador. Y no podía ser de otro modo: porque llevaba el propio cordón umbilical desecado en la chaqueta, porque al cumplir un año le habían obligado a comer una cabeza de perro para que su propia cabeza adquiriera el vigor de la del animal y porque llevaba sujeto alrededor de la muñeca un pene de foca que haría de él un buen cazador de focas, mientras los trocitos de piel de oso cosidos a las mangas garantizaban que con el tiempo sería un hábil cazador de osos.

Y Papik bien pronto habría necesitado de todos los amuletos que pudiera llevar, porque un nuevo peligro comenzaba a aumentar los obstáculos naturales de la región ártica.

El nuevo peligro era el hombre blanco.

Cuando Ivalú cumplió cuatro años, un grupo de exploradores avanzó tanto en la región del círculo polar que Ernenek y Asiak, al avistar el campamento en la aurora boreal, no pudieron resistir la tentación de visitarlo.

La expedición estaba compuesta de ocho hombres blancos y de esquimales más numerosos que un hombre contado hasta el final; aún más impresionante era el número de trineos y de perros: diecinueve trineos y una verdadera multitud de perros. Los esquimales provenían de lejanas tribus meridionales, cuyas costumbres eran muy diferentes de las de los hombres polares: hacían hervir la carne, comían muchos alimentos del hombre blanco y practicaban muchos de sus usos.

Los exploradores creían que aquellos indígenas eran capaces de guiarlos con seguridad y pericia a través de las zonas heladas, pero ése no era el parecer de Ernenek. Según él, los esquimales meridionales no sabían mucho más que el hombre

blanco, lo cual era muy poco; y a veces hasta sabían aún menos.

Los extranjeros llevaban consigo, desde el lugar de que partían, toda la comida y el combustible necesarios para el viaje. Por el camino levantaban tiendas que el viento se llevaba o grandes casas de nieve que intentaban calentar con estufas de carbón, cosa que no conseguían, a causa de las dimensiones de los ambientes. Además, tenían necesidad de muchísimos trineos para transportar el carbón y de otros trineos para las estufas; luego necesitaban trineos suplementarios para transportar la comida de los perros que tiraban de los trineos del carbón y de las estufas. Por lo tanto necesitaban otros esquimales que cuidaran de esos perros y de esos trineos, y los tales esquimales, a su vez, necesitaban comida y combustible, de suerte que todo aquello se convertía en un círculo vicioso sin remedio.

Cuando Ernenek se puso a hurgar en las cajas de los exploradores, recibió sobre los dedos tal bastonazo que fue a parar rodando a un rincón; pero cuando luego le ofrecieron agua de fuego, se convenció de que aquellos hombres eran decididamente hostiles, por lo que resolvió marcharse.

Si lo hubiera hecho, habría sido mejor.

Pero Asiak estaba cansada, el cielo amenazaba con una tormenta y el viento se enfurecía; por eso determinaron construir un iglú y hacer provisión de sueño antes de ponerse en marcha.

Ernenek fue despertado por Asiak, que le anunciaba jubilosamente:

—Tenemos visitas.

Uno de los exploradores, un hombrecillo enclenque, de hombros caídos, de cara azulada con una nariz muy roja y grandes orejas cargadas de sabañones, se encontraba en el iglú. Ernenek sintiéndose muy honrado, lo saludó mostrando la más generosa de sus sonrisas.

El visitante se sentó en el banco de nieve y miró en torno con evidente curiosidad. Pero cuando se dio cuenta de que se habla sentado sobre el estiércol de los cachorros mostró gran fastidio. Asiak lo limpió con una piel de armiño y dijo alegremente:

—No es más que estiércol.

Pero aquel hombre anduvo buscando con gran gazmoñería un lugar limpio antes de sentarse; luego sacó un cuadernillo y un lápiz y comenzó a emborronar una página.

De cuando en cuando cogía con la mano algún utensilio y luego trazaba líneas sobre el cuaderno, mientras los niños lo miraban con ojos pasmados, fisgando por encima del hombro del visitante, Ernenek y Asiak vieron que hacía unos esbozos del iglú y de todo cuanto éste contenía.

Mientras tanto, la expresión de malestar no desaparecía del rostro del hombre.

Cuando Ernenek le ofreció hígado putrefacto, volvió la cabeza de golpe como si le hubieran presentado desechos, y lo mismo hizo cuando Asiak le puso bajo la nariz un buen pedazo de médula rancia, que contaba más de un año y que estaba llena de gusanos, fineza con la que cualquiera se hubiera regalado. El buen humor de Ernenek

comenzaba a desaparecer.

—¿El hombre blanco ha venido para ofendernos? —preguntó a Asiak.

—Tal vez esté acostumbrado a otras comidas.

—Tal vez haya dejado las buenas maneras en su país.

—Ahora no vayas a enfurecerte hasta el punto de emprenderla a golpes con él. Piensa en la flaca figura que harías frente a los otros; no te olvides que es nuestro huésped.

Ernenek hizo un último intento con una golosina que había reservado para él mismo; tratábase de una mezcla bien masticada de ojos de caribú, estiércol de ptarmigan, liga de garza y sesos de oso fermentados; pero no por ello obtuvo más éxito.

—¿Porqué vino al país de los hombres si no le gusta su comida? —gritó entonces, estallando de cólera.

—Quizá no tenga hambre —dijo Asiak—; quizá sólo quiera reír con una mujer.

—¿Recuerdas al hombre blanco del puesto de intercambio? Aquél no quería saber nada de esas cosas.

—Algunos quieren y otros, no. Así me lo han informado otras mujeres, quienes me han contado que a algunos hombres blancos les gusta mucho reír con las mujeres de los hombres y que luego les hacen hermosos regalos. Y también a los maridos.

—Tal vez sea eso lo que quiere —exclamó Ernenek mientras la sonrisa le volvía a los labios—. Ponte hermosa.

Riendo, Asiak se soltó el pelo, se levantó las mancas y hundió las manos en la tinaja de la orina; luego se pasó los dedos por el pelo para que estuviera suave y brillante. Entonces, usando como espejo la tinaja, se peinó con una espina de salmón, levantó los cabellos y los fijó con espinas de pescado. Después sacó de la lámpara un poco de grasa semiderretida por la llama y se untó el rostro. Resplandeciente y sonriendo, se sentó junto al hombre blanco, que había seguido con ojos perplejos estos preparativos. Él fue retrocediendo aterrorizado hasta el extremo del banco, mientras ella se le acercaba, ofreciéndole, amorosa, su sonrisa.

—No tengas vergüenza —le dijo Ernenek sonriendo—. Un marido va a hacer un paseíto con los niños.

Luego, recordando que el visitante no comprendía la lengua de los hombres, con las manos dio a entender que iba a marcharse.

Entonces el hombre blanco se arrojó de bruces al suelo e intentó ganar la salida, pero Ernenek, con los ojos llameantes de cólera, lo aferró por los pantalones y lo arrojó sobre el banco, mientras Asiak, mortalmente ofendida, rompía a llorar.

—¡Hijo de un perro sin cola y de una morsa desdentada! —gritó Ernenek al visitante que, encogido sobre sí mismo, temblaba asustado—. ¿Cómo te atreves a insultar así a un hombre?

Lo aferró por los hombros, lo levantó y lo golpeó repetidas veces contra la pared, haciendo que el cráneo chocara contra el hielo, hasta que en la bóveda apareció una

mancha de sangre.

Sólo entonces soltó su presa, y el explorador cayó al suelo como un montón de ropas vacías.

—¡Esto le servirá de lección!

Aquel extranjero ya no insultaría a la mujer de ningún hombre. En efecto, el extranjero estaba muerto, la sangre y la materia cerebral se escurrían lentamente de su cráneo deshecho.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo Asiak, sacudida todavía por los sollozos, mientras los niños, asustados, se estrechaban llorando contra ella.

—Verdaderamente soy un hombre desdichado —dijo Ernenek, abriendo desconsoladamente los brazos—. No quería matarlo.

—Él es más desdichado que tú. Pero ahora sus compañeros se fastidiarán mucho con nosotros, y sin duda pensarán que somos gente mal educada. Imagínate qué triste figura haremos si nos expulsan de aquí, como es seguro que harán.

Ernenek meditó un instante.

—Si nos marchamos ahora no podrán expulsarnos y por lo tanto no haremos mal papel.

—Entonces marchémonos en seguida. Pero, puesto que el fantasma de un hombre blanco debe ser particularmente peligroso, no te olvides de realizar antes todos los conjuros del caso, como comerte un trocito de su hígado y cortarle un dedo de la mano y uno del pie, y metértelos en la boca.

—¿Crees que no conozco las reglas del buen comportamiento? —aulló Ernenek, rojo de embarazo. Y, mientras él procedía a cumplir el rito del asesino según la venerable tradición, Asiak se precipitó a cubrir todos los recipientes que contenían líquido y comida, antes de que la sombra del muerto pudiera contaminarlos.

En el momento de partir, uno de los exploradores fue a curiosear junto al trineo y Ernenek le sonrió nerviosamente; pero los esquimales que acompañaban a los miembros de la expedición, viendo que estaba a punto de ponerse en marcha, miraron hacia otra parte.

De esta manera, la pequeña familia abandonó sin ser molestada el campamento de los hombres blancos y volvió al corazón de sus propias regiones, donde estaría al abrigo de los abusos y de las ofensas de los extranjeros malcriados. Por lo menos así lo creían.

Los hombres blancos alcanzaron a Ernenek a mediados del verano. De rodillas junto a un hoyo cuadrado que había aserrado en el Océano Glacial, y protegido por una especie de biombo hecho de láminas de hielo, Ernenek estaba tan absorto, escudriñando las verdes aguas oscuras, que no se dio cuenta de la presencia de dos hombres que se le acercaban apuntándolo con los fusiles.

—Ernenek, levántate —ordenó el más viejo de ellos, un hombre alto, de ojos claros en un rostro amarillento y severo. Su compañero era algo más bajo y robusto. Ambos tenían barba.

Ernenek se levantó, miró sin temor alguno a los fusiles, y su gruesa cara se extendió en una amplia sonrisa que le redujo los ojos a dos líneas relucientes.

—Nunca oí decir que los hombres blancos hayan llegado tan al norte.

—Hicimos todo este camino por ti, únicamente por ti —explicó sombrío el más alto de los hombres.

Ernenek se sentía sumamente complacido.

—¿De veras? Es la primera vez que te veo, pero la primavera pasada vi a un compañero tuyo que formaba parte del grupo de los blancos.

—Precisamente —asintió con tono grave el más joven de los hombres.

—Los guiaré hasta dónde quieran, pero antes tengo que ir a recoger los amuletos de viaje a mi tienda, que se levanta en la costa, no lejos de aquí y donde serán mis huéspedes. Allí podremos recoger también el trineo con el que mi mujer está ahora recorriendo los lugares en los que hemos tendido trampas.

—En lugar de eso tendrás que venir en seguida con nosotros. Ya tenemos un trineo. Lo dejamos detrás de aquel islote cuando te avistamos, por temor a que te alejaras si nos veías llegar.

—¿Y por qué había de alejarme?

—Asesinaste a un hombre blanco y mutilaste horriblemente su cadáver, Ernenek; tendrás que responder de ello —dijo el hombre más joven con tono solemne.

Ernenek rompió a reír.

—Puedo responderte en seguida: ¡no sólo tenía yo razón, sino que él tuvo la culpa!

—Explicarás todo eso a quienes te juzguen.

Ernenek frunció el ceño y preguntó:

—¿Serán sus parientes?

—No; pero quien mata a un hombre blanco es justamente procesado y luego suspendido de un árbol con una cuerda, al cuello, para que muera.

Aquellos dos hombres hablaban muy mal la lengua de los hombres y ésa debía ser la razón, según pensó Ernenek, por la cual no le comprendían sus explicaciones.

—Tenía razón cuando lo maté —dijo con mucha paciencia—. Había ofendido mortalmente a un hombre y también a su mujer.

—Guarda tus bríos para la cuerda —dijo el hombre alto—. Disponemos de buenos perros que nos llevarán al lugar del juicio durante el invierno, si tenemos suerte. Entonces se te permitirá hablar un poco, antes de que te ahorquen.

—Bien se ve que están ustedes bromeando —dijo Ernenek mientras la sonrisa le tornaba a los labios—. Si estuvieran decididos a matarme lo harían inmediatamente. ¿Qué necesidad tienen de hacerme hacer antes un largo viaje, durante el cual yo podría crearles dificultades?

—Así lo exigen nuestras leyes.

Ernenek ya lo había oído, sabía que todos debían inclinarse ante las leyes de los hombres blancos, quienes no respetan, en cambio, las leyes de los demás. No

reflexionó si aquello era justo o injusto, tan sólo pensó que, puesto que eran dos y estaban armados de fusiles, nada podía hacer.

El más joven de los hombres tomó el cuchillo de nieve que Ernenek había entallado laboriosamente en el hueso, la sierra de mandíbula de tiburón, el hacha y el punzón de sílice el arpón de madera y asta, y los arrojó en el agujero de pesca. Destruir utensilios que procuraban comida y reparo y que tanto trabajo costaba elaborar, era un pecado; Ernenek estaba absolutamente seguro de ello.

—Una mujer está esperando a su marido —dijo, sintiéndose hervir de cólera—. Primero esperará y luego empezará a preocuparse.

El hombre alto sonrió y dijo:

—Una mujer nunca se preocupa por mucho tiempo; sólo hasta que llegue otro hombre.

Ernenek se quedó rumiando esta observación, mientras con la cabeza gacha andaba entre los dos hombres y se devanaba en vano los sesos por encontrar algún medio de vencer a aquellos dos fusiles que tenía a ambos lados.

Últimamente había hecho calor, de manera que el manto de nieve fresca que recubría el Océano Glacial ponía obstáculos al camino. El horizonte marino, los islotes cónicos que afloraban sobre la blanca llanura, y la línea costera, falta de todo rastro de vegetación, se presentaban parcialmente borrados por la tenue niebla levantada por el sol.

El trineo de los hombres blancos, pesado y sobrecargado, estaba hecho enteramente de madera y provisto de patines de metal, que no era preciso recubrir de capas de hielo. Lo guiaba el hombre alto. Ernenek, sentado en una caja entre los dos, consideraba con ojos críticos el tiro de perros en acción: dieciséis robustos perros indígenas, que parecían quebrantados por los desniveles de la pista. No estaban enganchados separadamente al trineo con una correa por cada perro, lo cual les habría permitido abrirse en abanico y tirar independientemente uno del otro, sino que iban en fila indias sujetos por una única y larguísima, correa. Este sistema era indispensable en un terreno boscoso, pero muy poco práctico en la extensa y lisa pista del mar, pues bastaba que un perro se desviara o que no tirara con el debido brío para que se desordenara toda la fila.

Al principio avanzaron velozmente bajo el sol que nunca se ocultaba. Unas focas, que formando un pequeño banco tomaban sol sobre la helada llanura, se les quedaron mirando atónitas hasta que, al estruendo de los fusiles, algunas de ellas se debatieron en su propia sangre y las otras se lanzaron a correr locamente, alborotando y silbando antes de meterse en los agujeros de aire.

A Ernenek se le hizo agua la boca al ver toda aquella buena carne abandonada, porque los hombres blancos despreciaban lo mejor; y cuando se detuvieron y levantaron la tienda de tela, lo que más lo entristeció fue la comida que le dieron —arvejas en lata calentadas sobre un primus—, porque los únicos vegetales que le agradaban eran los que encontraba en el estómago de la vaca marina almizclera. Pidió

entonces un trozo de pescado helado que los hombres llevaban en el trineo para los perros, y masticándolo con cabeza y escamas se consoló, mientras la nieve crujía entre los dientes.

Por último, los hombres blancos prepararon sus sacos de pieles.

En ese momento cometieron el atropello mayor: lo encadenaron como un perro. Le pusieron esposas en las muñecas y le ataron los pies con una cuerda; luego se durmieron tranquilos.

Cuando se despertaron, Ernenek estaba furioso y continuó furioso aun cuando lo desataron. No le importaba no haber dormido, porque en verano podía pasarse sin dormir durante semanas enteras; pero el ultraje y la injusticia le parecían demasiado grandes. Era menester que hiciera algo.

Mientras el joven cargaba las cajas en el trineo, Ernenek asestó repentinamente un puñetazo en la cabeza del otro hombre que tenía junto a él y que se desplomó sin lanzar siquiera un lamento; pero en ese preciso instante su compañero levantó los ojos.

Ernenek arrebató el fusil del caído, apuntó al joven y apretó el gatillo; pero el tiro no salió.

En toda su vida, Ernenek sólo una vez había disparado un arma de fuego, y había muchos fusiles de los cuales ignoraba muchas cosas. Demasiado tarde ya, se decidió a emplear el arma a manera de maza; pero el joven ya había recogido su fusil, que tenía apoyado en una caja.

Apuntó e hizo fuego. Ernenek sintió un dolor sordo y que se le desgarraba la carne del brazo.

Los dedos se negaron a obedecerle y el fusil se le escapó de las manos.

Mientras tanto, el hombre alto se había recobrado del golpe. Con una zancadilla derribó a Ernenek al suelo y luego le descargó sobre el rostro una lluvia de golpes, hasta que el verano se convirtió en invierno para Ernenek.

—Prueba otra vez —dijo el joven cuando volvió el día para Ernenek— y te dispararemos a la garganta.

Le levantó la manga, y con vendas de tela blanca cubrió la herida, de la que la sangre salía a borbotones. A pesar del dolor, Ernenek no pestañeó.

Volvieron a maniatarlo y desde aquel momento no lo desataron ni siquiera para comer.

El sol dio algunas vueltas; nueve, diez u once; Ernenek perdió la noción del tiempo. Se le hinchó el brazo, la herida le quemaba; pecho y espaldas irradiaban lenguas de fuego; la cabeza le giraba en torbellino; y él apenas tocaba el pescado que le arrojaban.

Hasta entonces había hecho tanto calor que cayeron aún unas cuantas nevadas; el calor aumentaba el malestar de Ernenek; luego la temperatura bajó precipitadamente, se levantó el bóreas vivificante, las nubecillas de aliento se hicieron cada vez más blancas y ya se oyó de nuevo el tic de los salivazos en el hielo; a medida que iba

recobrándose, Ernenek volvía a tomar su antigua costumbre de refunfuñar consigo mismo durante todo el día, y el día no terminaba nunca.

De vez en cuando el trineo tenía que costear grietas abiertas en la costra de hielo y en las cuales se oía el mugido del mar. El viento aumentó su violencia y una nevisca enceguedora castigó los rostros de los hombres, bajo las capuchas de pieles, y oscureció el aire a tal punto que a veces el perro cabeza del tiro desaparecía en medio del blanco torbellino.

Ernenek se habría detenido para construir un reparo. En cambio se dirigían hacia tierra a gran velocidad, probablemente con la intención de levantar una ridícula tienda junto a la costa; Ernenek se sintió alarmado, porque se estaban dirigiendo a un promontorio donde, a causa de las fuertes corrientes submarinas, el peligro de encontrar hendiduras en el terreno era mayor que nunca durante una tempestad.

—¿Llevan por lo menos sus amuletos? —preguntó volviéndose hacia atrás.

El joven sacudió la cabeza con gesto negativo y Ernenek se sintió sobrecogido de terror.

¡Viajar sin amuletos! ¡Era la mayor de las locuras!

El conductor se volvió y le dijo, acariciando su fusil:

—Éstos son nuestros amuletos.

—Esos amuletos podrán servir en el país de ustedes; pero en el océano se necesita por lo menos una cola de comadreja y un ojo de foca. Desgraciadamente sólo llevo los amuletos para la pesca, porque me había alejado por poco tiempo de mi tienda. Si me desatan les construiré un iglú. Mas aquellos hombres eran sordos a la razón, de modo que Ernenek comenzó a pronunciar apresuradamente frases mágicas y a tocarse los órganos genitales para conjurar el desastre.

Pero ya era demasiado tarde.

El perro cabeza se desvió de pronto con un salto tan brusco, que el segundo y el tercero, continuando su carrera, antes de seguirlo, determinaron que todas las correas se enredaran y que los últimos rodaran desordenadamente sobre los primeros. En medio de aquel ovillo de patas, hocicos y dientes, el pesado trineo volcó y cayó en una grieta llena de agua.

Ernenek, que mantenía los ojos bien abiertos por el miedo, fue el primero en saltar rápidamente del trineo; el joven, que se hallaba a sus espaldas, apenas tuvo tiempo para imitarlo, pero el conductor, que iba en el pescante, cayó al mar.

Seis perros, que se habían zafado de sus correas, ladraban en el borde de la grieta a la incógnita del agua que los lamía y les infundía terror. En aquella hendidura de varios metros de ancho y larga hasta donde alcanzaba la vista, perros y arneses flotaban en torno a la cara amoratada del náufrago que, jadeante, agitaba frenéticamente los brazos.

—Ayúdame a sacarlo —gritó su compañero.

Ernenek sonrió al oír esta nueva locura.

—Ya es hombre terminado. Por lo demás, el mar se resentiría si le arrebatáramos

una víctima y nos castigaría cortándonos los víveres; de manera que es mejor que no nos mezclemos en esto.

Pero un golpe que el otro le asestó con la culata del fusil le recordó que los hombres blancos hablan pero no escuchan. Entonces se extendió de bruces sobre el borde de la grieta, alargó los brazos, cuidando de no mojarse las manos, mientras el joven lo sostenía por las piernas. El náufrago se aferró a las esposas de Ernenek. Las ropas mojadas lo habían hecho muy pesado y a duras penas los dos consiguieron sacarlo del agua.

Lo pusieron de pie, pero el hombre no consiguió hablar. Bajo el azote del viento, las ropas empapadas se endurecieron al instante, millones de agujas blancas se formaron sobre la chaqueta de pieles y la cara del hombre se cubrió con una máscara de hielo, a través de la cual se veían brillar los ojos dilatados y vítreos. Su compañero comenzó a cortarle a grandes cuchilladas las ropas endurecidas; pero también el cuerpo estaba ya cubierto de hielo. Le salía sangre de los codos y de las rodillas heridas, y la sangre derretía la capa de hielo desde adentro, tiñéndola de un rojo brillante.

Luego, también la sangre se heló.

Ernenek meneó la cabeza. ¿De manera que también para morir elegían el camino más difícil?

Por lo menos ése había muerto de pie. Cuando cayó pareció que caía un bloque de hielo.

Mudo y horrorizado, su compañero miraba el cadáver.

—Estamos en dificultades —anunció Ernenek, contentísimo, restregándose las manos—. Cuando ustedes van a tierras extranjeras deberían llevar a sus mujeres y no sus leyes.

El hombre blanco se sacudió, empujó el cadáver hasta el agua y luego hizo el inventario de los objetos que les quedaban.

—Tenemos seis perros y el cuchillo de caza —dijo con súbita resolución, gritando en el viento—. Comeremos los perros y continuaremos nuestro camino a pie.

Ernenek estalló en una carcajada, porque el hombre blanco hablaba como si todavía fuera él quien mandaba. Y rió porque estaba libre: hasta donde alcanzaba la mirada y aún más allá, no había más que mar cubierto de hielo, islas cubiertas de hielo y tierra desnuda y desierta, helada en su profundidad.

EL CAMINO DEL NORTE

Un hombre irá por su camino —dijo Ernenek—. Tú puedes seguir el tuyo si así lo deseas; pero te advierto que mi tienda está más cercana.

El bóreas los castigaba, y el polvillo de nieve se les pegaba a los párpados y a las narices, donde formaba minúsculas estalactitas que les producían dolor cuando se las quitaban.

—Mis manos son dos pedazos de hielo —dijo el hombre blanco, que se había tornado ahora muy dócil—. Tocaron el agua.

—Ha sido bien tonto permitir que ocurriera; tan tonto como arrojar al mar el cadáver de tu compañero, sin retirarle antes el cuchillo y las ropas.

—¿Por qué?

—Los cuchillos nunca son demasiados, y además habríamos podido comer sus ropas, por lo menos las de lana y pieles de animales. Y si ustedes, hombres extraños, tuvieran vestidos debidamente cosidos e impermeables como los nuestros, podrían caer en el mar sin mojarse y, una vez que salieran de él, el agua se helaría antes de llegar a penetrar hasta la piel. De ahora en adelante debes prestar atención a lo que hagas, porque otro error sería probablemente el último.

Y recuerda que un solo desgarrón en tu ropa o en tus zapatos significa el fin, puesto que no tenemos agujas para coserlos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Antes que ninguna otra cosa, desatarme las manos; luego te mostraré cómo se convierte uno en amigo del hielo y cómo se consigue que éste nos sirva en lugar de ser nuestro enemigo.

Cuando se vio libre de las esposas, Ernenek las arrojó al agua. Luego quitó al hombre blanco los guantes y los volvió al revés. El interior de los guantes estaba cubierto por una delgada costra de hielo.

—Dame tu cuchillo y mantén las manos en los bolsillos de tus pantalones, donde hace más calor.

Con la hoja del cuchillo raspó la capa de hielo de los guantes, que luego secó con nieve, y se aseguró, con el labio superior, de que estaban bien secos.

—Las manos me han quedado insensibles —dijo el hombre blanco, asustado—. Están muertas.

—Todavía no —dijo Ernenek, riendo—. Todavía no están del todo muertas. Espera y verás.

Llamó a los perros, pero éstos se negaron a acercarse; cuando Ernenek intentó agarrarlos, los animales huyeron. Entonces se sentó y les habló en tono alegre, mientras masticaba un poco de nieve y reía. Apenas uno de los perros se aventuró a ponerse al alcance de la mano de Ernenek, éste lo aferró por el pescuezo e inmediatamente le abrió el vientre, entre los alaridos de sus compañeros.

Obediente a las órdenes de Ernenek, el hombre blanco metió las manos en el

vientre humeante del perro, hasta que sintió las yemas de los dedos pinchadas por innumerables alfileres.

—Me duelen los dedos de manera atroz —dijo entonces. Se avergonzaba al sentir, a pesar suyo, que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Es el dolor más fuerte que sentí en mi vida.

—Es signo de que la vida vuelve. Y con la vida torna el dolor. Sólo la muerte es indolora.

Bajo la piel de la ingle del perro, Ernenek había encontrado un poco de grasa, con la que untó su cara y la del hombre blanco. Extrajo los intestinos del animal, que arrojó a los perros; luego sacó el humeante hígado, le hincó el diente voluptuosamente y se lo pasó a su compañero.

—Come antes de que se hiele —dijo, dando una risotada con la boca roja por el hígado—. Tendremos necesidad de la carne para construirnos un trineo.

Y mientras el otro clavaba los dientes en el hígado, Ernenek desolló el perro, haciendo correr el cuchillo entre la carne y el cuero y tirando de la piel. Trabajando rápidamente, a causa del hielo que estaba invadiendo los tejidos, deshuesó al animal, cortó la carne en largas tiras y conservó los nervios en la chaqueta, para mantenerlos blandos al calor del cuerpo. Luego se sentó sobre la piel y se puso a trabajar en el esternón con el cuchillo.

El sol pálido continuaba su curso por encima del horizonte. El hombre blanco correteaba de un lado a otro para calentarse. Ernenek trabajaba canturreando. El cuchillo de acero le hacía más fácil la tarea que la sílice aguzada con la que solía trabajar, pero se dio cuenta de que era preciso manejarlo con cautela para que no se quebrara.

Del hueso hizo una punta de arpón, en forma de gancho; luego mojó la piel del perro en la grieta de agua, la extendió sobre el hielo y la arrolló apresuradamente, dándole forma de lanza.

En una extremidad puso la punta del arpón. La piel mojada se endureció casi instantáneamente.

Ató la punta y la lanza con los nervios del perro y las soldó con una última inmersión en el agua.

—No lejos de aquí hay un banco de focas —dijo blandiendo su nuevo arpón—. Ocurre que alguien las oyó bramar durante el viaje, poco antes del accidente. El viento borró las huellas del trineo, pero los perros sabrán seguir la pista.

Se cargó la carne a las espaldas y se puso a andar a grandes pasos.

Aunque poco antes los perros tenían miedo de los hombres, ahora tenían miedo de quedarse solos, de manera que los siguieron; y bien pronto se encontraban precediéndolos, rastreando con el olfato el camino ya recorrido.

Si a Ernenek le parecía que el banco de focas no estaba muy alejado, a su compañero, en cambio, le pareció lejísimos. Los dos hombres se encontraban, como siempre, en el mar abierto, donde podían vigilar si algún oso se les aproximaba.

Cuando los perros, jadeantes, se detuvieron y comenzaron a ladrar, Ernenek los ahuyentó, dejó caer al suelo su fardo de carne y con sus manos enguantadas se puso a remover con precaución la nieve.

—Aquí hay un agujero de aire.

—¿Tan pequeño? ¿Cómo se las arregla la foca para llegar hasta acá arriba, si el hielo tiene un espesor de varios pies?

—El agujero se amplía poco a poco por debajo de la superficie, hasta llegar a ser más ancho que tu estatura. Ahora un hombre esperará que alguna foca se llegue hasta aquí arriba para respirar; mientras tanto, tú no dejarás de andar en círculo, junto con los perros. Eso hará que las focas huyan de los agujeros de la periferia y las empujará hacia el centro.

Ernenek esperó inmóvil, con el arpón en la mano y los ojos fijos en el agujero. Se quedó contemplando el orificio que se achicaba hacia arriba, vencido por el hielo, y el borde helado que se estrechaba poco a poco. Por encima de la superficie del agua se formó una membrana trémula y luego la opaca costra del hielo.

De pronto Ernenek se sintió desesperanzado y abatido. Nunca había estado tan cansado. Es que en los últimos días había comido demasiado poco. Él, que podía devorar una foca entera en una sola comida no se había alimentado sino con algunos míseros trozos de pescado destinado a los perros, durante jornadas enteras, después de haber sido injuriado, maltratado y herido. Y todo eso ocurría porque cierta gente viajaba sin amuletos y se inmiscuía en los asuntos de los demás...

Rumiaba amargamente estos pensamientos cuando oyó el ruido del hielo que se astillaba y un fuerte resoplido. De pronto un chorro de agua y escamillas de hielo le dieron en la cara; una cabeza alargada, reluciente y negra relampagueó en el pozo y dos ojos redondos y enormes lo miraron estupefactos. La sorpresa fue recíproca: la cabeza desapareció tan rápidamente que Ernenek casi creyó que había soñado aquella aparición, si no hubiera sido por el agua que veía agitarse en el agujero reabierto.

Entonces, tenso y conteniendo la respiración, se puso a esperar atentamente. Era seguro que la foca lo estaba espiando desde el fondo oscuro del agua y, si bien el instinto le indicaba que cambiara de agujero, la curiosidad estaba destinada a triunfar. Ernenek aguardaba inmóvil.

Por último, la foca volvió a aflorar. Se hallaba aún subiendo, cuando el arpón la hirió donde era preciso herirla, esto es, en el labio superior. Era un macho pesado y bigotudo que no quería morir, de modo que Ernenek, consiguiendo a duras penas mantener firme la lanza, gritó al hombre blanco que lo ayudara y ensanchara el agujero con el cuchillo; mas tan grande era la presa que entre los dos apenas consiguieron sacarla del pozo.

Ante todo, Ernenek le arrancó un ojo y se lo puso en la chaqueta.

—¡Ahora estamos seguros! —anunció jubilosamente—. Este ojo nos protegerá de ulteriores desgracias.

Y a partir de aquel momento, ya nada pudo atenuar su buen humor.

—¿Por qué disuelves nieve en la boca y se la echa a la de la foca? —preguntó el hombre blanco, a quien el frío y el malestar no le habían hecho olvidar la perpetua curiosidad de su raza.

—La foca siempre tiene mucha sed, puesto que vive en el agua salada; ahora el espíritu de esta foca referirá a las otras el buen tratamiento que le dimos y hará que las demás vengan a este agujero para recibir a su vez un poco de agua dulce.

Chupó la sangre negra y oleosa de la herida humeante, luego desolló el animal, dio de comer a los perros algunos trozos de piel y extrajo el estómago lleno de moluscos y crustáceos aún vivos, que hasta el extranjero gustó, condimentados con los agrios jugos gástricos; el hombre blanco aceptó también parte del hígado y del corazón; pero rechazó los intestinos llenos de grasa, aunque Ernenek le aseguró que constituían una delicadeza semejante a las otras. Ernenek en cambio devoró varios metros; luego cortó la carne en grandes tiras, como había hecho con la del perro, mientras ahuyentaba a cuchilladas a los perros hambrientos, que no lo dejaban en paz.

—Ahora tráeme un poco de tierra de la costa. Tendrás que remover la nieve con las botas y luego raspar la tierra helada con una piedra.

—¿Para qué necesitas tierra? —preguntó el hombre blanco con voz cansada.

—Haz lo que te digo.

—Estoy extenuado. Conociendo el motivo por el que me mandas, me será más fácil prestarme a ello.

—Ocurre que alguien está por construir un trineo; pero la nieve, granulosa a causa del gran frío, se pegaría a los patines que no resbalarían bien. Para que eso no ocurra hay que pasarles una capa de hielo. Pero el hielo no se adhiere a los patines; la tierra, sí. Entonces se emplea la tierra para pegar el hielo a los patines: primero se recubren los patines con una capa de tierra; luego la tierra con una capa de hielo. Ya conoces el motivo.

Mientras el hombre blanco se alejaba como un autómata, rígido y aterido, Ernenek partió la piel de foca en dos mitades, en el sentido longitudinal. Mojó los dos trozos en el agujero y los enrolló, apresuradamente sobre el hielo para que se helaran; así obtuvo los patines del trineo.

Pero necesitaba aún otra foca, y —después de una espera que habría parecido larga a quien mide el tiempo por horas en lugar de hacerlo por estaciones— capturó una segunda foca, más pequeña que la primera, cuya piel cortó en delgadas lonjas que, anudadas, le servirían de correas. Luego construyó los travesaños; colocó las tiras de carne sobre los patines y las ató con las lonjas de piel. Por último soldó los puntos de juntura, rociando sobre ellos agua de mar, mediante la cola del perro, mientras trabajaba apresuradamente, rivalizando en velocidad con el hielo, que todo lo petrificaba.

Verdad era que el hueso de ballena proporcionaba patines más lisos, verdad que la madera daba travesaños más livianos, pero no mucho.

En el ínterin, el hombre blanco había vuelto con el polvo de tierra helada.

Mezclándola con orina caliente, Ernenek obtuvo una pasta barrosa con la cual revistió abundantemente los patines. Luego alisó la superficie con el guante. Habiéndosele acabado la orina, derritió nieve en la boca, empapó la cola del perro y recubrió el fango con una delgada capa de hielo.

Trabajaba no sólo con gran rapidez, sino muy atentamente y con la frente fruncida. La capa de barro había de ser abundante pero lisa. El agua no tenía que estar demasiado caliente, porque de otro modo derretiría el barro, ni tampoco demasiado fría, porque se habría helado antes de extenderse. El revestimiento de hielo no tenía que ser demasiado grueso, porque de serlo no se adheriría, ni demasiado delgado, porque se resquebrajaría.

Cuando quedó satisfecho de su obra, Ernenek unció los perros a su modo, es decir, les puso las correas alrededor del pecho y ató cada animal separadamente al trineo. Pero antes de partir, arrojó al agua los esqueletos, en virtud de un pacto que los hombres habían sellado con el reino de las focas desde el principio de los siglos, pacto según el cual quien mataba a una foca tenía que restituir al mar todos sus huesos, porque de otro modo ninguna foca se dejaría ya atrapar por un hombre.

Ernenek lanzó un golpe de arpón al perro que tenía más cerca de él, que aulló y electrizó a sus compañeros, quienes se pusieron en movimiento con todos los kilos de su fuerza y aun alguna onza más, y el trineo comenzó a deslizarse sobre el océano.

Con rumbo al norte.

Hicieron buen trecho de camino sin detenerse. Al principio se sentían fuertes y calientes, reanimados como estaban por la carne y la grasa de la segunda foca; además sus rostros, recién untados, eran insensibles al viento; pero cuando sobrevino el hambre, el frío comenzó a penetrarlos y a obligarlos a cada rato a bajar del trineo y a trotar para calentarse. Apenas los perros comenzaron a tropezar, Ernenek hizo un alto.

—Tenemos que dejarlos descansar. No podemos correr el riesgo de perder siquiera uno.

—Quisiera dormir un poco.

—No lo harás al aire libre, porque ya no te despertarías; ahora nos queda poco camino por hacer.

—Nunca llegaré a tu tienda. Mi cansancio es tan grande como el océano.

—Cazaremos otras focas y si por lo menos quisieras hartarte de grasa y de sangre como hacen los hombres te sentirías fuerte y caliente y no tendrías necesidad de dormir. La comida sustituye al sueño.

Pero el sol había dado ya dos vueltas y los hombres se habían detenido muchas veces para dar descanso al tiro, antes de que los perros husmearan otro banco de focas. Ernenek se puso al acecho sobre uno de los agujeros de aire, mas, a pesar de que el hombre blanco no dejó de conducir el trineo en redondo, no afloró a la superficie ninguna foca. Se las podía oír mugir, resoplar y rugir en todos los agujeros, menos en aquél donde Ernenek las esperaba.

—Es claro —gritó alarmado—. Se ve que en el mundo de las focas ya se difundió la voz de que tú y tu compañero mataron algunas sin devolver los huesos al mar, y ahora las otras se niegan a dejarse atrapar.

Pero el hombre blanco no había oído la acusación; se había adormecido mientras los perros, abandonados a sí mismos, atacaban salvajemente los travesaños del trineo.

Ernenek maldijo la ignorancia de los extranjeros, que permitían que los perros de trineo conservaran intactos sus dientes. Despertó bruscamente al hombre blanco, y mientras éste mantenía abiertas las fauces de los perros con la lanza del arpón, Ernenek les fracturó los colmillos con el mango del cuchillo.

Continuaron andando sin comer ni dormir por el día sin fin, castigados por el viento, atormentados por la nevisca y torturados por el frío y el hambre. Ernenek, considerando que no tenía importancia el que un amuleto se llevara fuera o dentro del cuerpo, se comió el ojo de la foca; después de lo cual ya no les quedaba para masticar otra cosa que un trocito de piel; obligó al hombre blanco a imitarlo, porque había observado desde tiempo atrás que las pieles de cualquier animal marino tenían un poder vivificante y duradero, mayor aún que la grasa y la carne. A todo esto maldecía a Asiak, quien era una costurera demasiado concienzuda, de manera que el interior de las ropas confeccionadas por ella brillaba a fuerza de estar bien curtido, raspado y masticado, y no conservaba ni el menor rastro de carne o de grasa.

De vez en cuando una tempestad les obligaba a cobijarse en alguna hendedura de la costa o en una imitación de iglú construido a toda prisa, sólo a golpes de cuchillo.

El hombre blanco continuaba sombrío y taciturno. Había enflaquecido y en su rostro veíanse marcados los sufrimientos; pero todavía estaba bastante fuerte para negarse a morir. En una época había creído que ya no tenía nada que aprender sobre esas regiones: sabía que en ella se habían registrado temperaturas mínimas de unos sesenta grados Celsius bajo cero, que una familia de cuatro personas como la de Ernenek disponía, según las estadísticas, de más de 2500 km² de territorio, que la inclinación del sol no superaba los veintisiete grados a mediodía y los once grados a medianoche; sabía distinguir los opacos hielos de agua salada provenientes de la congelación del mar y el hielo de agua dulce, que se originaba en los días y en las escasas precipitaciones atmosféricas, los cuales siempre eran transparentes y llenos de burbujas de aire.

Pero allí se acababan sus conocimientos prácticos. Por ejemplo, ignoraba que la nieve asentada, áspera y granulosa, daba más agua y era más dulce que la nieve fresca, y que la misma agua del mar perdía su salinidad y se hacía potable después de haber estado por largo tiempo helada.

Y menos aún habría podido reconocer focas muertas en los cúmulos de nieve junto a los cuales Ernenek detuvo el trineo, focas que ni siquiera el olfato de los perros registró.

—Ésta es una de las focas que mataron ustedes al pasar —dijo, descubriendo con el cuchillo una piel parda cubierta de cicatrices—; pero aquí haría falta una sierra.

No consiguió mover la foca del fondo helado; sólo logró sacar la punta de las aletas, que deshelo en la boca. Aquellos trozos contenían mucha grasa, lo que le incitó el hambre y, presa de la impaciencia, el cuchillo le resbaló sobre el cadáver petrificado y le hizo un tajo en la mano. Los perros se precipitaron a lamer golosamente la sangre que se escurría sobre la nieve, sin dejar de echar ávidas miradas al guante embebido en sangre.

Ernenek arrancó un montón de pelos de la chaqueta y con ellos cubrió la herida para que absorbieran la sangre y se formara una costra. Luego se arrojó de bruces al suelo y procuró atacar la foca con los dientes, empeño en que rivalizó con los perros; pero entre todos no consiguieron siquiera llegar a la piel.

No fue fácil hacer que los perros ariscos y locos de hambre volvieran a ocupar su puesto.

Hallábanse todos en pésimas condiciones: uno cojeaba, otro tenía un ojo cerrado por un golpe, el tercero sangraba por la boca, el cuarto se lamentaba ininterrumpidamente, y todos, habiéndose comido las abarcas, tenían las patas llagadas por las marchas forzadas y por la sal del mar. Al cabo de otro trecho de camino, el quinto perro, que mostraba menos defectos que los otros, se recostó sobre un costado y se negó a moverse.

Sentados sobre los cuartos posteriores con hilos de baba que les pendían sobre el pecho, observaban cómo Ernenek pretendía hacer entrar en razón a su compañero, a golpes de arpón.

De pronto apareció una gota de sangre en el lugar en que la punta del arpón golpeó al caído.

Como obedeciendo a una señal, todos los perros le cayeron encima. No era posible detenerlos, y Ernenek ni siquiera lo intentó.

Pacientemente, el moribundo miraba, con ojos ofuscados, cómo se le oscurecía el día.

Apenas se atenuó la avidez de los perros, Ernenek cortó la lengua del muerto con el cuchillo.

Entre tanto, el vientre de los otros cuatro se hinchaba visiblemente, mientras arrancaban y tragaban la carne casi sin masticarla y trituraban los huesos con los dientes quebrados, hasta que de su compañero no quedaron ni las correas; luego se echaron en el suelo e instantáneamente comenzaron a roncar. Ernenek los dejó en paz. Pero por poco tiempo.

El sol había dado ya varias vueltas y los hombres hambrientos continuaron incitando a los perros hambrientos hasta que abandonaron el Océano Glacial para ganar la tierra firme. Allí el terreno montuoso y accidentado no permitía que tan pocos y tan maltrechos perros tiraran del trineo, de manera que Ernenek lo quebró contra una roca para recuperar la carne de los travesaños.

Arrojó a los perros los patines y él intentó comerse los travesaños helados; pero sólo era posible chuparlos lentamente, lo cual lo exasperaba; sintiendo una necesidad

imperiosa e inmediata de carne, Ernenek quiso matar a uno de los perros, mas como éstos se hallaban de nuevo alerta, fue imposible acercarse a ellos y Ernenek se dio grandes puñetazos en la cabeza por haberlos liberado demasiado pronto de las correas. Pero súbitamente su carota se iluminó.

—¡Alguien recuerda que sepultó provisiones en estos parajes!

—¿Provisiones de qué?

—De carne o de pescado.

—¿Dónde?

—A derecha o a izquierda.

—¿Cuándo?

—Hace mucho o hace poco.

—Pero cualquier cosa que sea —dijo el hombre blanco irritado y cansado—, estará helada en el suelo como la carne de las focas, y no podremos retirarla de allí.

—En este mundo hay gente que corta siempre las provisiones en trozos pequeños antes de sepultarlas.

Y sin más demora, Ernenek se puso a buscar el escondite, mientras el hombre blanco lo seguía con aire fúnebre.

Un torrente de maldiciones anunció que Ernenek había encontrado lo que buscaba... y que ahora ya no estaba allí. Una familia de glotones lo había precedido, y no mucho antes: habían excavado el terreno con las uñas y precipitado al valle los peñascos que cubrían las provisiones; se habían dado un banquete y sólo habían dejado los huesos roídos y las huellas de sus propias patas.

Precisamente en el momento en que Ernenek, cansado de maldecir contra la ralea de los glotones, se disponía a proseguir la marcha, husmeó la presencia de una zorra. Buscó la pista y la siguió con la esperanza de que lo condujera hasta la guarida donde estarían los zorritos; en cambio la pista lo llevó a un lugar donde la zorra había acumulado carne de garza en el interior de una gruta que se encontraba entre las rocas; y esa carne, deliciosamente pasada y violácea, lo reanimó y le devolvió la alegría.

Pero el hombre blanco se negó ha gustar aquel alimento. Por lo demás, sus zapatos claveteados se aferraban escasamente en los declives helados, de manera que, después de haber resbalado por milésima vez, se negó a levantarse.

—Te das por vencido demasiado fácilmente —dijo Ernenek muy alegre—. Una noche, un hombre que conozco, habiendo perdido las armas y las guarniciones del trineo, a fin de adquirir la fuerza necesaria para arrastrarse hasta su casa, se comió los pies, que a decir verdad ya no le habrían servido, porque estaban helados. Aun hoy todos nos desternillamos de risa cuando ese hombre nos cuenta la aventura.

Apenas consiguió refrenar su hilaridad, Ernenek se cargó en hombros al compañero y volvió a ponerse en marcha; pero no consiguió hacer mucho camino, porque ahora ya comenzaba a demostrar cansancio, de modo que tuvo que dejarlo nuevamente en el suelo.

—Llevaré los perros conmigo, mostrándoles un trozo de trineo; así no te destrozarán. Luego volveré por ti. Mientras tanto chupa este travesaño y procura no dormirte.

Y así diciendo, se alejó canturreando.

Encontró su tienda de pieles donde la había dejado, es decir, al pie de una gran roca; sus perros lo recibieron jubilosos y luego husmearon con recelo a los cuatro míseros canes que lo seguían.

De la tienda salió primero el pequeño Papik, más ancho que alto, metido en su ropa de pelo, saltando y chillando de alegría. Luego apareció Asiak, cuyos negros ojos parecían sonreír complacidos en la gruesa cara. Por encima de su hombro, la pequeña Ivalú, atada a las espaldas de la madre, miraba con evidente estupor aquella figura enorme que se decía su padre.

—Has estado afuera durante muchos sueños —dijo Asiak con tono indiferente—. Debes de haber juntado un montón de pescado. Espera que prepare el trineo para que vayamos juntos a recoger el botín.

—Alguien ha hecho un botín bien flaco —admitió Ernenek por primera vez en su vida.

Cuando fueron a buscarlo, el hombre blanco no dormía; ni tampoco consiguió conciliar el sueño sobre el lecho de pieles en la tienda, ni aun después que Asiak le hubo servido té de tundra y una tajada de carne, especialmente carbonizada para él al fuego de la lámpara. Había estado despierto por un período más largo del que le era posible resistir, y algún engranaje interior se le había deteriorado: a pesar del enorme cansancio físico, conservaba el cerebro ardientemente despierto.

A Ernenek no le ocurrió lo mismo; cuerpo y memoria se apresuraron a olvidar las tribulaciones pasadas. No tardó en hartarse hasta las orejas de todas las clases de carne que encontraba al alcance de la mano, a las que agregó grandes pedazos de sebo, para facilitar la digestión. Cuando estuvo demasiado harto para tenerse en pie, se extendió de espaldas y dejó que Asiak continuara dándole de comer hasta que no fue capaz de tragar ya un solo bocado.

Entonces cayó en profundo sueño.

No lo despertó el hecho de que Asiak le quitara el calzado; y cuando con un cuchillo ella le raspó los pies, Ernenek no hizo sino cambiar el tono de sus ronquidos.

Desde su lecho de pieles, el hombre blanco observaba a Asiak, entregada a los quehaceres domésticos, mientras Ivalú, casi siempre atada a las espaldas de la madre, dormía plácidamente o le mostraba la cara mofletuda y risueña. El pequeño Papik se detenía a menudo curioso, junto al extraño huésped, para observarlo; le tocaba el rostro hirsuto y se reía con esa risa cálida y fácil de su gente.

Después de haber dormido una buena vuelta de sol, Ernenek se despertó, impaciente por llenarse de nuevo el vientre y por salir a cazar.

—Ustedes no son como los indígenas con los que comerciamos —observó el hombre blanco.

—Así es. Una vez intentamos dormir en el puesto de intercambio y casi nos sofocamos.

Hacía tanto calor que el hielo de la palangana por momentos se derretía.

—Desde luego que la vida es más cómoda y divertida en el sur —dijo Asiak—; hemos estado allí. Puedes andar en una canoa. ¡Y hay tanta gente y una variedad tal de comidas! Las mujeres llevan vida de lujo y usan livianos vestidos hechos de piel de zorra, suaves botas de piel de reno que apenas llegan hasta la rodilla y medias de foca manchada, en lugar de llevar nuestras pesadas ropas de piel de oso y las toscas calzas de foca.

—Y los hombres a bordo de gigantescos umiak dan caza con el arpón al narval y a la ballena blanca —exclamó Ernenek.

—Y el aire está lleno de mosquitos amargos y los piojos, de gusto tan dulce, se arrastran por todas partes en el cuerpo, de manera que hombres y mujeres pueden divertirse quitándoselos unos a otros y comiéndoselos.

—¡Pero cazar el oso blanco y ensartar la gorda foca del norte, que nunca vio al hombre, es más excitante! —dijo Ernenek— aun cuando aquí haga demasiado frío para los piojos. Además ahora es peligroso acercarse a los hombres blancos.

—¿Quieres ir a verlos? —preguntó el huésped.

—Desde luego que sería hermoso, ahora que me está prohibido.

—Tú me has salvado la vida, Ernenek. Por eso quisiera poner las cosas en orden, a fin de que ya no tengas que temer a mis compañeros. Pero deberás presentarte a ellos; yo te ayudaré a explicarlo todo.

—Eres muy amable —dijo Ernenek, feliz.

—Dime, según lo que me contaste, el hombre al que diste muerte te provocó, ¿no es así?

—Terriblemente.

—¿Insultó a Asiak?

—No sólo a ella sino también a mí y de modo indigno.

—Me imagino que quisiste defenderla de la codicia del hombre y que lo mataste en medio del altercado que habrá seguido.

Ernenek y Asiak cambiaron una mirada y rompieron a reír.

—La cosa no ocurrió exactamente así —protestó por fin Asiak.

—Mira cómo ocurrió —dijo Ernenek—. Aquel hombre blanco desdeñó todos nuestros ofrecimientos, aunque era nuestro huésped. ¡Rechazó nuestras carnes más viejas!

—Tienes que comprender, Ernenek, que a muchos de nosotros no nos gusta la carne vieja.

—Pero los gusanos estaban frescos —hizo notar Asiak.

—Lo cierto es que los blancos estamos acostumbrados a comidas completamente diferentes.

—En efecto, nos dimos cuenta de ello —continuó Ernenek— y por eso,

esperando ponerlo por fin contento, le propuse que riera con Asiak.

—Déjame que lo explique yo —intervino Asiak—. Me lavé los cabellos para que se suavizaran, me unté la cara con grasa de foca y me raspé bien, pero muy bien con el cuchillo, para estar limpia.

—Sí —gritó Ernenek poniéndose de pie—. ¡Se había emperejilado muy bien! ¿Y qué hizo el hombre blanco? ¡Arrugó la nariz! ¡Eso era demasiado! ¿Puede un hombre dejar que se infiera a su mujer semejante afrenta? ¿Puede soportar en silencio tal humillación sin perder el respeto por sí mismo? De modo que aferré a aquel desdichado por sus miserables hombritos y lo golpeé un poco contra la pared. No tenía intención de matarlo, sino tan sólo de romperle ligeramente la cabeza. Reconozco que fue una desgracia que se le rompiera tanto. Como ves, la culpa era toda de su cráneo. Una persona que tiene el cráneo tan débil no debería viajar.

—Ernenek hizo muchas veces lo mismo a otros hombres —explicó Asiak—, pero siempre se rompió primero la pared.

—¡Un juez nuestro no comprendería absolutamente nada de semejante asunto! ¡Prestar a tu mujer...! —exclamó profundamente indignado el hombre blanco.

—¿Por qué no? —dijo Ernenek—. A los hombres les gusta y a las mujeres les hace brillar los ojos.

Asiak rió y luego dijo:

—¿Acaso ustedes no toman prestadas las mujeres de los otros?

—Eso no hace ahora al caso. No está bien, eso es todo.

—¡Lo que no está bien es rehusar! —exclamó Ernenek indignado—. Dime un solo motivo por el cual no debería prestar a mi mujer. ¡Presto mi trineo y me lo devuelven destrozado; presto mis perros y vuelven a casa cansados; presto mi sierra y luego resulta que le faltan dientes; pero cada vez que presto a Asiak, vuelve como nueva!

Había pasado el verano. El sol había ampliado su trayecto elíptico y a cada una de sus revoluciones se escondía bajo el horizonte por un período cada vez más prolongado, hasta que por último desapareció por completo y el día se retiró de la cima del mundo y cedió paso a la larga noche que infundió a todo lo que tenía vida un sopor tan desmedido que hasta un estómago sin fondo, como el de Ernenek, perdió todo interés por la comida. Entonces la pequeña familia plegó la tienda, cargó al huésped sobre el trineo, junto con los enseres domésticos, y abandonó la tierra helada, para ganar el tibio mar.

Cuando los esquimales se adormecieron en el iglú, arrullados por el océano subyacente, la lámpara, abandonada a sí misma, se apagó, y entonces, en medio de las tinieblas, el gran sueño descendió también sobre el hombre blanco.

Descendió poco a poco, como un velo que paulatinamente va haciéndose cada vez más denso, como la bruma, como la noche. De vez en cuando, en duermevela, el hombre blanco intuía más que sentía, cómo Ernenek trabajaba con sus instrumentos de caza o cómo Asiak encendía la lámpara, preparaba agujas, raspaba las ropas o

movía el bloque de nieve que cerraba la boca del iglú y alimentaba a los perros que engordaban en el túnel.

Cuando le ofrecían grasa de pescado, la tragaba sin protestar, pues había notado que le infundía más calor que una estufa colmada de leña. De manera que cuando por primera vez le acercaron a los labios una escudilla hecha con el cráneo de una vaca marina y llena de sangre negra de foca, vetada de aceite, la sorbió hasta la última gota.

Al terminar el invierno, cuando el día iba a apuntar y Ernenek comenzaba a afilar sus armas, y Asiak sacaba la cabeza fuera del túnel para ver la luz del sol que trepaba lentamente hacia el techo de la tierra, el hombre blanco se sintió suficientemente fuerte para emprender el viaje de retorno.

—Viajaremos juntos —le dijo Ernenek—. Verás que será tan fácil como convertirse en padre.

Y partieron con los primeros resplandores del alba.

Estaba bien entrada la noche cuando avistaron la barraca de madera a la que se dirigía el hombre blanco. Éste hizo detener el trineo a distancia y bajó a tierra.

—No te dejes ver por mis compañeros, Ernenek.

—¿Por qué?

—Porque te están buscando. Y siempre puede haber aquí algún traficante indígena que te conozca.

—Ya se habrán olvidado de mí.

—Los hombres blancos no olvidan, Ernenek. Todos te buscarán hasta que te hallen y ten en cuenta que hay más hombres blancos que caribúes.

—Es posible que los que me conocían ya hayan muerto. Los hombres blancos mueren muy fácilmente.

—Pero consignan tu nombre en grandes libros. Los hombres mueren pero los libros quedan.

—Como quiera que sea, tengo ganas de volver a ver una casa de madera con todas sus diversiones, después de haber hecho tanto camino. Una vez decidimos no tener ya ninguna relación con los hombres blancos, pero desde que te conocimos cambiamos de idea, ¿no es cierto, Asiak?

Asiak asintió.

El hombre blanco meneó la cabeza y dijo:

—Vuelve a tus regiones, Ernenek. Yo diré a mis compañeros que te vi morir. Éste es el único medio de que puedan, no perdonarte, pero sí olvidarse de ti.

Ernenek sonrió.

—Comprenderán y me perdonarán la muerte de su compañero, como la comprendiste y la perdonaste tú mismo.

—Aun cuando uno u otro comprendieran, no podrían dejar de castigarte, Ernenek, porque sus leyes son más fuertes que ellos mismos. Las leyes de los hombres blancos se han hecho más poderosas que aquéllos que las establecieron. ¿Comprendes?

—No.

—Entonces te lo explicaré de otro modo. Escucha: estoy hasta la coronilla de tu compañía, te dispararé una bala en el estómago apenas hayamos llegado a la barraca y luego daré a Asiak y a tus hijos, como comida a los osos.

Y mientras la boca de Ernenek se abría desmesuradamente por la sorpresa, el hombre blanco le asestó un golpe en el bajo vientre y le descargó una granizada de puñetazos sobre la cara afligida; luego echó a correr hacia la barraca, con los pies separados, porque iba vestido con las altas calzas indígenas fabricadas por Asiak, Ernenek lo siguió con ojos estupefactos, acariciándose con la mano las partes más castigadas por el hombre blanco. ¡Después de todo lo que habían hecho por él! ¡Después que Ernenek había cazado para él y Asiak reído con él!

Se volvió hacia su mujer, que también estaba pasmada de sorpresa, y ambos se maravillaron, una vez más, de las rarezas de los hombres blancos.

Ernenek tornó a subir al pescante del trineo y ordenó a los perros que volvieran sobre sus pasos.

EL LARGO VIAJE

Poco tiempo después de haberse separado del hombre blanco, Asiak se encontró nuevamente encinta. Ya era un problema criar dos hijos y la pareja dudaba de si convenía dejar vivir al que esperaban. Por fin decidieron conservarlo en el caso de que fuera un varón y restituirla a los hielos si era una niña; después de todo, no es posible alimentar sino un número determinado de bocas.

Nació una niña.

Pero cuando vieron que tenía el pelo color del sol naciente y los ojos color del cielo de mediados de verano, y la piel blanca y fresca como la nieve, quedaron enamorados de la criatura. Indudablemente había sido el huésped invernal el que la procreara y Ernenek estaba orgulloso de que su mujer le hubiera regalado una criatura de un hombre blanco.

La llamaron Higgiugiuk.

Pero un mal día, un día de tormenta, cuando era aún demasiado pequeña para saber lo que hacía, Higgiugiuk abandonó el iglú y se aventuró sola por el mundo. Asiak, que estaba adormecida, un poco a causa de la cercanía del invierno, y un poco porque había quedado de nuevo encinta, advirtió la ausencia de la niña sólo cuando el viento había borrado ya sus huellas.

Ernenek estaba cazando, de modo que Asiak tuvo que buscar sola a la pequeña vagabunda, a la que llamó a grandes voces, mientras tropezaba a cada paso en medio de una tormenta de nieve tan impetuosa que el perro no consiguió rastrear las huellas.

Muchas horas después, el mismo perro hubo de guiar a Ernenek hasta el lugar donde estaba Asiak.

La encontró cubierta de sangre bajo un cúmulo de nieve amasada por el viento. Asiak había abortado y deliraba. No se encontró ningún rastro de Higgiugiuk, como si Sila, el hombre malo que habita en el cielo, se la hubiese llevado de la faz de la tierra, de manera que no pudieron sepultarla, como a los otros niños, junto con una cabeza de perro, a fin de que el sabio animal pudiera indicar a la pequeña alma extraviada el camino de esa remota tierra a la cual se dirigen todos los esquimales.

Asiak no consiguió reponerse ya del todo. Desde que no tenía niñas que criar, se encontraba encinta todos los años y todos los años abortaba. Así se le fueron consumiendo las fuerzas, la juventud y la sonrisa. Las manos se le hicieron nudosas, comenzaron a dolerle las articulaciones y ya no conseguía sacar del hueso aquellas agujas de coser tan finas, de que tanto se enorgullecía; sus dientes, consumidos hasta las encías a fuerza de masticar ropas, sólo servían ahora para curtir la delicada piel de garza marina que dientes más jóvenes y agudos habrían podido dañar, pero ya no eran capaces de ablandar las pieles de oso y de foca, y menos aún de mascar carne fresca.

Asiak se estaba convirtiendo en una mujer inútil y gravosa, y se daba cuenta de ello.

Comenzó a desear la tibieza y las comodidades meridionales, pero puesto que los

hombres blancos eran enemigos de Ernenek ella misma insistió en que se confinaran en las soledades hiperbóreas, donde no se corría el peligro de encontrarse con los locos extranjeros ni con, los hombres que traficaban con ellos.

Por eso la preciosa madera quedó enteramente sustituida por el hueso y el marfil de morsa, las pesadas pieles de oso y de foca reemplazaron completamente los suaves cuernos de reno y de vaca marina; los arcos de Ernenek estaban hechos de asta en lugar de huesos de ballena; sus trineos, de pieles y de hueso, de carne y de pescado congelados. Y ahora encontraban sólo muy de cuando en cuando algunos pocos esquimales polares, pues su número era tan exiguo como vasto su territorio. Y encontraban también alguna rara familia de nómadas nechillik.

Y sin embargo, esos breves contactos bastaban para advertirles que el mundo estaba cambiando. El número de los hombres blancos crecía cada vez más; sus puestos de intercambio germinaban como hongos, y cada vez que se encontraban, los hombres hablaban inevitablemente sobre los extranjeros. El hombre blanco invadía inexorablemente la tierra blanca, precedido de su fama, acompañado de sus almas, de sus comidas, de sus bebidas, de sus trajes, de sus idiomas, de sus tesoros, de sus dioses; llevaba cosas que nadie le pedía y tomaba otras sin pedir las; imponía sus leyes y trasgredía las de los demás; y dejaba en su estela un furioso remolino, a veces de alegría y de riqueza; otras, de desolación, muerte o prisión.

Hasta muy lejos se extendía la garra de sus reglamentos, y era hombre sabio aquél que se apresuraba a respetarlos. Como consecuencia de las nuevas leyes, se ahorcó a un hombre sólo por haber dado muerte a otro que le había robado la mujer, cosa que cualquier marido habría hecho, porque es lícito cambiar o prestar a la mujer, pero no lo es robarla.

Y una mujer que, hallándose a la deriva, en un enorme bloque de hielo, junto con sus tres hijas, se había comido a la mayor de ellas para conservar la vida —la hija se había quitado expresamente la vida, para salvar a las otras de una muerte segura— fue llevada a la ciudad de los hombres blancos y encerrada allí en una jaula de la que no podría salir hasta el día de su muerte; además, le habían quitado los hijos; todo lo cual hacía desdichada a mucha gente y no podía ser ventajoso para ninguno, ni siquiera para los hombres blancos. Por lo demás se sabía que en las zonas que ellos gobernaban se había prohibido a los esquimales —que sin embargo se hallaban en su propia casa y cuya existencia se cifraba enteramente en la caza de la foca— matar más de tres focas por año, mientras ellos mismos, con sus fusiles, aniquilaban especies enteras; se llevaban sólo las pieles, dejaban lo demás a las gaviotas y no devolvían los huesos al mar. No, lo que hacía el hombre blanco no tenía ni pies ni cabeza.

Y, además de sus leyes y de sus mercaderías el hombre blanco había introducido también sus enfermedades. Las infecciones venéreas, la gripe, la tuberculosis, y sobre todo el sarampión, hacían estragos en organismos que desde tiempos inmemoriales habían ignorado toda enfermedad y no estaban acostumbrados a defenderse. De

manera que hombres aguerridos en las batallas contra el oso blanco e incólumes a la intemperie, sucumbían en masa frente al enemigo escondido en la sangre, y en tal medida que en algunas comunidades, con la llegada de los hombres blancos, las epidemias habían destruido ocho habitantes sobre diez en el curso de pocas semanas.

Empero, si no todas las cosas del hombre blanco eran justas, agradables o comprensibles, todas eran sin duda fascinantes; tenían la fascinación de los abismos; y también los angmagssalik, también los netilingmiut, los kinipitu, también los unalaska, también los atka, también los ita, también los nechillik, habían caído víctimas de su arcana fascinación: no podían vivir sin los cuchillos de los blancos, sin sus fogones, sin su aguardiente, sin sus armas de fuego, sin sus golosinas, sin sus cintas de colores, sin sus espejos, sin sus cuentas de vidrio y sin las mercaderías más impensadas y nuevas que ellos introducían y que los esquimales constantemente adquirían, reemplazaban o agregaban a las que ya tenían, comprándolas con pieles, aceite de pescado y mano de obra.

Cada vez disminuía, más el número de los que continuaban viviendo según la manera de sus abuelos en las soledades polares; pero aun éstos tenían ya atacado el espíritu por el cáncer blanco, y Asiak sentía a menudo que los silencios de sus seres queridos estaban cargados de aspiraciones, y sus noches sin sueños, animadas de maravillas prohibidas.

Cuando a la edad de alrededor de nueve años, Papik mató la primera foca —una foquita que todavía no había aprendido a nadar—, Ernenek lo hizo extender de bruces en el suelo y le pasó por la espalda el animal muerto, a fin de que éste no tuviera miedo de Papik y no advirtiera a las otras focas que se guardaran de él. Pero tenían que pasar aún muchos años antes de que Papik se convirtiera en un verdadero cazador, capaz de sustentar una familia.

Y la familia lo necesitaba.

Un accidente había disminuido para siempre la capacidad de caza de Ernenek: mientras persiguió ardorosamente un oso en el trineo, Ernenek, cayendo por una escarpada pendiente, había roto un montón de hielo y él mismo se había roto la espalda. Quedó inerte durante muchas lunas, y cuando por último estuvo en condiciones de levantarse, no podía ya doblarse, ni agacharse ni sentarse: la columna vertebral le había quedado más rígida que el hielo. Sólo podía estar extendido a lo largo o bien de pie y erguido. Era cómico verlo retorcerse sobre el banco de nieve y pegarse a lo largo de las paredes cuando quería levantarse, y él mismo se daba cuenta de la graciosa figura que hacía y se unía a las risas de sus familiares. Podía andar, y hasta correr, pero no por mucho tiempo, y cada esfuerzo que hacía le producía dolores tan fuertes que lo hacían volver a la cama.

A los cuarenta años, era un hombre viejo, todavía el mismo gran comilón de siempre, pero no el cazador que había sido una vez; ya mostraba distintamente las señales del largo viaje que había cumplido a través de los años: profundas eran las arrugas que le surcaban el rostro, las mejillas hundidas y apergaminadas, abundante

la nieve de sus sienes y de los ralos bigotes que le caían sobre el mentón arrugado. Su mirada se cargaba de admiración cuando contemplaba a Papik —el dardo que había disparado a través del arco de Asiak—, pues tanto le recordaba lo que él mismo había sido en un tiempo, que le parecía sorprendentemente cercano. Y en efecto, cuando Papik, de acuerdo con las conjeturas de su madre, tenía unos dieciséis o diecisiete años, se parecía muchísimo a Ernenek: era ya casi tan grande y musculoso como él; era altivo como su padre, pero no tanto; temerario como Ernenek, pero no del todo; impulsivo y jovial, franco y groserote como Ernenek, pero no tanto.

Y nunca podría haberlo sido tanto, puesto que también era hijo de Asiak.

Ivalú era algo más baja que su hermano, pues no estaba aún completamente desarrollada; pero ya era fuerte y robusta. Tenía, lo mismo que Asiak, labios gruesos y llenos, pero no hinchados, mientras que el corte de sus ojillos oscuros y vivaces era el de Ernenek. La cera virgen de su mente era impresionable y susceptible a los contactos con la gente, porque había conocido poca; y su humor era variable como el viento; pero en ella la serenidad terminaba siempre por imponerse.

Hasta el día en que conoció a un joven llamado Milak.

Se habían encontrado durante una cacería estival en la que cambiaron sólo unas pocas palabras; demasiado pocas, pensó Milak cuando volvió a su aldea. Y al año siguiente emprendió un segundo viaje para volver a verla. Pero tampoco esta vez llegó a concretar nada.

—Ninguna tiene necesidad de un hombre —dijo Ivalú.

—Si no tienes necesidad de un hombre, ello se debe a que no eres una mujer.

—Pues, ¿qué soy entonces?

—Una niña, y por añadidura, estúpida. ¡Una niña con cerebro de garza y corazón de glotón! Sólo una niña es capaz de pensar que puede pasarse sin un hombre.

—A una niña le gusta tu presunción, porque la hace estallar de risa.

¡Qué vulgarotes eran estos septentrionales!, pensaba Milak que era oriundo del sur. Sólo Asiak mostraba algún rasgo de gentileza, porque evidentemente provenía de alguna familia meridional. Pero Ivalú y Papik eran toscos como el padre. O casi. Porque nadie, a decir verdad, podía ser tan tosco como Ernenek.

Apenas un sueño antes, cuando Milak le había dicho, después de una partida de caza, «Comparado con el tuyo, mi botín es verdaderamente miserable», Ernenek había tenido la desfachatez de responderle: «En efecto». Es que aquella pizca de modestia que había aprendido fatigosamente a ostentar en el pasado, se había esfumado del todo en los últimos años, durante los cuales, por falta de contacto con los seres humanos, Ernenek no había tenido ocasión de ejercitarla.

¿Había pues que maravillarse de que la hija de semejante hombre, además de ser la mujer más tonta e inútil que hubiera existido, se riera de él? Pero, lo cierto es que ella estaba hecha así, Milak tenía que tomarla o dejarla como era.

Y él quería tomarla.

—Mira —le dijo, procurando hacerla entrar en razón y esforzándose por

dominarse—, tu padre ya no es el cazador que una vez fue, y tu hermano pronto encontrará una mujer a quien mantener.

—¡Soy capaz de cazar y pescar sola!

—Pero, ¿quién coserá? Tú no podrás hacer las dos cosas, ni tampoco correr detrás de un oso o doblarte sobre un agujero de pesca, cuando tengas un hijo en el vientre o en la espalda.

—¿Y quién te dice que tendré hijos?

—Los hijos llegan naturalmente, a medida que se crece, como los senos. Y cuando tengas uno o dos hijos, tendrás que buscarte un marido.

—¿Por qué?

—Porque tu hermano no puede proveer a las necesidades de tanta gente.

—Tal vez tú no puedas, pero mi hermano sí. Nosotros somos del norte, y el único terreno en el que ustedes pueden vencernos es en el de la presunción que tienen.

A Milak se le enrojeció de rabia el rostro, debajo de la capa de grasa y de hollín. Se levantó, golpeó con los pies en el suelo y escupió, mientras Ivalú lo miraba con interés: aquel hombre le fascinaba porque provenía del país de las sombras cortas, del cálido, alegre, misterioso mediodía, desde donde llegan la luz, el reno y la vaca marina.

—Un hombre prefiere volver solo —dijo por último Milak. Y se retiró, con tranquilo continente, en dirección al sol.

Ivalú soñaba con hombres de cuerpo poderoso, hombres alborotadores y alegres como su padre, y Milak era por completo diferente. Diestro y astuto, era un hábil cazador, pero, no siendo muy musculoso, parecía frágil, comparado con los esquimales en general y en especial con los esquimales polares. Reía muy pocas veces, y su rostro móvil y cambiante revelaba la constante lucha de los pensamientos. Sí, cuanto más pensaba Ivalú en él, después de su partida, más se convencía de que Milak no era el tipo de hombre que le gustaba. Este pensamiento no la dejó en paz, hasta que un día dijo a Asiak:

—Parece que en el sur hay curanderos que tienen el poder de procurar buen tiempo y caza fructífera, curar males y enfermedades. Tal vez uno de ellos pueda curar la espalda de papá.

Asiak suspiró.

—Quizá tengas razón, pequeña. Estoy aburrida y cansada de oír cómo tu padre se queja constantemente de sus dolores.

—¿No tienes miedo de que los hombres blancos me apresen? —preguntó Ernenek, maravillado.

—Procuraremos mantenernos alejados de ellos. Por lo demás, ahora eres viejo y estás inválido, de manera que si te matan perderías bien poco. Milak nos dijo que en su aldea hay un curandero que tiene grandes poderes. Consultémoslo.

Ivalú voló a abrazarla y a olfatearla; también Ernenek y Papik se alegraron e inmediatamente comenzaron a preparar los fardos.

Pero Asiak permaneció sombría y ceñuda.

Cuando partieron hacia el sur, fue Papik quien se sentó en el pescante del trineo y manejó el látigo contra el viento, mientras Ernenek, a sus espaldas, se mantenía de pie y erguido sobre el último travesaño. La tierra dormía aún; la vegetación, enana todavía, no había apuntado desde debajo de la costra de invierno, y la oculta vida animal no mostraba ni un pelo o si lo mostraba, como tenía el color del hielo, permanecía invisible, en medio del gris del alba; el oso, demasiado fuerte y demasiado orgulloso para esconderse, era la única excepción.

Cuando el mal tiempo los obligaba a anclar el trineo y a construir un iglú, Papik e Ivalú se encargaban de realizar todo el trabajo, mientras Ernenek se encargaba de hacer todas las críticas.

—No le hagan caso —decía Asiak—, porque este padre fanfarrón siempre sabe hacer todo mejor que los demás.

Y los hijos se reían a carcajadas, en medio de la borrasca, e iban colocando en círculo cubos de hielo que cimentaban con nieve, mientras Ernenek rodeaba la construcción farfullando y escarneciéndolos. En el interior del iglú, se acostaban todos alineados y muy apretados, como salmones puestos a secar; se permitía a los tiernos cachorros que se acurrucaran entre los patrones, siempre que no les lamieran la grasa de pescado con que llevaban untados los rostros.

—Cuando mi espalda esté sana, les mostraré cómo se construye un iglú —decía Ernenek revolviéndose en su angosto lecho.

—Sí —replicaba Asiak—, tú sabes hacerlos pequeños por fuera y grandes por dentro. El curandero tal vez pueda curarte la espalda, pero no la edad. Ahora eres viejo y, de acuerdo con la norma, tendríamos que abandonarte a los hielos.

Entonces los hijos volvían a desternillarse de risa; pero Ernenek no apreciaba las bromas cuando él era el blanco de ellas.

—Y pensar que Asiak solía llamar a hombres y mujeres, cuando yo volvía con el botín, y que todos terminaban con dolor de barriga de tanto llenarse de carne. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

—Los tiempos no, —decía Asiak—; pero tú, sí.

Y esta réplica provocaba otros accesos de hilaridad, hasta que el sueño ahogaba toda esa alegría.

Pero a veces la expectación por las cosas que les esperaban hacía que todos se sintieran inquietos y ávidos, como si supieran que aquel viaje determinaría grandes cambios no sólo en el paisaje, sino también en sus vidas; y en medio de la oscuridad y del silencio que precedían al sueño, los hijos formulaban a la madre las eternas preguntas... y no había pregunta a la que la madre no supiera responder.

—¿De dónde viene toda esta nieve, mamá?

—La nieve es la sangre de los muertos. Hay muchos muertos, por eso hay tanta nieve.

—¿Y el trueno? Siempre me pregunto qué es el trueno.

—Los espíritus que disputan entre sí producen el trueno.

—¿Y los relámpagos?

—También. A fuerza de disputar, los espíritus terminan casi siempre volcando la lámpara, lo cual produce los rayos. Ésa es la razón por la que los truenos y los relámpagos siempre vienen juntos.

—¿Y las estrellas fugaces?

—Lágrimas de estrellas, naturalmente. ¿Qué otra cosa podían ser?

—Es verdad. Sin embargo, nunca lo había pensado. ¿Quién hizo a los primeros hombres?

—El Cuervo Negro.

—¿Y quién lo hizo a él?

—Una vez, la costra helada se partió con inmenso fragor y ése estruendo formó al Cuervo. Era Negro, porque reinaba noche profunda. Como se aburría, hallándose completamente solo en la noche oscura, decidió hacer pequeños hombres con montoncitos de barro. Los hombres, aburridos a su vez porque no tenían a nadie con quien reñir, hicieron pequeñas mujeres con montoncitos de nieve.

—¿Y dónde se encuentra ahora el Cuervo?

—Está muerto. Los pequeños hombres, apenas crecieron, lo mataron.

—Pero, ¿por qué?

—Para comérselo... Y lo hicieron antes de haber tenido tiempo de comprender que sólo él habría podido impedir que los hombres murieran.

—Esto me recuerda una pregunta que hace mucho quería hacerte. ¿A dónde van nuestras almas cuando morimos?

—A uno de los tres paraísos: el primero está en el aire, el segundo en la tierra y el tercero en el fondo del mar.

—¿Qué aspecto tiene el alma?

—Se asemeja a la persona que la alberga, sólo que es mucho más pequeña.

—¿Cómo de pequeña?

—Como una de las garzas marinas menores.

—¿Y qué aspecto tienen los nombres de las personas?

—Los nombres se parecen a las almas, pero son aún más pequeños.

—¿Viste alguna vez un alma?

—Yo no, pero mi madre, sí. Vio también la mía.

—¿Verdaderamente la vio?

—¿Por qué habría de decirlo si no la hubiera visto?

—¿Y adonde van los nombres de los muertos?

—Vagan, tristes y solitarios, por el aire frío, hasta que encuentran un nuevo cuerpo en el cual puedan albergarse. Por eso, siempre hay que dar a los niños y a los cachorros recién nacidos los nombres de los difuntos.

—¿Y qué es lo que hace nacer a los niños y a los cachorros?

—El Espíritu de la Luna, que tiene facciones humanas y el poder de hacer

fecundas o estériles a las mujeres, de acuerdo con su capricho. Ve también todas las infracciones que los hombres hacen a los tabúes y castiga a los culpables.

—¿Es realmente tan malo como se dice?

—Y aun más. Sólo un espíritu es peor que éste: el de Sila, el hombre que vive en el cielo y ahuyenta al sol. A menudo arrebató de la tierra a un ser humano y se lo lleva.

—¿Por qué son tan malos los espíritus?

—Son como los hombres. Los hay buenos y los hay malos. ¿Cómo podríamos ser buenos, si no hubiera gente mala? Sedna, por ejemplo, la mujer con cola de foca, que gobierna las criaturas marinas, es muy buena: es ella quien nos envía tan buenos peces. Luego está también el espíritu del aire, que gobierna los vientos y que no es ni bueno ni malo. ¿Qué otra cosa querías saber?

—¿Es que hay algo más que haya que saber?

Asiak meditó un instante antes de responder.

—En efecto, no hay ninguna otra cosa que saber.

Mientras descendían hacia el sol, éste se levantaba a encontrarlos en mitad de camino. El horizonte adquirió el color del hígado, el color del corazón, comenzó a sangrar, se tiñó de púrpura, de rojo, de rojo con tendencia al oro, de oro amarillo y luego... el triunfo del sol que enrojeció el cielo rociando las blancas llanuras y los cerros, las islas y la tierra firme, hasta que, completamente exangüe, se detuvo para contemplar, exhausto y anémico, un mundo monótono.

Se levantó la niebla. Cayó la nieve. Era mediodía: el verano.

Viajaron todo el día sobre el mar sólido, a veces empujados, a veces trabados en su marcha, por el viento. Corrían por las vastas llanuras, debajo de las cuales se oía el rumor del agua; pasaron por entre islotes cónicos que emergían del océano, costearon lenguas de tierra nevada, montañas escarpadas y despeñaderos abiertos. Comenzó a hacer tanto calor que ya se oía cómo el hielo vibraba bajo los patines del trineo y cómo el océano mugía muy cerca de la costra helada. El aire estaba lleno de minúsculos pero muy fastidiosos mosquitos que iban aumentando paulatinamente, hasta que una nevada, que dejaba el aire limpio y terso, los hacía desaparecer.

Las nevadas, las aves y las señales de vida vegetal aumentaban a medida que los viajeros bajaban hacia el sur; el sol aparecía cada vez más alto, las sombras eran cada vez más cortas, en tanto que los vientos estaban cargados de las remotas fragancias de niebla, de mar abierto, de tierra, de hierba y de flores.

Allí la helada llanura se hallaba en continuo movimiento y en continua transformación, por obra del desplazamiento de las aguas, de las tormentas, de las mareas, de las corrientes; las grietas que obligaban a los viajeros a cambiar de ruta se hacían cada vez más frecuentes, y cuando éstos se encontraron frente a la extensión del hielo que comenzaba a moverse, abandonaron el océano y prosiguieron su camino por tierra firme.

El terreno era montuoso y áspero y el avance lleno de dificultades. Cuando

descendían por los glaciares tenían que arrojar el ancla y enganchar los perros detrás del trineo, para que sirvieran de freno; cuando subían, todos ayudaban a tirar del trineo.

—El curandero tendrá que curar no una, sino dos espaldas —decía Asiak después de tales esfuerzos. Y los hijos se doblaban en dos por la risa.

Vieron cómo el sol, que, si bien alto, no había alcanzado a acercarse al centro del firmamento, declinaba cual si estuviera cansado por el esfuerzo hecho, se agrandaba y volvía a adquirir abigarrado colorido, a medida que descendía hacia el horizonte: adquiría el color de un oro encendido, que luego se transformaba en amarillo, rosado, rojo, malva; y vieron por último cómo desaparecía detrás de la tierra, dejando una estela de sangre. El día había terminado y comenzaba la noche. Mientras los colores morían, la luz se hacía cada vez más escasa y la tierra se estremeció en el abrazo de las tinieblas.

Y en medio de la quietud de aquel mundo que esperaba la noche, en medio de la luz incolora del crepúsculo, llegaron justo a tiempo para asistir al espectáculo, nuevo y casi increíble para Papik e Ivalú, del océano líquido y brillante, punteado de icebergs y bancos de hielo flotantes.

—¡Es como el cielo! —exclamó Papik.

—Como el cielo lleno de agua —murmuró Ivalú embelesada.

EL FIN DE UN HOMBRE

La aldea, situada en una pequeña rada, hallábase ceñida por altos montes nevados. Mientras el mar y el valle se encontraban cubiertos de sombras, los últimos rayos del sol ya desaparecido llegaban a las cimas que hacían brillar con tonos rosados y reflejos dorados. Papik e Ivalú nunca habían visto una comunidad tan grande: seis casas colectivas, moradas semipermanentes, hechas de nieve, tierra y huesos de ballena, y además unas veinte cabañas cónicas de piedra, para familias individuales.

Y hasta había una casa construida enteramente de madera.

La curiosidad fue recíproca: toda la aldea se agolpó alrededor del trineo de los forasteros, y, con cautela primero, pero con creciente familiaridad, hombres y mujeres metieron las manos en los fardos de los recién llegados y se apoderaron con gritos de alegría, de los trozos de carne de oso que encontraron, bajo la mirada jubilosa de Ernenek.

Pero éste experimentó una viva contrariedad cuando se enteró de que otro acontecimiento oscurecía el de su propia llegada.

Muchas vueltas de sol atrás, a mediados del verano, un barco se había abierto paso entre los bloques de hielo flotante. Era un gran navío que echaba humo y que había penetrado en la bahía para que desembarcaran seis hombres blancos y para descargar una enorme cantidad de carbón, de madera y de cajas. El buque humeante había vuelto a partir en seguida, por temor de verse encerrado por el hielo hasta el verano siguiente. (¿Y aunque así hubiera ocurrido? ¿Por qué los hombres blancos tenían esa maldita prisa?). Las cajas contenían utensilios e instrumentos misteriosos y la madera había servido para construir una casa hecha de tablas desde el suelo hasta el techo, casa en la cual los extranjeros habían pasado el verano, calentándose con una estufa de carbón y alimentándose de comidas que sacaban de latas y de bebidas embotelladas.

Asiak se aseguró de que aquellos extranjeros no eran ejecutores de leyes, sino exploradores interesados en estudiar la configuración de la región y no los nombres de sus habitantes.

Esperaban que el océano se congelara para lanzarse aún más al norte, a través del territorio de los esquimales polares, que pensaban sobrepasar. Al fin, por una vez no querían viajar como lo hacían los demás hombres blancos, sino a la manera de los indígenas, esto es, llevando consigo pocas provisiones, buscando reparo en el hielo y obteniendo la comida y el combustible del océano, a medida que avanzaban.

Todo esto lo supo Ernenek por Siorakidsok, el curandero local, en cuya casa de nieve se había reunido la comunidad para enterarse de las noticias que les llevaba el viento de más allá de los muertos.

Papik e Ivalú estaban atolondrados y confusos por las novedades que los rodeaban y por todas aquellas caras desconocidas; pero, a pesar de su atolondramiento, Ivalú veía muy bien a Milak, aunque éste se hallaba sentado a la

mayor distancia posible en aquella habitación.

Siorakidsok era un viejo flaco y vivaz, con ojos profundamente hundidos y casi ocultos en la sombra de la frente. Había quedado paralítico para toda su vida y casi sordo, y si aún no había sido abandonado a los hielos, lo debía sólo a su gran reputación de curandero, íntimamente aliado a los genios tutelares. Hacía ya muchos años que se había quedado sin dientes, de manera que sus nietas —o tal vez bisnietas—, Torngek y Neghé, tenían que prepararle la comida masticándola en sus bocas.

Torngek, la más vieja, tenía dos maridos, cazadores decadentes que habían decidido repartirse tanto los gastos como las alegrías de la vida conyugal. En cambio el marido de Neghé era un gran cazador y el verdadero sostenedor del grupo familiar. Se llamaba Argo y estaba orgulloso de tener tantas bocas que dependían de él, porque todos lo consideraban con envidia y admiración.

Argo no sólo poseía un fusil, que tal vez habría funcionado de tener municiones, sino que además su casa era la única que se gloriaba de ostentar un calentador primus, que funcionaba muy bien cuando la casualidad quería que estuviera cargado con kerosene. En el pasado este calentador sólo se había usado para disolver la nieve y hacer el té, pero en los últimos tiempos también se había cocido con él la carne, para ver qué encontraban los hombres blancos en las comidas cocidas. Es que tales esquimales eran «meridionales» sólo respecto del pequeño grupo polar, para cuyos miembros todo forastero era un meridional; pero para los hombres blancos, la aldea representaba el extremo baluarte hacia el norte de vida humana; además sus habitantes nunca habían visto, hasta aquel momento, hombres blancos.

Salvo Milak, que era un gran viajero, y Siorakidsok, que lo había visto todo, incluso el Espíritu de la Luna.

Un enorme caldero de piedra, repleto de nieve y de los trozos de carne de oso de Ernenek, se hallaba sobre el primus, pues los hombres blancos habían cedido a los esquimales un poco de kerosene.

En un ángulo de la estancia y bien a la vista, hallábase un gran recipiente de esteatita, en el cual los miembros de la familia y los visitantes orinaban, y lo tenían allí, al alcance de la mano, para cuando fuera necesario curtir pieles o trajes, o lavarse la cabeza. La mayor parte de hombres y mujeres fumaban en pipa y el olor del tabaco de las hojas de nivarsiak y de arrayán, que apestaba el aire, junto con el tufo del petróleo, de carne hervida y, sobre todo, de orina, ofendía las delicadas narices de los septentrionales. Los esquimales polares tenían la costumbre de sacar fuera de la casa la orina cuando se despertaban y consideraban tal costumbre como una prueba definitiva de emancipación y de superioridad sobre los sucios y despreciables meridionales.

Pero mientras Asiak arrugaba la nariz y sus hijos miraban espantados aquellos usos extraños, Ernenek estaba radiante de gozo por el cambio y por la nueva compañía.

—¿Por qué quieren los hombres blancos ir al norte? —gritó por tercera vez en la

enorme pero insensible oreja de Siorakidsok.

—Quieren ver lo que hay en aquellos parajes —dijo por fin el decrepito curandero, riendo con su boca desdentada.

—Alguien puede decir lo que hay en el norte. Hay hielo, grandes extensiones de hielo, y también tierra, completamente cubierta de nieve sólida y hielo. Y por encima del hielo hay viento. Sobre el hielo, y a veces metido dentro de él, está el oso. Debajo del hielo hay peces y focas.

Salpicaba cada una de sus frases con ruidosas carcajadas.

—Di a los hombres blancos —prosiguió— que no pierdan el tiempo, no encontrarán otra cosa.

—Quieren asegurarse con sus propios ojos. No creen en las palabras de los hombres.

—¿Por qué?

—Tal vez porque no comprenden bastante bien nuestra lengua. Dicen que quieren sacar imágenes de todo lo que vean. ¡Dicen —y aquí Siorakidsok se inclinó hacia adelante, mientras una risotada de su negra boca le cubría el rostro de una apretada red de arrugas— que quieren medir el frío y pesar los vientos!

Estas palabras provocaron sonoras carcajadas aun de parte de aquéllos que estaban enterados de la cosa.

—Prometieron dar un fusil, un cuchillo de acero y un montón de municiones a cada hombre que los acompañe; de manera que todos se ofrecieron, hasta los niños y los viejos —continuó diciendo Siorakidsok—. Pero fue difícil convencerlos de que era indispensable llevar también algunas mujeres. ¡Creían que era posible viajar sin mujeres!

Estallaron otros accesos de hilaridad general.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidos! —prosiguió Siorakidsok que, gracias a su sordera, ignoraba las interrupciones, de suerte que sus discursos eran largos y frecuentes—. ¿Quién enciende las lámparas cuando los hombres sepultan los trineos? ¿Quién prepara el té mientras ellos cazan?

—Entonces, ¿qué decidieron? —preguntó Ernenek con impaciencia.

Siorakidsok, empero, prosiguió imperturbable.

—¿Quién les seca las ropas mientras comen y se las repara y ablanda mientras duermen? Por eso un simple curandero les sugirió que se llevaran por lo menos aquellas mujeres que no están embarazadas, y por fin los hombres blancos se rindieron a la razón.

—Perdona que una mujer charlatana se atreva a hablar en presencia de tantos hombres importantes —dijo Asiak— pero alguien piensa que tu sugestión indica una gran sabiduría.

Esta observación cayó en el oído bueno de Siorakidsok, que asintió, manifestando perfecto acuerdo con ella. ¡He aquí una mujer verdaderamente sabia y perspicaz!

—No es imposible que alguien quiera acoplarse al viaje de los hombres blancos

—comenzó a decir Ernenek.

Asiak levantó de golpe la cabeza, pero no dijo nada. Mas Ivalú, venciendo su timidez, exclamó:

—¡Los hombres blancos no sabrán qué hacer con alguien que tiene la espalda rota! Hiciste este viaje para curártela y no para emprender otro.

Ernenek montó en violenta cólera.

—¡Cómo se atreve a hablar así a su padre una muchacha estúpida, que ni siquiera rió aún con un hombre! —gritó golpeando con el pie en el suelo—. ¿En qué se está convirtiendo el mundo?

Y luego, dirigiéndose a Siorakidsok, dijo:

—Alguien ha oído decir que sabes ahuyentar los espíritus maléficos que producen los dolores. ¿Quieres curar una espalda infestada de espíritus, para que alguien pueda partir con los hombres blancos?

La sordera de Siorakidsok alcanzó su punto culminante. Ernenek tuvo que acercársele aún más y también se le acercó Argo, y los dos repitieron muchas veces, gritando a voz en cuello, junto a ambas orejas, lo que querían de él.

Por último, Siorakidsok dio señales de haber comprendido.

—Los hombres blancos tienen con ellos un curandero que sabe hacer cosas maravillosas, como por ejemplo introducir delgadas agujas en el brazo, de modo tal que se escapa toda sensación, y cortar profundamente la carne sin derramar sangre. ¿Por qué no pruebas primero con el curandero blanco? Comparado con él no soy sino un mísero impostor.

—Veamos si los hombres blancos quieren honrarnos y gustar nuestras comidas —dijo Argo—. Para ellos pusimos a cocer la carne de oso. Nunca la habían probado.

Cuando los seis extranjeros entraron en la habitación, se produjo un profundo silencio. Papik e Ivalú estaban aterrorizados. Eran demasiado pequeños cuando uno de esos seres había pasado un invierno en su iglú y ya no se acordaban de él; pero habían oído decir que los hombres blancos tienen pies de caribú; éstos, sin embargo, calzaban botas, de modo que no se les veían los pies. Eran todos más bien jóvenes, robustos y barbudos. Uno de ellos, que para ser un hombre blanco hablaba muy bien el esquimal, explicó que el jefe de los blancos emplearía gustosamente también a Ernenek, siempre que se le curara la espalda.

La revisión médica fue breve. Ernenek se quitó la chaqueta y los pantalones y el curandero de los hombres blancos, después de abrirse paso, a fuerza de codos, en el círculo de curiosos, recorrió con la mano y palpó las poderosas espaldas de Ernenek, quien rió por las cosquillas; luego se enderezó y emitió su diagnóstico:

—No hay nada que hacer.

Entonces todos volvieron la mirada hacia Siorakidsok, que mostraba aire triunfante: ahora le tocaba a él.

—Un estúpido curandero le hará salir un poco de sangre de la espalda, y junto con la sangre saldrá el espíritu maligno que lo atormenta. ¡Torngkek, trae los

instrumentos quirúrgicos!

Y mientras su nieta favorita se precipitaba a obedecerle, Siorakidsok se puso a machacar con los puños en la espalda de Ernenek, imitando sucesivamente el grito de la garza, el ladrido del perro, el ulular del lobo y el gruñir del oso. Cuando sintió que la espalda estaba a punto, introdujo a la altura de la quinta vértebra, un pequeño escalpelo de sílice, que golpeó una y otra vez con una gran piedra plana. Al retirar el escalpelo brotó del tajo un chorro de sangre.

Siorakidsok se inclinó hacia adelante, aplicó los labios a la herida y chupó con fuerza la sangre.

—Ahora tráeme una lámpara —ordenó, separándose de la herida y relamiéndose los labios.

Sacó de la lámpara la mecha ardiente y la aplicó sobre la herida, sin dejar de reavivar la llama con el aliento. Ernenek ni se movió.

Cuando la mecha se consumió del todo, Siorakidsok gritó:

—¡Ahora cúbranse todos las cabezas, apaguen la luz y abran el techo para que el espíritu pueda huir! Abrieron el agujero del techo, apagaron las lámparas y cada cual se cubrió la cabeza con la chaqueta, porque los espíritus, seres sumamente sensibles, se avergüenzan de que se los vea huir. Luego todos los circunstantes, en medio de la oscuridad, se unieron a Siorakidsok para imitar las voces de los animales; hicieron una batahola infernal, con el fin de apresurar la huida del espíritu maligno, mientras Siorakidsok volvía a punzar nuevamente la espalda de Ernenek, para hacerle olvidar un dolor con otro.

Esta ceremonia continuó por un espacio de tiempo que debió parecer largo al paciente. Por último, el cirujano, con voz ya ronca, permitió que todos se descubrieran y que encendieran las lámparas. Luego, exhausto, mandó que le llevaran una piel de topo, con la que se limpiaban los recipientes, la cubrió de saliva y la aplicó sobre la herida cauterizada por la mecha encendida.

Ernenek se levantó los pantalones con un suspiro de alivio.

—¿Puedes doblarte?

—No —repuso Ernenek.

—Eso significa que hay en ti otros espíritus malignos —replicó Siorakidsok en tono de reproche—. Tenemos que comenzar todo desde el principio, dentro de una o dos vueltas de sol.

Después de esto, todos volvieron alegremente a ocupar sus lugares; los hombres sentados en círculo, las mujeres a sus espaldas, prontas a servirlos y a hacerse eco de la hilaridad de los maridos.

Ahora todos tenían mucha hambre, de manera que empezaron a circular las golosinas tan esperadas: estómagos de vaca marina llenos de fucos, bayas, musgo y líquenes, ánades pequeñas que desde un par de años atrás se sazaban embutidas en intestinos llenos de grasa, vísceras crudas de aves, la sustancia viscosa de la piel de la garza, raspada y sazonada con la orina humana que se usaba para curtir, larvas de

moscas de caribú y tajadas de dulce en lata, regalo de los hombres blancos, mezcladas con sebo y con heces de ciervo, que las hacían más gustosas.

El caldero que habían puesto sobre el calentador comenzaba a hervir acariciando las narices de los comensales con el olor dulzón de la carne de oso. Grandes carcajadas y exclamaciones festivas llenaban la sala.

—Cualquiera se consideraría afortunado de permanecer aquí solo con tantas mujeres —dijo Siorakidsok, procurando consolar a Ernenek que estaba más negro que el invierno.

—Pero no le servirá de nada si tiene las espaldas rígidas —dijo Argo, cuya observación provocó carcajadas sin fin.

—¿Es peligroso para una mujer o no lo es? —preguntó uno de los maridos de Torngek a Asiak, quien eludió la pregunta echándose a reír.

—Se dice que un hombre que no es peligroso para un oso no puede serlo tampoco para una mujer —dijo Argo—. ¿O no es así?

En otras circunstancias, Ernenek se habría sentido muy dichoso por encontrarse en medio de una compañía tan brillante y tan alegre, pero aquel día, no. Nunca le había ocurrido que lo excluyeran de una gran aventura, de suerte que los manjares meridionales, si bien conseguían quitarle las arrugas del estómago, no bastaban para borrarle la amargura del corazón.

Erguido sobre sus piernas separadas, bajo el alto techo de nieve sostenido por travesaños de hueso de ballena, a la escasa luz otoñal que se filtraba a través del límpido hielo y de las ventanas hechas de vejiga de caribú, Ernenek constituía una figura impresionante, con sus peludos vestidos de piel de oso. No era el más alto, pero sí indudablemente el más macizo de todos los presentes. Tenía mandíbulas formidables, y los músculos que partían de por encima de las orejas eran tan desarrollados que sólo una minúscula parte del centro del cráneo quedaba desprovista de ellos. Su vozarrón hacía temblar el aire de la estancia.

Escupió ruidosamente y exclamó, con voz bastante fuerte para que el propio Siorakidsok lo oyera en seguida:

—Es vergonzoso que un grupo de míseros meridionales, que tienen necesidad de centenares de perros para la caza del oso y que prefieren la de la foca porque es menos peligrosa, se atrevan a hablar así a alguien que mató, él solo, más osos que los otros focas. ¿Acaso han luchado alguna vez con un oso, después que se les hubo roto la lanza, y le abrieron el vientre con un cuchillo de nieve? ¿Acaso alguna vez sacaron del agua una morsa tirándole del hocico y rompieron su cabeza a puñetazo limpio?

Las carcajadas que saludaban a cada una de sus frases le hicieron subir la sangre a la cabeza.

No era que los otros no creyeran lo que decía, pero aquélla era la primera vez que esas gentes oían a un hombre vanagloriarse públicamente. Asiak comprendía que el comportamiento de Ernenek en sociedad dejaba mucho que desear, de suerte que se sentía sumamente embarazada; pero los hijos, que no podían soportar que se rieran de

él, estaban furiosos: les parecía que en cualquier reunión mundana, la presencia de Ernenek debía considerarse como un ornamento y un honor. Papik, con la faz enrojecida, se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Es como lo dice mi padre!

E Ivalú agregó furibunda:

—¡El que no sepan qué clase de hombre es Ernenek, basta para demostrar la proverbial ignorancia de los meridionales!

Y Ernenek, para que todos pudieran empezar a comprender en seguida qué clase de hombre era, levantó el pesado caldero del té y lo hizo añicos contra el suelo.

Los pasos de Ernenek crujían en el áspero y delgado manto de nieve estival que cubría escasamente los cerros a lo largo del litoral. Estaba un poco cansado por el viaje, la cabeza le giraba, a causa de la pérdida de sangre, y las espaldas, que irradiaban punzadas de dolor hasta las piernas, le dolían más que nunca; pero era más fácil soportar un dolor que el prurito de demostrar a aquellos miserables meridionales de qué cosa era capaz un verdadero hombre.

Por eso había abandonado la alegre compañía reunida en casa de Siorakidsok.

El aire estaba fresco e inmóvil. Los rumores de la aldea llegaban distintamente a oídos de Ernenek. Cuando hacía calor y estaba para nevar, los ruidos no llegaban muy lejos; pero en el aire frío podía oírse una voz humana a la distancia de una jornada entera de viaje. Oía el ladrido de un perro, la cantilena de una mujer, el ruido de una sierra y el grito de algunos niños que se deslizaban sobre una piel de foca por la pendiente. Y además, justamente frente a su nariz, percibía el zumbido de millares de minúsculos mosquitos que Ernenek aspiraba y aplastaba entre la lengua y el paladar, degustando su sabor agridulce.

Cuando llegó a los pies del glaciar no despegó los ojos del suelo hasta que encontró las huellas de un oso. Aquel oso debía de estar hambriento, pues sus huellas se hallaban muy juntas y mostraban las garras vueltas hacia adentro, lo cual indicaba que se trataba de un animal flaco.

Ernenek siguió la pista que se remontaba hasta el lindero del glaciar, pero al llegar al fondo rocoso, la perdió. Luego, al descubrir a la distancia heces de oso, encontró huellas más recientes, que lo llevaron a través de una garganta rocosa. El suelo estaba recubierto de nieve congelada, pero las faldas escarpadas de la montaña estaban peladas. Le aumentó el dolor de espaldas con el esfuerzo que realizó para escalar el monte y, sintiendo que también le dolían los riñones, tuvo que apoyarse en la lanza. Para estar más libre de movimientos, no había llevado consigo el arco, pero en las calzas guardaba el cuchillo más filoso.

Detrás de una roca, un oseño de pelo corto y lanudo jugaba, mordisqueándose las patas. Sus ojillos, llenos de admiración, contemplaban un mundo cuyos peligros no había aún explorado.

Ernenek se arrojó al suelo boca abajo y comenzó a gemir. El oseño se puso a considerar la extraña figura tendida en la nieve y que tanto se parecía a un oso. Luego

se aproximó a Ernenek, husmeando el aire, no por prudencia sino por curiosidad, con el pequeño hocico brillante que se movía como un dedo.

El olor del hombre no le decía nada.

Pero el primer encuentro que tuvo con él fue brusco y penoso: de pronto, la mano de Ernenek aferró al animal por la suave y tibia garganta.

Aullando por el dolor que le causaba el esfuerzo, Ernenek se enderezó, apoyándose en la pared rocosa, mientras el osezo chillaba roncamente, mostrando la lengua azul y los dientes blanquísimos, sin dejar de agitarse. Cuando el animal se cansó de chillar, Ernenek le pinchó el vientre rosado y túrgido con la lanza, y entonces el osezo comenzó nuevamente a gritar.

Por último, llegó la madre.

Ernenek la oyó jadear sobre la roca que tenía sobre su cabeza, y, apoyándose contra la pared, se preparó para recibir el ataque.

La osa se precipitó velozmente por la escarpada roca y rugiendo se lanzó derechamente sobre Ernenek. Éste le opuso como escudo al osezo, con lo cual consiguió atenuar el ímpetu del ataque y ganar tiempo para empuñar la lanza.

Mientras la osa se erguía sobre las patas posteriores, la lanza le penetró en la boca abierta de par en par y se le clavó en la garganta.

En sus intentos de quitarse el arma con las patas, el animal quebró en dos la lanza, con lo que hizo aún mayor su herida. Casi no emitió ningún sonido; sólo se oyó un gran chorro de sangre espumosa en el aire frío y luego un gorgoteo; por fin se abatió, mientras el osezo huía alborotando. Ernenek miró alrededor para ver si llegaba el macho.

Y en efecto, el macho estaba llegando.

Pero los ojos de éste, mucho menos agudos que el oído, no habían avistado aún al enemigo ni a la hembra moribunda: avanzaba con circunspección, con las orejas erectas y husmeando el viento. En otra época, Ernenek se habría humedecido el labio superior para establecer la dirección del viento, pero ahora que su epidermis no poseía ya la sensibilidad necesaria, arrancó un puñado de pelos de la chaqueta y lo arrojó al aire. Estaba seguro: el oso se encontraba casi exactamente en la dirección desde donde soplaba el viento.

No era posible retirar el trozo de lanza de la garganta de la osa, que había ido a morir a algunos pasos de distancia, sin que el oso lo oyera, pues sólo la pared rocosa lo separaba de él; de modo que Ernenek decidió esperar inmóvil.

Encontrándose a sotavento, Ernenek oía la respiración del oso y de cuando en cuando sentía cómo el animal dejaba de respirar para escuchar. Se estaba alejando. Dentro de poco Ernenek podría recuperar el trozo de lanza, luego invitaría al oso a bailar. Se rió consigo mismo pensando en las caras que pondrían los de la aldea cuando vieran su botín y oyeran su relato.

¡Sí, todavía era capaz de procurar un buen atracón a un montón de gente!

El aire se hacía cada vez más denso de mosquitos, atraídos por el olor de la

sangre. Ernenek aspiró profundamente e inhaló un pequeño enjambre. Antes de que se diera cuenta, un insecto le produjo un cosquilleo en la garganta que lo hizo toser.

Desde aquel momento, los acontecimientos se precipitaron.

Traicionada ahora su presencia, Ernenek se lanzó hacia la osa, se arrojó al suelo y comenzó a extraerle de la garganta el pedazo de lanza; y echando miradas angustiadas hacia la pared rocosa que tenía a sus espaldas, mientras el terror le hacía contraer las vísceras, un rincóncito recóndito de su cerebro se divertía enormemente pensando en la maravillosa aventura que podría contar al círculo de atónitos oyentes.

Y el oso ya se acercaba bamboleándose y bajando por la pared inclinada, más lento, más precavido, más calculador que la hembra. Tratábase de un ejemplar flaco y altísimo y Ernenek oía el raspar de sus garras sobre el fondo rocoso.

Ernenek había conseguido apenas recuperar el pedazo de lanza y se levantaba apoyándose sobre la pared rocosa cuando el oso, cubriendo al galope el último trecho que lo separaba del hombre y lanzando de su garganta un sordo gruñido, se abalanzó sobre él con las patas anteriores en alto. Ernenek miró vagamente, más por instinto que por intención deliberada, para lo cual le faltaba tiempo, la humeante cavidad que se abatía sobre él. La lanza ensangrentada entró en la boca del animal y salió por la quijada, sin desviar ni atenuar la violencia del ataque.

Ahora Ernenek tendría que haberse dejado caer de espaldas, enderezarse con la rapidez del rayo y sacar el cuchillo que llevaba en las calzas.

Ernenek se dejó caer de espaldas... y allí se quedó.

Setecientas libras de furia le cayeron encima y lo aplastaron contra el suelo: apenas tuvo tiempo para interponer su antebrazo izquierdo entre las mandíbulas del animal, mientras el aliento humeante le quemaba la cara. Por debajo del muslo sentía el cuchillo que no podía tomar: el peso del oso lo inmovilizaba.

El oso le estaba triturando el brazo a través de la manga, pero Ernenek lo mantuvo firme; había aprendido a extraer goce del dolor físico, para soportarlo mejor. Con un movimiento de la muñeca se desembarazó del guante de la mano derecha, buscó sobre el vientre liso del adversario los testículos y se los extirpó con un tirón en el que puso todas las fuerzas que le quedaban.

Una bala recibida en pleno corazón no habría producido un efecto tan inmediato: con un gruñido entrecortado, el oso aflojó al instante la presión y se levantó vacilante, oprimiéndose con las patas anteriores la ingle; pero así y todo no conseguía contener la sangre. Luego cayó jadeando rápidamente, comenzó a girar sobre un costado husmeando y enrojando la nieve en torno.

Ernenek intentó levantarse. El brazo le dolía ahora que había pasado el calor de la lucha y tenía los lomos aplastados clavados al suelo. Sin embargo, consiguió ponerse en pie; el sudor que le perlaba el rostro revelaba esfuerzo y dolor; pero si había de morir quería morir de pie.

De la arteria rota del brazo triturado brotaba la sangre en chorros que alcanzaban hasta tres metros, siguiendo el ritmo de las pulsaciones del corazón; Ernenek

observaba cómo el ritmo se hacía cada vez más lento. Con todas las fuerzas que le quedaban no consiguió sino oprimirse el codo para amortiguar el dolor y asistir al espectáculo de la vida que abandonaba su cuerpo.

Bandadas de mosquitos le bailaban frente al rostro. Un ptarmigan aleteaba. Una comadreja, que había echado los primeros pelos blancos de invierno, estaba al acecho de una presa invisible. Una bandada de garzas extendía las alas contra el cielo terso, antes de volar definitivamente para climas más dulces.

¿Podía aquello ser el fin? ¿Tan claro? ¿Tan sencillo? ¿Y tan inesperado?

EL FIN DE UNA MUJER

Papik e Ivalú lloraron, se desesperaron y se golpearon las cabezas contra las paredes, pero Asiak no mostró dolor alguno, aunque lo exigieran las buenas maneras; se limitó a abrazar a sus dos hijos, como cuando eran pequeños —y pequeños eran entre sus brazos— para olerlos y mojar su propio rostro con las lágrimas de los jóvenes.

Había sido Papik quien, siguiendo las huellas del padre, había encontrado y llevado el cadáver a la casa de Siorakidsok, con la esperanza de que el curandero, o bien los hombres blancos, pudieran devolverle la vida. Pero si Papik hubiera sabido algo de las cosas de la muerte habría dejado el cadáver donde lo había encontrado y así habría ahorrado a todos una cantidad de disgustos.

Sólo a las muchachas impúberes y a las viejas que habían pasado ya la edad de la fecundidad les era lícito manipular un cadáver, y esto aun con las manos enguantadas. Después de haberlo lavado, lo ataron doblado en dos, con las manos y los pies juntos, para obstaculizar los movimientos de su fantasma. Luego le taparon las narices con musgo y también con musgo le cubrieron el ombligo y los órganos genitales.

—Una mujer está mortificada porque su marido causa tantos disgustos —dijo Asiak a Siorakidsok, que dirigía las operaciones del rito—. ¿Por qué no volvemos a llevar el cadáver afuera, como hacemos en el norte? Los animales se encargarían de hacerlo desaparecer, y ustedes no tendrían que preocuparse por nada.

—Ahora el cadáver está en casa —dijo Siorakidsok preocupado y descontento— y tenemos que hacer de todo para protegernos de su sombra. El espíritu de su marido es con seguridad muy nefasto.

—Sobre esto no puede haber la menor duda.

Y así, en torno al cadáver de Ernenek, desnudo y doblado en dos, en el centro de la habitación y debajo de un agujero practicado en el techo para que por él pudiera volar su alma, se reunieron todas las mujeres que se desordenaron vestidos y pelo, que se arañaron el rostro, se golpearon el pecho y alabaron superlativamente al muerto entre un alarido y otro, para congraciarse con su fantasma.

A la ceremonia asistió hasta uno de los hombres blancos.

Era un misionero que se había unido a la expedición para llevar la luz a aquellas remotas extensiones nórdicas, no iluminadas aún por la fe. Cuando se presentó en la habitación, todos enmudecieron. Era un hombre corpulento, de estatura mediana y con una gran melena rubia que en seguida le había valido el nombre de Kohartok, esto es, Pelo Descolorido. Su barba rojiza era fina y suave y los ojos, de un azul muy claro.

Se acercó al difunto y pronunció un sermón. Era evidente que se había tomado gran trabajo para aprender el idioma de los esquimales, porque lograba expresar con bastante facilidad sus pensamientos en la lengua de los hombres.

—Otro pecador va a su último lugar de reposo —comenzó a decir mirando en derredor en el círculo de los presentes—. Pero ¿encontrará verdaderamente reposo?

Lo dudo, puesto que se fue sin haberse reconciliado con su Creador. Ahora es demasiado tarde para ello. Ojalá esta muerte sirva de advertencia a aquéllos que todavía no se han sometido a Dios; ojalá sea una advertencia para todos, de que es menester hacer penitencia sin más demora, porque el Reino de los Cielos está cerca. Ya os lo he dicho desde el momento en que llegué, porque éste es el objeto de mi venida: esparcir entre vosotros la Buena Simiente. Oí decir que este hombre fue un gran cazador. Pero ¿de qué le valen ahora los muchos osos que mató? Por cierto que podrá pasarse sin sus pieles en el fuego eterno en el cual se está quemando. ¿No habría sido preferible dedicar menos tiempo a la caza y más a la oración e invocar de Dios el perdón de sus pecados? Su alma se encontraría ahora en el Reino de los Cielos en lugar de hallarse en el infierno, y podríamos enterrar su cuerpo en el cementerio cristiano, junto al cuerpo de Alinaluk, bajo una cruz, en lugar de sepultarlo en suelo pagano. Ahora sólo podemos rogar a Dios que tenga misericordia de su alma pecadora. Amén.

—¿Qué dijo? —preguntó Ivalú a su madre—. Tú comprendes lo que los hombres blancos quieren decir con sus palabras.

—Cállate ahora —susurró Asiak—. No tengo la menor idea de lo que haya querido decir, salvo que lo llamó un gran cazador. Cada tribu tiene sus propias costumbres y las de los hombres blancos son sumamente extrañas. Este debe de ser su modo de aplacar al fantasma.

Durante cinco vueltas de sol las mujeres desgredadas y descompuestas se desgañitaron para llorar al muerto, buscando cada vez nuevas expresiones de alabanza. El terror que les inspiraba el fantasma de Ernenek era tal que para demostrarle el dolor por la muerte del hombre, todos incluso los perros, se abstuvieron de comer, salvo a escondidas, durante ese período de tiempo.

Al sexto día, las mujeres cosieron el cadáver en un féretro de pieles nuevas y se celebraron los funerales.

Argo salió a través de un agujero que hizo en la pared de nieve de la casa y el cortejo fúnebre lo siguió por la brecha. Inmediatamente repararon la pared para que el alma de Ernenek, si todavía se hallaba en él, no pudiera encontrar el camino de regreso ni causarles los daños que las almas de los muertos suelen hacer. Luego cargaron el féretro en el trineo que guiaba Papik.

Detrás de Asiak e Ivalú iba Siorakidsok transportado en una alfombra por sus otros dos yernos.

Las mujeres del séquito lanzaron alaridos con voces ya roncas y los hombres castigaron a bastonazos a los perros para que también ellos dieran algunas señales de dolor.

El cortejo se detuvo en una colina desde la cual no se veía la aldea y los hombres comenzaron a cavar una fosa. El verano había derretido la primera capa de hielo hasta un pie de profundidad, de manera que la tierra, junto con la nieve caída recientemente, formaba un pie de fango; pero por debajo de la primera capa, el suelo

helado era inatacable, por lo que fue necesario construir un rectángulo de piedras dentro del cual depositaron el cadáver.

Papik estranguló al perro preferido de Ernenek y lo puso junto a él, con sus armas, el pedernal, la yesca de hongos secos y una lámpara con mucha mecha y grasa, pues en el interior de la sepultura haría mucho frío y estaría muy oscuro.

Luego Siorakidsok pronunció su oración fúnebre:

—Cuando hayáis cubierto la tumba de modo que no parezca una tumba, a fin de no asustar a los caminantes, tenéis también que borrar para siempre de vuestras conversaciones el nombre del muerto y su imagen de vuestra memoria.

El aire, agitado violentamente por el viento, hada que los oyentes captaran sólo algunos fragmentos de la elegía.

—Tuvisteis cinco días para derramar todas las lágrimas que pueden derramarse por un hombre y alabar todas las hazañas que un hombre sea capaz de cumplir. Ahora basta. Este hombre debería ser envidiado por la vida que llevó y no compadecido por su fin. Toda vida termina y, ¿qué importa que termine un poco antes o un poco después, puesto que de todos modos termina? Todo lo que termina es breve. ¿Y acaso será un mal el que la vida sea breve?

No, porque su brevedad es la que la hace preciosa. Y este hombre sacó de su vida cuanto podía sacar.

Ivalú escondió el rostro en la capucha de su madre. Los sollozos, los lamentos y los alaridos eran tales que hasta el oído más sordo podía oírlos; Siorakidsok estaba radiante: ¡Aquél era en verdad un funeral imponente, cumplido de modo perfecto!

—Este hombre vio crecer a sus hijos, cazó grandes osos, comió enormes cantidades de carne y, en general, de la mejor que existe. ¡Parece que hasta llegó a matar a un hombre blanco sin que lo castigaran! ¡Ojalá vuestros hijos lleguen a ser como él! Ahora no os olvidéis de borrar cuidadosamente vuestras huellas al volver, para que el fantasma no pueda seguirnos a la aldea y vengarse de nosotros por la rabia de sabernos aún vivos.

Todos los que habían participado en el entierro arrojaron sus guantes a la tumba, que recubrieron con piedras suficientemente grandes para que ningún lobo o ningún glotón pudieran moverlas. Luego el cortejo se deshizo y Siorakidsok se aseguró personalmente de que los que marchaban a retaguardia borrarán con cuidado todas las huellas.

Una vez en sus casas, todos se lavaron con orina para purificarse de cualquier mal con que la sombra del muerto hubiera podido contaminarlos; luego bebieron en la taza de Ernenek nieve disuelta y arrojaron al suelo algunas gotas para que también Ernenek pudiera beber; comieron carne y diseminaron por el suelo algunos trocitos, mientras decían:

—Come esta carne de nuestras provisiones y ayúdanos a obtener otra en la próxima estación. Pusieron después las habituales trampas fingidas alrededor de la aldea, para infundir al fantasma un solemne terror en el caso de que se atreviera a

volver.

—¿Por qué tú y tu hija se cubrieron la frente de hollín? —preguntó Siorakidsok cuando, al entrar en su casa, encontró a Asiak cosiendo, con las calzas de Ernenek puestas sobre la cabeza.

—Ya sé que según las reglas no se deben manejar instrumentos de filo o de punta durante varios días, para no herir al fantasma —repuso Asiak—, pero ocurre que los hombres que dejaron sus guantes en la tumba de Ernenek necesitan urgentemente guantes nuevos y se hallan a punto de partir; ennegrecerse la frente constituye una buena protección contra el tabú de coser.

Así decía mi madre, quien a su vez lo había aprendido de la suya.

—¡Ah, mujeres, mujeres! —exclamó Siorakidsok, con desprecio—. ¡Son todas igualmente estúpidas y supersticiosas! Haces bien en ponerte sobre la cabeza las calzas de tu marido para apaciguarlo, pero la única protección eficaz contra la prohibición de coser consiste en trazar en el suelo un círculo con la aguja y coser permaneciendo dentro de esa zona de seguridad.

—¡Es increíble lo que sabes! —exclamó Asiak apresurándose en poner por obra el consejo.

Mientras tanto, la capa de hielo que desde algún tiempo atrás ceñía el litoral, había perdido su color grisáceo y se había hecho enteramente blanca, y luego, bastante sólida para soportar el peso de hombres y trineos; y cada vez tendía a ampliarse más hacia el mar, pues la congelación se extendía rápidamente como consecuencia de la desaparición del sol y también porque contribuían a ella los hielos flotantes que, proviniendo del norte, se soldaban bajo la presión del empuje.

Papik se disponía a partir con la expedición.

—Alguien volverá con un fusil y cuchillos de acero, y aprenderá las costumbres del hombre blanco —dijo a su madre, deshecha en lágrimas. Entonces podré procurarte fácilmente toda la carne y las pieles que necesites.

—Una mujer vieja no querría que partieras. Pero si no puedes menos que irte no has de preocuparte por una madre inútil, sino que debes pensar en Ivalú y hacer que a tu regreso ella se convierta en una buena mujer de un hombre valiente.

Al oír estas palabras, Milak, que estaba detrás de Papik, se adelantó.

—No es necesario esperar tanto. Alguien tiene urgente necesidad de una mujer que le raspe los trajes durante un viaje que está a punto de emprender, y es posible que se la lleve con él.

—Es posible —repuso Asiak—, pero no probable.

—¿Por qué?

—Ocurre que Ivalú es la muy estúpida hija de una muy estúpida madre, de manera que aún no sabe raspar las pieles como se debe, ni tampoco coser bien. Es todavía demasiado niña para convertirse en la mujer digna de un hombre valeroso.

—A cambio de tu hija se te dará una lámpara de poco valor, algunas cintas de colores recibidas de los hombres blancos, y un poco de carne ordinaria.

—Una estúpida vieja ya posee una lámpara de poco valor, no es digna de adornarse con cintas de colores y no tiene mucha hambre. No, no, Milak, guárdate tus riquezas y una vieja guardará a su inútil hija.

A todo esto, Milak se comía con los ojos a Ivalú.

—Pero, si un hombre volviera de un viaje, como es posible que ocurra, ¿se le permitirá hablar a solas con ella, cosa que hasta ahora no ha hecho? ¿Y aun reír con ella?

—Es probable —dijo Asiak, y Milak se retiró farfullando.

—Cuando vuelva con un fusil —dijo Papik a su madre— es posible que también yo tome mujer. En estos días vi a una muchacha conveniente, pero ella me rehúye cuando intento hablarle. Una vez hasta me dio un bofetón porque la toqué.

—Ése es un signo de buena educación. ¿Cómo se llama?

—Viví.

En el ínterin, los hombres blancos tascaban el freno, pero tantas veces los esquimales tuvieron que descargar los trineos y volver a hacer los fardos al recordar algo que habían olvidado, tantas veces tornaron a sus casas para beber otra taza de té o para reír una última vez con las mujeres que se quedaban en la aldea, tantos tirantes y correas y cinchas tuvieron que repararse a último momento o se rompieron en el instante de partir que, antes de que la expedición se hubiera puesto por fin en marcha, el techo del mundo se había oscurecido sensiblemente.

Sin tener en cuenta las costumbres, Asiak e Ivalú acompañaron la expedición por un trecho del camino, junto con algunos niños que no conocían aún las buenas maneras. El cielo estaba cargado de nubes y un viento helado barría el litoral.

Treinta y cinco indígenas con otros tantos trineos, doce mujeres y cinco exploradores blancos viajaban sobre la costra de hielo. Iba a la cabeza de la expedición Papik, cuyos perros estaban flacos y fuertes como consecuencia del reciente viaje realizado, en tanto que los de la aldea estaban aun gordos y pesados.

—¿Por qué no me dejaste ir con Milak? —preguntó Ivalú enojada, procurando mantener el paso veloz de su madre.

—Porque no quiero que viajes con hombres blancos. Son locos peligrosos. Papik es ya demasiado fuerte para que yo pueda prohibirle algo, pero tú, no.

—¡Ahora ya no encontraré marido! —exclamó Ivalú rompiendo a llorar—. Milak fue el único muchacho que me pidió para mujer suya.

—Milak fue el único muchacho que te vio. No temas, pequeña; eres graciosa, y a los hombres les gustan las mujeres graciosas más que ninguna otra; apenas seas suficientemente fuerte para poder llevar una buena carga a las espaldas encontrarás fácilmente un par de maridos y aún más.

—¿Estás segura?

—Completamente segura. Piensa que una niña pequeña tiene tan poco valor que en general se la hace morir; pero precisamente por esta razón tiene mucho valor apenas se hace grande. Sólo cuando llega a mi edad una mujer vuelve a no valer

nada.

Cuando los trineos desaparecieron en medio de la bruma, Asiak e Ivalú volvieron a la casa de Siorakidsok, donde encontraron a Torngek y a Neghé preparando el té antes de acostarse. Neghé estaba tranquila, pero Torngek lloraba. Argo, el marido de Neghé, no sufriría sin duda por falta de mujeres durante el viaje, puesto que todos los hombres que habían llevado consigo a sus esposas, se sentirían orgullosos de prestárselas, de manera que Neghé no tenía que preocuparse por el bienestar de su marido. En cambio su gorda y vieja hermana Torngek pensaba que sus dos maridos, siempre escarnecidos y maltratados por todos, la necesitarían; ella había querido acompañarlos, pero Siorakidsok apreciaba tanto su compañía, porque Torngek era dulce y bonachona, que no le había permitido partir.

—Una inútil vieja y su estúpida hija van a construirse un iglú —anunció Asiak al entrar.

—Nadie puede censurarte porque quieras abandonar la compañía de un viejo inválido y de sus ridículas nietas —dijo Siorakidsok cuando por fin hubo comprendido lo que Asiak dijera— pero sin hombres esta casa y toda la aldea estarán inusitadamente tranquilas. Y como ocurre que el verano pasado muchísimas vacas marinas cayeron heridas por las flechas de Argo, y que también la pesca fue excelente, ahora los depósitos de víveres están colmados y tú harías un gran honor a esta aldea si te dignaras aceptar su hospitalidad y alegrar la casa de un viejo curandero con tu graciosa presencia.

Asiak escuchó gravemente las palabras de Siorakidsok y respondió como convenía:

—Es en verdad un gran honor el que nos haces, pero, ¿no es un pecado comer tu comida y que dos inútiles mujeres aprovechen esta hermosísima casa? No, nos construiremos un iglú.

—Alguien se sentirá feliz y halagado si aceptas su flaca hospitalidad —repuso Siorakidsok, y ordenó a sus nietas que le llevaran el té.

Una vez que todos bebieron el té, se envolvieron en las pieles y se echaron a dormir.

Pero Asiak no tardó en despertarse.

—Pequeña —dijo sacudiendo a su hija—. Una madre sabe que tienes necesidad de ser guiada durante otro trecho del camino y que no debería abandonarte en este punto. Pero está vieja y es inútil de manera que nadie puede complacerse en cuidar de ella.

—¿Qué quieres decir, mamá? —preguntó Ivalú levantando la mirada velada por el sueño.

—Para una mujer que durante toda su vida tuvo el privilegio de conceder favores a los demás, no es digno aceptar la hospitalidad de los extraños.

Ivalú tenía aún la cabeza nublada por el sueño.

—¿Qué pretendes hacer?

—Irme, pequeña; pero no pienses que alguien te ama menos porque te deja. Aquí tú estás bien; estás protegida y alimentada, es un lugar seguro y lujoso.

Ivalú se despertaba lentamente.

—¿Adonde quieres ir? —le preguntó echándole los brazos al cuello y rompiendo a llorar—, ¿no me abandonarás tú también, no es así?

—Silencio, pequeña, que despertarás a los otros. Vuelve a dormirte. Pareces muy cansada.

Una mujer desea reunirse con su marido, en aquella tierra donde vuelven a encontrarse todos los hombres y allí te esperará.

Ivalú quería decir algo más, pero el cansancio le pesaba tanto sobre los párpados que dejó que su madre la envolviera en las pieles.

Asiak la olfateó por un breve instante y luego se deslizó silenciosamente fuera de la casa.

El tiempo se había puesto hermoso y el cielo presentaba un color vespertino pálido y puro.

Una mujer saludó a Asiak cuando ésta se dirigía hacia el mar. Asiak respondió con una sonrisa ausente. Los restos de morsas, de narvales y de una ballena blanca se hallaban diseminados sobre la playa, junto a dos grandes umiak cuidadosamente protegidos por pieles.

Asiak se adentró en la capa helada, en dirección al agua.

Por un momento contempló interesada a dos muchachitos que jugaban con sus frágiles kayak de pieles de foca, en los arroyuelos de agua que quedaban entre los bloques de hielo flotantes; estaban enfundados en chaquetas impermeables hechas de intestinos que, apretadamente atadas en las muñecas y cerradas herméticamente alrededor de la abertura de la embarcación, los convertía en una parte de la pequeña canoa, lo cual les permitía volcarla y volver a emerger sin que en la embarcación entrara agua. Para mostrar sus habilidades frente a Asiak, los muchachos realizaban rápidas cabriolas, se zambullían en el mar y, haciendo dar una vuelta completa a sus hayak, mediante el desplazamiento del peso de sus cuerpos, volvían a emerger luego, ligeros, mientras el agua les goteaba de los rostros untados y jubilosos.

Asiak sonrió al pensar en Ernenek, que muchos años atrás había querido probar un kayak; pero, habiendo despreciado los consejos de los expertos, después de la segunda cabriola la embarcación, y aun el propio Ernenek, contenían más agua que aire. Mas el motivo fundamental del accidente consistía en que entre los ochenta amuletos que Ernenek llevaba, faltaba la pata de un somorgujo, el único amuleto capaz de asegurar la habilidad necesaria para manejar un kayak.

Asiak siguió con la mirada a los muchachos, hasta que los perdió de vista; luego avanzó hacia el borde de la capa helada, donde el hielo era gris. De pronto tuvo la sensación de que estaba flotando. En efecto, bajo su peso, se había desprendido un bloque de hielo que se hallaba a la deriva en la corriente. Se dio cuenta de ello sin necesidad de volverse, ya que el bloque de hielo giraba y, al cabo de un rato, Asiak se

encontró con la cara vuelta hacia la aldea, y separada de la tierra firme por un canal que se iba haciendo rápidamente cada vez más ancho.

Se oprimió la chaqueta sobre el pecho como si tuviera frío. Pero no sentía miedo. Creía implícitamente, como todos los de su raza, en la inmortalidad del alma, y tenía la seguridad de que la muerte no podía ser más dura que la vida, persuadida como estaba de que ya había encontrado en sus trabajos cotidianos y en sus desgracias terrenales amplio castigo por cualquier pecado que hubiera podido cometer.

Dos mujeres la vieron andar a la deriva en el mar.

—Asiak corre a su muerte —dijo una a la otra.

—¿Querrá ahogarse o sencillamente se tratará de una desgracia?

—Quién sabe.

Permanecieron contemplándola, pero se guardaron bien de socorrerla, pues sabían que la divinidad del mar tenía derecho a un cierto número de víctimas y que, si se la defraudaba, se vengaría en ellas, que se inmiscuían en aquel asunto, y en toda la comunidad.

Asiak miró el agua que la rodeaba y se preguntó qué sensación experimentaría si se arrojara a ella. Su cuerpo nunca había estado en contacto con el agua. La superficie reflejaba el cielo con tonalidades grises y azuladas, y Asiak descubrió en el fondo gruesos peces que nadaban y se escabullían, que se escabullían y nadaban.

¡El agua tibia y buena! ¡Los buenos y gordos peces!

Un cachorro de los perros de trineo dejado por Papik, la había seguido sin que ella lo advirtiera. Con la cola enrollada y la frente fruncida por encima de los ojillos oblicuos observaba alternativamente a su ama y al agua desconocida, moviendo con pequeños intervalos la lanuda cabeza.

Asiak se dio cuenta de su presencia sólo después de haber saltado al agua, al salir a la superficie, respirando entrecortadamente. Sus ropas se estaban haciendo pesadas como la roca, las orejas y las narices estaban llenas de agua, y el sabor áspero de la sal le hería la garganta. El perrito la había seguido al mar y ahora nadaba desesperadamente, mientras arañaba el rostro de Asiak con sus uñas jóvenes aún no desgastadas.

En un momento, Asiak se aferró a él instintivamente. Luego abandonó la presa, alejándola de sí, y en un gorgoteo, dijo:

—Vete, vete.

LA SIMIENTE

Kohartok, el misionero blanco, poseía una campana que hacía sonar con todas sus fuerzas cuando su libro le indicaba que era domingo.

Era él la única persona que había quedado en tierra firme una vez que el hielo y la noche invadieron la rada. En efecto, la tierra se había hecho tan fría que se habrían necesitado ingentes cantidades de aceite para calentar las casas de piedra. De modo que la comunidad se había mudado a la costra del mar, donde construyó una serie de iglús cerca de la playa y de la barraca de madera que ocupaba el hombre blanco.

Apenas partieron sus compañeros, Kohartok clavó sobre su puerta un cartel con la palabra «Misión», aunque él era el único que sabía leer. Además de muchas provisiones, demasiado pesadas para llevárselas en los trineos, los exploradores le habían dejado también algunas cajas llenas de instrumentos y de libros en los que habían anotado sus observaciones. Los exploradores no volverían a aquella aldea, sino que seguirían camino directamente hacia el país del sol, después de atravesar el gran casquete ártico detrás del cual se hallaban otros hombres blancos y barcos humeantes que los llevarían a sus países.

De manera que los guías esquimales volverían solos.

Kohartok disponía además de muchas provisiones que le habían donado gente blanca de buena voluntad y que le ayudaban a esparcir la Buena Semilla entre los salvajes. Mientras compartió la barraca con los exploradores, había contenido su celo de misionero y se había contentado con celebrar sólo las ceremonias dominicales y a convocar a la gente a un número reducido de reuniones; pero una vez que partieron los blancos, se dio con cuerpo y alma a su actividad redentora. En reuniones diarias, a las que convocaba a toda la aldea, leía en voz alta una versión simplificada de las Sagradas Escrituras, preparada por la Misión que lo había enviado, y luego exhibía las ilustraciones en colores que acompañaban el texto.

Consciente de que para cristianizar a sus discípulos se necesitaba ante todo convencerlos de que eran pecadores, empleó buena parte del invierno y toda su habilidad de persuasión para hacer que se dieran cuenta de la maldad de la naturaleza humana, cosa que parecían ignorar por completo. Insistió en la necesidad de que se salvaran, hasta que los discípulos comenzaron a sospechar que estaban perdidos. Pero, recordando que un buen predicador debe dar fruto y no flores, Kohartok daba fin a las reuniones distribuyendo té azucarado y dulces envasados.

Naterk, una mujer a la que normalmente deberían haber abandonado ya a los hielos, le ayudaba a cumplir los deberes de la hospitalidad y le gobernaba la casa.

Teniendo provisiones suficientes para pasar el invierno sin preocupaciones y privadas de toda ocasión de chisme por la ausencia de los hombres, las mujeres estaban ansiosas de cualquier diversión, de manera que a las reuniones de Kohartok, interesantes además de fructuosas, nunca faltaba nadie.

Entre el misionero y el curandero se había establecido un tácito acuerdo:

Siorakidsok podía continuar curando a los enfermos a su modo e influyendo en los cambios del tiempo y en la caza, siempre que no trabara la actividad de Kohartok. El decrepito curandero hasta se había empeñado en recomendar a todos la nueva doctrina, con la condición de que Kohartok advirtiese a la grey que ayudar a los viejos, en lugar de abandonarlos al hielo, era cosa grata a Dios, especialmente cuando se trataba de curanderos venidos a menos: condición que el misionero no tuvo dificultad en aceptar, con lo cual convenció a Siorakidsok de que la religión cristiana era un doctrina verdaderamente noble y elevada.

El viejo, glotón impenitente, siempre era el primero en acudir al llamado e iba a la Misión transportado por sus nietas; cuando terminaba la conferencia, se hacía despertar y, después de haber juntado las últimas migajas y limpiado la azucarera, se ponía a conversar con Kohartok sobre temas más o menos profundos.

En muchas comunidades indígenas, misioneros demasiado celosos de sus deberes habían chocado con el curandero local; pero Kohartok era suave como la luna y Siorakidsok, suficientemente sabio para dejar en paz a quien lo dejaba vivir. A ninguno de los dos le importaba si una herida se trataba con tintura de yodo o con estiércol de conejo, ya que ambos métodos resultaban igualmente eficaces y puesto que, frente a casos más graves, los dos hombres eran igualmente impotentes. De esta suerte, la blanca navecilla de la doctrina cristiana avanzaba con las velas hinchadas, por la pequeña rada.

Por lo menos al comienzo.

Una mujer había dejado aturdido a un glotón hembra, mediante una afortunada pedrada; le había atado hocico y patas y había llamado a sus compañeras y a los niños para que le ayudaran a celebrar la fiesta. Entre todos habían extirpado una de las uñas del animal, arrancado la lengua y traspasado la vejiga con agujas de coser; luego le habían extraído las crías del vientre grávido y se habían divertido con ellas, olvidando a la madre.

Kohartok, que había acudido al oír el alboroto, se encolerizó muchísimo.

Pero eso no fue nada comparado con la ira de que fue presa cuando se enteró de que una madre de cuatro hijos había llevado al cementerio a su hija recién nacida y la había abandonado allí desnuda, después de haberle llenado la boca con nieve, para que muriera más pronto.

El cometido de Kohartok no era fácil. Mientras el vocabulario esquimal disponía de muchos términos para designar al diablo, no poseía siquiera uno que designara a Dios; por eso la Misión se vio obligada a inventar uno, que aproximadamente significaba Espíritu Supremo, y Kohartok sudaba tinta para explicar el sentido de esta expresión. Al asegurar, por una parte, la existencia de atroces tormentos en el infierno, y por otra, de grandes recompensas en el paraíso, los misioneros no habían encontrado nunca grandes dificultades para convertir a los esquimales, dulces y tolerantes por naturaleza, y respetuosos de los extranjeros. Pero tradiciones y creencias inveteradas no podían extirparse de un día para el otro, ni siquiera donde el

día dura varios meses; de manera que a menudo las normas de la nueva doctrina tenían que compartir el campo con las viejas costumbres.

Por eso los indígenas se maravillaban de que Kohartok no odiara tanto como ellos al deletéreo glotón, que no tolerara que se limitara el número de habitantes mediante la muerte de los viejos y de los recién nacidos, medida tendiente a adecuar la población a la capacidad de abastecimiento de la zona, que no soportara la desnudez, aun cuando hiciera mucho calor, y que condenara la glotonería cuando abundaba la carne.

Pero lo que más alarma causó fue su actitud respecto de las cuestiones sexuales.

Al terminar la reunión inicial que se había celebrado poco tiempo después de la llegada de Kohartok a la aldea, una delegación de maridos, agradecidos por las golosinas, lo había invitado a reír con la mujer que él escogiera. Era seguro que un hombre que había realizado un largo viaje sin gozar de la compañía de mujeres tendría que estar dispuesto, de buena gana, a reír un par de veces con una mujer. Pero parecía que, en el caso de que estuviera dispuesto a reír, Kohartok reía solo porque rechazó desdeñoso la proposición, y despidió a la delegación amenazadoramente. Kohartok aprovechó aquel incidente para iniciar una violenta campaña contra el adulterio, el cambio de esposas, el amor libre y cualquier otra forma de pecado a que se entregaban los indígenas.

Hasta aquel día, los esquimales habían considerado pecado dar muerte a un caribú blanco, que las mujeres cazaran focas y ballenas, que cosieran fuera de la estación, que se mezclaran los productos del mar con los productos de la tierra, y muchas otras acciones, ninguna de las cuales, empero, se refería a la actividad sexual; el nuevo tabú que el hombre blanco procuraba introducir amenazaba pues revolucionar las costumbres de los indígenas y los dejaba perplejos.

El blanco favorito del desdén del misionero era Torngek, quien aun cuando se enteró de que la bigamia era un delito, se negó a prometer que una vez que volvieran sus maridos rechazaría a uno de ellos y se casaría regularmente con el otro; sino que insistía en decir que se había encariñado con ambos y que ambos tenían necesidad de ella. Por eso no fue considerada digna del bautismo. En cambio, a su hermana Neghé le agradaba la idea de la monogamia, pues le garantizaba la exclusividad de las atenciones de Argo, aun cuando las otras mujeres de la aldea consideraban su actitud sumamente egoísta y destinada a causar disturbios.

Kohartok, hombre concienzudo, era muy cauto en sus conversiones, pues sabía que entre los pueblos primitivos muchas personas abrazaban una nueva fe sólo porque está de moda o por mostrarse corteses con el visitante extranjero, y en ocasiones, en comunidades de mayor progreso, porque esperan que una vez convertidas obtendrán un tratamiento favorable en el puesto de intercambio, lo cual, en efecto, ocurre a menudo.

El único bautismo que impartió Kohartok antes de la partida de la expedición era el de Alinaluk, una vieja moribunda. Había muerto de gangrena, a pesar de los

exorcismos de Siorakidsok y de las repetidas aplicaciones de tintura de yodo y de estiércol de conejo. En invierno, la primera que bautizó fue Viví, la muchacha de quien se había enamorado Papik, y luego a su madre Krulí, y poco a poco a todas las otras mujeres y niños; bautizó también a la vieja Naterk, su ama de llaves, de la cual se sentía seguro sólo por el hecho de que, gracias a su edad, la mujer se encontraba ya fuera de la órbita de los pecados más graves.

También Siorakidsok se declaró dispuesto a convertirse, por espíritu de amistad. Esta razón no pareció suficiente a Kohartok, de manera que el curandero vino a enterarse, con cierto alivio, que se le negaba el bautismo.

Mas los niños podían bautizarse sin escrúpulos, de suerte que cuando, en las tinieblas del invierno, Neghé echó al mundo una niña, ésta fue la primera recién nacida cristiana de la comunidad. En lo tocante a elegir nombre, se siguió la costumbre indígena de imponerle el de una persona difunta. Puesto que el nombre de Asiak se le había dado ya a un gracioso perro de trineo, la niña de Neghé recibió el de Ernenek, que todavía se hallaba buscando un cuerpo en el cual refugiarse. Ivalú se sintió feliz porque el nombre de su padre había cesado por fin de vagar solitario en la oscura noche.

Hubo otros nacimientos. Antes de partir, los hombres habían plantado su simiente en la buena tierra de las mujeres, y ahora la semilla germinaba, crecía, daba frutos. Torngek, la última mujer embarazada que quedaba, dio a luz una pareja de gemelos, de lo cual rió toda la aldea, afirmando que había parido gemelos porque tenía dos maridos. Kohartok dio muestras de que no le agradaba este género de humorismo, pero luego, cuando le tocó bautizar a las criaturas, estaba radiante porque había arrebatado dos almas al fuego eterno.

Por un buen tiempo, ya no habría que bautizar a ningún recién nacido, pues todas las mujeres habían dado a luz.

Entre las mujeres de caras anchas y campechanas, de gruesos labios y de ojos almendrados que se alineaban en los bancos de madera y acogían la Buena Nueva, había una que resaltaba de modo particular; era una joven de rostro atento y embelesado, que se sentaba con las piernas separadas, enfundadas en grandes botas de piel de foca que le llegaban hasta la ingle.

Kohartok había reparado en ella cuando la joven jugaba con los niños, llevaba nieve potable a las casas o cosía y raspaba las pieles. Junto a Viví, alta y ágil, con la que se mostraba a menudo acompañada, la muchacha parecía tosca y torpe en sus rústicas ropas de oso que llevaba en lugar de los vestidos hechos con pieles de zorros de distintos colores, elegidas y cosidas con arte, adornos de conchillas y de piel de armiño, que las otras mujeres usaban; sin embargo, era derecha y agraciada, pues la maternidad todavía no le había deformado las caderas. Y mientras las otras mujeres llevaban la cabellera partida en el centro y recogida en dos bandas lisas que les caían sobre el pecho en un par de largas trenzas, ella se la recogía, a manera de torre, atada con un gran nudo en lo alto de la cabeza y asegurada con espinas de pescado, según

la usanza de los esquimales polares. El negro violáceo de la cabellera y el castaño casi negro de sus ojos hacían aparecer más deslumbrante el marfil viejo de la piel y el marfil nuevo de los dientes.

Debería haber sonreído con mayor frecuencia.

Una vez, después que los otros se hubieron marchado, el misionero se sentó en el banco junto a la muchacha y le tomó una mano. Al contacto, los ojos de la joven se dilataron. Nunca había visto manos así: anchas, débiles y suaves como las de un recién nacido, manos que evidentemente nunca habían empuñado una lanza ni manejado un látigo.

—¿Cómo te llamas, hija mía? —le preguntó afectuosamente Kohartok.

—Ivalú.

—Es un hermoso nombre; es el nombre de la primera mujer que Dios creó de la costilla del primer hombre.

—Sí, y una muchacha se conmovió hondamente cuando lo supo.

—¿Seguiste todas las lecciones tan atentamente como la primera, hija mía?

—Sí.

—Entonces te darás cuenta de que tu hermosa alma continuará viviendo eternamente en un mundo mejor que éste, una vez que tu miserable cuerpo haya muerto, ¿no es así?

—Por cierto; es ésta una de las pocas cosas que ya sabía de pequeña.

—¿Y estás dispuesta a salvarte?

—¿Salvarme de quién? Nadie intenta hacerme daño. Todos son buenos conmigo.

—Salvarte de ti misma. Es en tu interior donde anida el verdadero peligro.

—¿Qué quieres decir, Kohartok? Mi estupidez no tiene límites.

—Dios ama a los simples, Ivalú. Recuerda: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; y bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios.

—¿Y crees que lo veré alguna vez?

—Ciertamente, Ivalú, si confías a Él tu alma. ¿Estás dispuesta a confiársela?

—¿Es que nuestras almas no están todas en su mano?

—Por cierto que lo están. Pero, ¿estás pronta a dejarlo entrar en tu corazón?

—¿Acaso Él no tiene acceso a todas partes?

—En suma: ¿Estás dispuesta o no? —exclamó Kohartok con un ademán de impaciencia.

Ivalú se puso intensamente roja y bajó los ojos.

—¿Por qué? ¿Acaso habíamos reñido?

Kohartok, hombre de fe profunda, sabía reconocerla en los demás y por eso veía, sin abrigar la menor duda, que Ivalú no era la única que aceptaba la fe sinceramente. Tal vez sólo fuera aquella vida inusitada, sin hombres, lo que hacía que las mujeres se mostraran particularmente dispuestas a recibir la Buena Semilla. Pero, cualquiera fuera la razón, lo cierto era que la Buena Semilla producía sus frutos.

Todos adoraban al predicador. Era un hombre de gran bondad. Cuando la vieja Naterk se enfermó con fuertes dolores de estómago, el misionero se ocupó de ella mucho más de lo que la vieja podría ocuparse de él y lo hizo con buen corazón; sólo vacilaba un poco frente a los piojos que infestaban los escasos cabellos y los vestidos casi pelados de la enferma, mientras se preguntaba quien podría sustituirla en los quehaceres domésticos.

Fue a aconsejarse con Siorakidsok.

Siorakidsok le dio dos sugerencias. Ante todo, le hizo notar que, mientras que era justo proveer a las necesidades de un hombre sabio y anciano, tratar del mismo modo a una mujer cualquiera, vieja y decrepita, era exagerar las cosas, por lo cual aconsejaba dejar a Naterk expuesta a la bruma, para que cayera en el sueño final, y así se pondría fin a sus sufrimientos y se economizarían las provisiones; además le aconsejó confiar las tareas domésticas de la Misión a Ivalú, muchacha fuerte y voluntariosa, que probablemente sería capaz de trabajar tres veces más que Naterk.

Kohartok rechazó la primera proposición con la misma prontitud con que aceptó la segunda.

Ivalú se sintió feliz. No sólo era un honor servir al hombre blanco, sino que además la idea de poder ayudarlo en su actividad de misionero la conmovía profundamente. Por otra parte, las nuevas tareas le aseguraban cierta autoridad en la aldea: guardar las llaves de la despensa de la Misión era el sueño de todos.

De todos, menos de Ivalú, que todavía no se había hecho golosa.

Viendo que el estado de Naterk empeoraba, Kohartok preguntó a Siorakidsok:

—¿Por qué no intentas aliviar los sufrimientos de la pobre vieja?

—No soy más que un curandero impotente. Pero una persona sabia como tú debería saber expulsar a los espíritus inmundos de su panza.

—Tal vez sea capaz de expulsar al diablo de su alma, pero no los dolores de su cuerpo; mas sé que a veces los procedimientos que ustedes practican contra las enfermedades son muy eficaces.

Siorakidsok se hizo rogar largamente antes de declarar:

—¿Recuerdas lo que ocurrió en el caso de Ernenek? A un curandero no se le dio tiempo para hacer un viaje a la luna y luego vino a saberse, demasiado tarde, que en el enfermo había aún otros espíritus malignos. Esta vez un curandero ignorante quiere primero consultar al Espíritu de la Luna, para saber exactamente a qué cura conviene someter a Naterk.

—Haz lo que te parezca, pero procura ayudarla.

Entonces Siorakidsok pidió que lo llevaran a un lugar que había entre los cerros, para iniciar desde allí uno de los misteriosos viajes que los curanderos emprenden en casos de emergencia, hacia el País de la Luna. Pero, puesto que el Espíritu de la Luna tiene una naturaleza sumamente irascible y puesto que no le gusta conceder audiencias, no podía partir sin llevar consigo varias ofrendas de escogidas comidas, para congraciarse con el Espíritu.

En un alejado lugar situado entre los cerros, los miembros de la comunidad le construyeron un minúsculo iglú, provisto de suaves pieles —un iglú bien confortable, pues era el punto de partida para un viaje a la luna— y luego transportaron hasta allí a Siorakidsok, junto con numerosos recipientes de golosinas, entre las cuales había gran cantidad de piel de ballena hervida, de narval y una deliciosa mezcla de salmón masticado, sesos de morsa, intestinos crudos de pescado y aceite de foca. A nadie le estaba permitido acercarse a aquel iglú mientras Siorakidsok estuviera en viaje, so pena de muerte inmediata y horrible.

Tres sueños después, toda la aldea fue a buscar a su curandero. Lo encontraron dormido, visiblemente exhausto a causa del azaroso viaje y rodeado de recipientes vacíos, lo cual era un buen signo: el Espíritu de la Luna debía de haber aceptado las ofrendas.

Siorakidsok dijo que era menester dejar calva la cabeza de Naterk, porque el Espíritu de la Luna le había comunicado que los agentes responsables del mal se albergaban en los pelos de la vieja. Entonces sacaron a la mujer al aire libre, le derramaron en la cabeza agua y, cuando ésta se congeló, un golpe seco separó el bloque de hielo de la cabeza, que quedó perfectamente calva.

Luego volvieron a llevar a Naterk a la Misión.

Como a pesar de todo esto, no daba signos de mejoría, Siorakidsok le punzó el vientre para facilitar la fuga de los dolores; luego mató una nidada de topos y extendió la piel caliente de los animales sobre la herida.

Naterk fue la segunda persona de la aldea sepultada en el cementerio cristiano poco tiempo después, con una solemne ceremonia y una edificante elegía.

Ivalú cumplía tan bien sus tareas domésticas que el misionero se preguntaba cómo había podido pasarse hasta entonces sin ella.

Pero Ivalú sufría mucho el calor en aquella casa de madera calentada con carbón, sobre todo durante las horas de reposo, pues cuando trabajaba estaba demasiado absorta para darse cuenta de nada. Dormía en un catre de la habitación que había pertenecido a Naterk y que a Ivalú le parecía un cuarto lujosísimo. No era más que un oscuro cuartucho, separado, mediante una pared divisoria, de la habitación principal, en la cual el misionero dormía junto a la estufa.

Aquel hombre detestaba el frío como al demonio. Nunca permitía que se abrieran las ventanas y cuando, antes de lavarse, ponía la palangana sobre el fuego para derretir el hielo, Ivalú lo veía sacudido por estremecimientos de frío.

La bondad del hombre se hacía cada vez más evidente. Los exploradores le habían dejado algunas botellas de agua de fuego, que él conservaba celosamente para eventuales momentos de malestar, de suerte que cuando veía que Ivalú lloraba, porque se sentía triste y sola, le ofrecía algunas gotas de aquella agua mezclada con un poco de nieve, después de haber bebido también él un trago, para demostrar que no hacía daño.

Lo mismo que su padre, Ivalú sabía adormecerse hallándose semihelada, pero no

logró acostumbrarse a conciliar el sueño cuando sentía excesivo calor. Por eso cuando se iba a dormir, se quitaba toda la ropa, cosa que no hizo sin haber preguntado antes a Kohartok si desnudarse era pecado. Algún tanto perplejo, el misionero le había respondido que no lo era cuando uno estaba solo, y únicamente era ilícito andar por la casa desnudo a plena luz.

Extendida en su cuchitril cálido y oscuro, Ivalú experimentaba por primera vez con las manos el contacto de su propia carne.

Sus palmas menudas y duras, adentrándose cautas en el territorio inexplorado que era su cuerpo, se sorprendían por la tersura de la superficie. Descendiendo desde las nórdicas regiones de colinas suavemente onduladas, formadas por sus robustos hombros, las manos subían la ardua cuesta de los firmes senos y se detenían en su cima; desde allí dominaban todo surco, altura y saliente del terreno. Luego, bajaban por la estrecha garganta de la concavidad de los senos y recorrían la fresca y maciza llanura del estómago, y la depresión inflamada del vientre, suave como el musgo joven. Y desde allí continuaban dirigiéndose hacia el sur, hacia las regiones tropicales y hacia la mancha de selva virgen —tierra de nadie— que crecía en las faldas del volcán. Aquí las audaces exploradoras se separaban y cada una se aventuraba por su cuenta, por las regiones de los muslos, poderosos y aterciopelados por suave hierba. Se detenían en las rodillas frías y lejanas, y volvían hacia atrás, a lo largo de la parte interior de los muslos, donde la piel era más lisa y suave, impacientes por volver a encontrarse donde se habían separado, para detenerse en las márgenes del cráter, atraídas por su cálido misterio, ignorantes de la lava que albergaba dentro.

A veces, después de haber explorado su cuerpo, Ivalú proyectaba el pensamiento hacia el futuro; pero, como no conseguía penetrar las nieblas que lo escondían, recurría al pasado, que en su mente se mostraba claro, alegre, lleno de movimiento y ya embellecido por el tiempo. Le parecía tan hermoso que le llenaba el corazón de tristeza y los ojos de lágrimas. ¡Con cuánta nostalgia pensaba en la sangrienta pista del oso, en las silenciosas esperas junto a los agujeros de pesca, en las carreras desenfrenadas sobre el gran mar helado, en la presurosa construcción de reparos en medio de los alaridos del viento polar...! ¡Cuánto habría dado por poder sentir una sola vez más los olores familiares del iglú de su infancia, volver a ver la lucecilla color de ámbar en las paredes circulares, oír cómo Asiak raspaba las pieles y hacía agujas, y escuchar su voz tranquila, los ronquidos de Ernekek y sus estrepitosas carcajadas!

Para consolarse del paraíso perdido, comenzó a volver sus pensamientos hacia el paraíso futuro y habló a Dios. Y mientras le hablaba, tenía la impresión de que Él la escuchaba con mucha atención; pero no estaba segura de ello. Kohartk, cuya respiración le llegaba profunda y regular, de la habitación contigua, prueba de que no lo asaltaban dudas parecidas, le había dicho que la única culpable era ella misma.

—¿Es posible que Él quiera manifestarse a una estúpida muchacha? —le preguntó una vez Ivalú.

—Desde luego, si tienes fe. Bien sabes que Dios tiene predilección por los pobres de espíritu, pero debes orar y creer. ¿O has olvidado que el Buen Libro dice: Todo lo que pidáis con fe en la oración lo obtendréis...?

—Pero, ¿cómo reconoceré su venida?

—No temas, que te darás cuenta de ella. Si no estás segura, quiere decir que no ha venido.

Era pues obvio que no se le había presentado a ella, e Ivalú estaba preocupada. Este pensamiento le impedía dormir, y ella aprovechaba el insomnio para orar con toda el alma y para pedir que Él le diera algún signo de su amor. Aunque sólo fuera en el sueño. O tocándole una mano. Una sola vez le bastaría.

Ivalú se lo imaginaba en forma humana, puesto que Él había hecho al hombre a su imagen y semejanza; sin embargo, tenía suficiente sentido para comprender que no podía estar a disposición inmediata de cualquier estúpida muchacha que quisiera verlo, sino que evidentemente debía estar ocupado con pecadores mucho más importantes que ella. Se armó pues de paciencia y, rezando, esperaba que Él encontrara un poco de tiempo para visitarla.

A veces le parecía oír una voz en medio de la tempestad, percibir un dedo en la corriente de aire que acariciaba su desnudez en las tinieblas; pero estos signos no eran suficientemente claros, razón por la cual concluía que Él todavía no se había presentado.

Y tenía razón.

Porque cuando Él, por fin, la visitó, no dejó lugar a la menor duda.

EL FRUTO

Torngkek, que siempre fue considerada una experta en la materia a causa de su reprehensible estado de bigamia, pronunció el diagnóstico definitivo. La condición de Ivalú no se debía, como pensaba esa ignorante muchacha, al hecho de que hubiera comido mucho, si bien en los últimos tiempos su apetito había aumentado notablemente. Ivalú estaba embarazada. Ésa era la verdadera razón de su engrosamiento.

Y el que su estado de gravidez se debiera a un milagro era tan patente como la eminencia de la blanca llanura de su vientre; todas las mujeres se reunieron en la casa de Siorakidsok para verla con sus propios ojos y tocarla con sus propias manos.

Las estrellas habían palidecido, el resplandor violáceo que anunciaba el alba circuía el horizonte; seis meses habían transcurrido desde la partida de la expedición que se había llevado con ella a todos los hombres. El muchacho mayor de la aldea no tenía aún ocho años y que Siorakidsok estaba fuera de combate era cosa que las mujeres habían asegurado desde tiempo inmemorial; de manera que en edad viril sólo quedaba Kohartok, quien naturalmente estaba excluido de cualquier actividad de ese género, a causa de los preceptos de su fe.

Y después de todo, Ivalú tenía que saber si había reído con un hombre; pero lo cierto era que ninguna muchacha estuvo alguna vez tan segura de que aquello no había ocurrido. Imaginó que tal vez bastara pensar en un hombre o que un hombre la mirara como la había mirado Milak, para quedarse embarazada; pero las mujeres de más experiencia no compartían esta opinión.

—Sin embargo —observó Torngkek— bien sabes que la luna llena puede dejarte embarazada.

—Es cierto —dijo Neghé—. ¿Miraste alguna vez de frente a la luna llena? ¿O bebiste agua en que se haya reflejado la luna llena?

—No, nunca —respondió Ivalú con firmeza—. Una madre decía que sólo las mujeres casadas pueden hacerlo.

—En ese caso, lo que tienes en el vientre no puede ser sino el hijo de Dios —dijo con aire embelesado la madre de Viví, Krulí, mujer muy religiosa, que se había negado a acompañar a su marido Hiatallak en la expedición, para no perder los servicios religiosos dominicales.

—Así debe de ser —cuchicheó Torngkek, juntando las manos.

Ivalú se sintió invadida por una felicidad que no era de este mundo.

—Ahora me parece que comprendo todo lo que ocurre.

Y aunque hablaba en voz muy baja, el círculo de oyentes hechizadas no perdió ni una sola sílaba.

—Una vez, al irme a dormir, sintiéndome más sola que de costumbre, lloraba en voz alta.

Entonces Kohartok me leyó la frase del Buen Libro que dice: Bienaventurados los

que lloran, porque serán consolados. Luego me ofreció un trago de agua de fuego que, como la oración, es una poderosa medicina y una fuente de consuelo. Pero en mi lecho me sentí más sola y acalorada que nunca y lloré en voz alta, hasta que quedé débil y aturdida por las muchas lágrimas. Entonces tuve un sueño.

—¿Qué sueño? —preguntaron las mujeres a coro, porque Ivalú se había detenido.

—Hacía mucho tiempo que rogaba a Dios que me visitara: y esa vez Él se llegó hasta mí.

—¿Lo viste con tus ojos? —preguntó Krulí, con un hilo de voz.

—No lo vi con los ojos, pues todo estaba muy oscuro, sino que lo sentí.

—¿Lo tocaste?

—No, fue Él quien me tocó. De pronto advertí que dos grandes manos calientes me secaban las lágrimas y me acariciaban el cuerpo. Entonces tuve ganas de llorar aún más, no de miedo, sino porque me sentía presa de una gran ternura, como si todas las cosas y todas las personas que había amado en mi vida se hubieran reunido en aquellas manos y en mi ser.

—Pero, ¿era un sueño o no lo era? —preguntó Neghé impaciente.

—No lo sé. En aquel momento pensé que era un sueño; pero ahora creo que tuve la ilusión de un sueño, porque estaba aturdida a causa del mucho llorar y tal vez también a causa del agua de fuego. Y verdaderamente pienso que Él se llegó a mí en persona. Por la mañana siguiente me dolía la cabeza y también el vientre me dolía un poco.

—Pequeña Ivalú —exclamó Krulí con la voz velada y los ojos llenos de lágrimas— éste es en verdad un gran momento. ¡Hay que avisar a Kohartok!

Y todas juntas se precipitaron hacia la Misión.

Pero Kohartok no recibió la buena nueva con el entusiasmo que esperaban. Indudablemente se mostró impresionado y hasta conmovido, porque se puso pálido y le temblaron los claros ojos, como los de un ptarmigan abatido; pero ningún grito de alegría surgió irrefrenable de su garganta. Ningún repiqueteo festivo de campanas, ningún hosanna, ninguna plegaria se elevó para glorificar la anunciación milagrosa. Kohartok permaneció mudo e inmóvil, petrificado por la sorpresa.

—Tenías razón —le dijo Ivalú, bajando humildemente la cabeza—. Tuve fe y Él vino a mí.

Ivalú se puso tranquila y contenta. Sus vivaces ojos se hicieron serenos y un sentido de madurez y apaciguamiento la llenó con un calor profundo, un calor que ya no la mantenía despierta, sino que llevaba a lo íntimo de su ser reposo y distensión.

Comenzó a desear la soledad, mientras cuerpo y alma parecían converger hacia la nueva vida que surgía de la nada, que crecía en la oscuridad y que comenzó a ser para Ivalú centro, principio y fin de todo el universo. Comparado con eso, todas las otras cosas se desvanecían. La falta de los padres, el regreso de Papik y de Milak, que fuera invierno o verano, que se hallara en el sur o en el norte, que las focas afloraran o que llegara el caribú, ¿qué importancia podía tener todo eso? Lo único que importaba era

la nueva vida que se agitaba en ella, que se agitaba y pataleaba, con tanto vigor que a veces las mujeres veían cómo se movía el vientre de la joven y ésta debía sostenerlo con las manos, en medio de la hilaridad general.

Kohartok tomó a una mujer anciana, Tippo, para que realizara los trabajos de la casa, pues, según decía, Ivalú no debía esforzarse en las condiciones en que se hallaba, aun cuando ella no consideraba su trabajo como un esfuerzo. Tippo se sintió feliz de habitar en la Misión e Ivalú compartió con ella su cuarto.

El misionero daba señales lentas pero seguras de que también a él lo había turbado profundamente el acontecimiento. Se hizo más serio y ya no reía ni bromeaba nunca; parecía cansado, aunque inquieto, y hasta un poco envejecido; sus sermones se hicieron más solemnes, sus oraciones más intensas y más pródiga la asistencia que prestaba a viejos y enfermos.

Un profundo fervor se adueñó de todas las almas. Siguiendo el ejemplo de su pastor, la grey se acusaba a sí misma en coro y ardorosamente. La propia Ivalú, para no ser menos que los demás, admitía con entusiasmo que era una inveterada pecadora. Sin embargo, todos la consideraban con envidia y veneración. En las ejecuciones de los hermosísimos himnos cristianos, importados por el misionero para sustituir a las inmorales baladas indígenas, la voz apasionada de Ivalú, aunque no muy bien afinada, destacábase de todas las demás.

«Somos falsos y estamos llenos de pecado», entonaba Kohartok con su voz de bajo profundo. Y la comunidad repetía alegremente y a voz en cuello:

—Somos falsos y estamos llenos de pecado.

Volvió la primavera y, gracias al ininterrumpido calor y a la luz permanente, se disolvió la escasa nieve y la vegetación enana se desarrolló con gran rapidez: en pocas semanas la parda tierra quedó enteramente cubierta de endebles abedules, achaparrados por el suelo, de minúsculos sauces, de amapolas amarillas, de saxífragas multicolores, mientras nivarsiak rojos y violáceos trepaban por las rocas y los helechos servían de alfombra en los barrancos más húmedos. De nuevo volaron por el cielo pálido las gaviotas y las garzas; de nuevo en la rada brillaba el agua y entre los hielos flotantes navegaban los frágiles kayak, las mujeres excavaban trampas y tendían lazos; los niños cazaban garzas con liga, capturaban con la mano los lerdos ptarmigan o escalaban las rocas para saquear los nidos de las gaviotas, cuyos huevos manchados se ponían a podrir al sol; las niñas recogían arándanos, moras, arrayanes y toda la variedad de bayas que apuntaban entre los setos, que eran exquisitas mezcladas con aceite de morsa y fáciles de conservar para el invierno si se las dejaba congelar en grasa de ballena.

El océano ya líquido abundaba en focas y si se hubieran hallado presente los hombres, la aldea habría podido banquetear y hartarse de carne, sangre fresca y ostras vivas extraídas del estómago de las focas; pero no era lícito que ninguna mujer matara uno de estos animales, porque de hacerlo así todos los demás, mortalmente ofendidos, se retirarían al fondo del mar, para no volver ya nunca a la superficie; y los

niños eran demasiado pequeños para capturar otra cosa que no fuera un ejemplar muy joven, de primer pelo, casi exangüe y con el estómago vacío.

A mediados del verano, un barco humeante penetró en la pequeño rada.

Su llegada constituyó un gran acontecimiento: rostros nuevos, voces nuevas, comidas nuevas. Además los tripulantes anunciaron que la expedición había llegado a su destino, lo cual significaba que los hombres de la aldea se encontraban ya en viaje de regreso.

El barco no llevaba comerciantes de profesión; sin embargo, todos los tripulantes, desde el fogonero al capitán, esperaban hacer algún negocio. Todos tenían numerosos espejitos, cuentas de vidrio, cuchillos de acero y cintas multicolores que querían cambiar por pieles de zorro, armiño y marta. Eran hombres de elevada estatura, toscos e hirsutos, que rara vez sonreían, pero que hacían mucho ruido. No tardaron en organizar bailes a los sonos de sus cajas de música, y cuando habían bebido demasiado agua de fuego se comportaban como locos, se hacían ligeros de manos y armaban un alboroto endiablado, mientras perseguían a las mujeres, hasta a las viejas desdentadas, como si nunca hubieran oído hablar de pecados y de los tormentos del infierno. A veces sus propios compañeros debían llevarlos a bordo, no sin dificultad y en medio de riñas. Sin embargo, las mujeres de la aldea estaban contentas con su presencia, que representaba una diversión agradable.

El misionero en cambio tenía aspecto de enojado, pero no dijo nada, ni siquiera cuando por primera vez vio asientos vacíos entre los bancos de la Misión, ni cuando algunas mujeres ya no pudieron mirarlo a los ojos después de haber salido a pasear con los miembros de la tripulación.

El barco humeante se había llegado hasta la aldea con el fin de embarcar las cajas de los exploradores. El capitán, uno de los pocos que prefería los ricos pero peligrosos mares hiperbóreos infestados de icebergs, tenía prisa por partir, porque siendo breve el verano, aquellos parajes estaban abiertos a la navegación apenas un mes por año, y ésa era la estación de la caza de la ballena. La nave era grande sólo a los ojos de los indígenas que nunca habían visto otra mayor; pero en verdad se trataba de una pequeña y sucia ballenera, con el casco de madera raspado, astillado y descortezado por los hielos, y sólo la proa, que a menudo tenía que servir de ariete, estaba provista de gruesas planchas de acero.

Un sueño antes de que el vapor zarpara, Kohartok se presentó aún una vez más junto a Ivalú, en uno de los toscos bancos de madera y le tomó una mano entre las suyas. La joven notó que estaba pálido y enflaquecido y que mostraba grandes sombras alrededor de los ojos.

—He decidido dejar este puesto, hija mía.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ivalú, espantada—. ¿Te has cansado de esparcir la Buena Semilla?

El misionero se movió nerviosamente en el banco.

—También un misionero tiene momentos en los cuales comienza a dudar; no de

Dios, sino de sí mismo. Para continuar mi obra necesito ayuda y te la pido a ti, Ivalú.

—¿La ayuda de una muchacha tonta?

—Sí. Lo que ahora oirás tal vez te sorprenda, pero deseo que te conviertas en mi mujer. Casémonos con el consentimiento de Dios, pequeña Ivalú, y juntos llevaremos la luz a las tinieblas.

Tuvo que repetir y explicar su proposición varias veces, antes de que Ivalú comprendiera su sentido. Entonces la joven bajó los ojos y se sonrojó.

—¡Cuánto quisiera que mis padres estuvieran vivos y vieran el día en que un hombre blanco, y uno de tu importancia, me pide en matrimonio! ¿Te parece que nos estarán observando?

—Es posible.

—Me siento muy honrada, Kohartok.

El misionero dejó escapar un suspiro y se acarició pensativamente la barba rojiza.

—No hay por qué pequeña.

—Y me entristece el no poder aceptar este honor.

—¿No puedes? Pero, ¿por qué? —exclamó el hombre con alivio.

—Lo mismo que todos los hombres blancos, tú seguramente no eres un buen cazador ni sabrás manejar un trineo y un tiro de perros, ni sabrás hacer muchas cosas que gustan a una muchacha. Por eso no puedo. Pero lo que me preocupa es esto: ¿quién bautizará a mi hijo cuando llegue y tú no estés aquí? ¿Y quién dirigirá los servicios religiosos y nos señalará la recta vía?

—De Dios no puedo enseñarte nada que tú ya no sepas, pequeña Ivalú; no soy sino un pobre pecador como muchos otros. Tú misma podrás asumir mis funciones, bautizar a los recién nacidos y ocuparte de la grey. Te dejaré mi libro para que las figuras te ayuden a recordar la Buena Nueva.

Sacó de las páginas del libro una flor desecada —una flor con cuatro grandes pétalos violáceos— y se la ofreció a Ivalú:

—Toma. Es una flor de mi país.

—¡Qué bueno es esto! —exclamó Ivalú mientras se la comía—. ¡Bueno como tú!

La partida de Kohartok entristeció a toda la aldea. ¡Era un hombre tan fino! ¡Tenía ojos tan comprensivos! ¡Eructaba con tanta delicadeza! Sin embargo, se despidió de manera hasta inconveniente, porque anunció a todos que partía y visitó uno por uno a los miembros de la comunidad antes de embarcarse. Entonces todos lo acompañaron al vapor con las lágrimas en los ojos, aun aquellas mujeres que lo habían decepcionado al faltar a las reuniones y a los servicios religiosos durante la permanencia de la tripulación en tierra.

A todo el mundo le parecía que en los últimos tiempos el misionero había perdido mucho de su antiguo rigor. En su discurso de despedida no imprecó contra los pecadores, sino que se limitó a recordarles las palabras del Buen Libro: Vigilad y Orad para no caer en la tentación; sí, el espíritu está pronto, pero la carne es débil.

A bordo de sus kayak algunos niños siguieron al barco humeante a través de la

estela que dejaba entre los bloques de hielo, y el resto de la aldea lo siguió con la mirada hasta que el humo de la chimenea se perdió en la niebla estival. Entonces Ivalú sacó de la chaqueta el misterioso barómetro que siempre había sido objeto de maravilla para la comunidad y que Kohartok le había dejado como recuerdo; todos la rodearon para admirar el estupendo regalo.

Ivalú lo rompió con una piedra y repartió los trozos entre los circunstantes.

La noticia de la presencia de la nave en la rada se había propagado por los montes y por el mar, de esa manera misteriosa con que se propagan todas las noticias, de suerte que, al cabo de muy poco tiempo, apareció un grupo de nómades nechillik que levantó sus tiendas en las afueras de la aldea, si bien el verano era la peor estación para viajar. Pero una vez que la nave hubo zarpado, también se marcharon los nómades y, cuando, habiendo caído la noche, el mar quedó de nuevo cubierto de hielo y los indígenas se mudaron otra vez al mar congelado, la comunidad volvió a su estado normal. El fulgor de las lámparas se filtraba a través de las paredes de nieve y la fila de iglúes brillaba con un cálido color salmón en la oscura rada.

Las reuniones religiosas continuaron bajo la dirección de Ivalú, quien se servía del libro ilustrado de Kohartok; empero la joven no tenía modo de saber cuándo era domingo, de manera que los servicios se celebraban muy irregularmente. Cuando de vez en cuando se le ocurría que la comunidad necesitaba un poco de religión, Ivalú hacía sonar la campana y mujeres y niños acudían a escuchar su palabra y a tomar su té. Explicaba la Buena Nueva lo mejor que podía y del mismo modo respondía a las preguntas.

La vieja Tippo se mostraba rencorosa y difícil de tratar; por eso Ivalú rehuía su compañía lo más posible y, para tenerla alejada de ella, le permitía dormir en la habitación grande, junto a la estufa. La vieja golosa se pasaba noches enteras sin dormir, meditando en algún medio que le permitiera llegar a los dulces que Ivalú tenía bajo llave, porque Kohartok había sido muy explícito en lo tocante al modo de administrar las provisiones de la Misión. ¡Ay de aquellos indígenas que, de modo enteramente pagano, creyeran que la repartición de los bienes que ellos practicaban podía extenderse a la despensa de la Misión! Ivalú debía administrarla con la máxima parsimonia; por eso, para proteger la azucarera de la rapacidad de Tippo había pedido a Viví que la ayudara a distribuir las golosinas, precaución que aumentó el rencor de la vieja.

Viví en cambio era una buena amiga, con la risa siempre pronta en los labios. Y como Papik antes de partir, había demostrado que se interesaba por ella, Ivalú le hablaba a menudo de su hermano.

Los dolores la asaltaron en medio del sueño e Ivalú comprendió en seguida que había llegado la hora. La sacudían estremecimientos de frío. Se vistió rápidamente y en silencio, para no despertar a Tippo, y se precipitó a la casa de Siorakidsok.

—¡Ha llegado la hora! Ustedes querían estar presentes.

Una de las niñas de Torngek fue enviada a advertir a las otras mujeres, que bien

pronto llegaron riendo y bromeando.

—No hagan ruido que despertarán a Siorakidsok —dijo Ivalú—. Alguien no quiere que él la mire.

Viví llegó jadeante y sumamente excitada; quiso quitar en seguida los calzones a Ivalú, pero las mujeres se burlaron de ella, y Torngkek, dándole un empujón, le dijo:

—Quédate quieta, estúpida. Todavía es demasiado pronto.

Siorakidsok que, como buen sordo, oía todo lo que no debía oír, se despertó con el alboroto.

—Alguien te ruega que salgas de la casa por un tiempo —le dijo Ivalú.

—¡He visto nacer muchos niños! —gritó el curandero fastidiado.

—Lo sé; pero de todos modos alguien te ruega que salgas.

Por último, convinieron en instalar al viejo en el ángulo más distante de la habitación, con la cara vuelta a la pared; después de dejarlo allí, las mujeres se agruparon alrededor de Ivalú, que se había tendido sobre el banco de nieve, con los ojos cerrados y con el rostro tenso, en espera de los dolores. Cuando éstos la asaltaban, le temblaban los labios. Tenía una sed desmedida, pero hacía lo posible por permanecer silenciosa, porque no quería que se despertara Siorakidsok, que había vuelto a roncar.

Cuando los dolores, que se habían hecho cada vez más frecuentes, comenzaron a sucederse casi sin interrupción, murmuró: «Ahora», como si hubiera dado a luz muchas veces.

La levantaron del banco y la pusieron de rodillas en el suelo. Un par de manos le bajó los calzones y dobló hacia abajo las calzas. Alguien cavó debajo de ella un foso en la nieve y Torngkek la abrazó por detrás y la oprimió, diciendo:

—¡Empuja!

El dolor le oscurecía la vista y le secaba la boca. Percibía agudamente las cosquillas que le hacían las gotas de sudor sobre la punta de la nariz. Oyó que las mujeres gritaban:

—¡Aquí está la cabeza! ¡Empuja con más fuerza! ¡Tienes que ayudar, estúpida! Una vez que salga la cabeza ya pasó lo peor.

Sintió que se desgarraba y, en la niebla causada por el dolor, entrevió de pronto, debajo de sí, la brillante cabeza del niño, con una cresta de cabellos húmedos.

Continuó haciendo fuerza, ayudada por Torngkek, mientras las mujeres la alentaban vociferando, y la perra de la casa, que se había acercado gañendo y husmeando, recibió un golpe que la hizo rodar por la habitación. Y, casi antes de que se diera cuenta de ello, Ivalú había dado a luz y el peso de Torngkek se retiró de sus espaldas.

Krulí recogió al recién nacido y apenas Torngkek lo separó de la madre, se oyó un vagido fortísimo. Las mujeres pusieron una piel de zorro entre las piernas de Ivalú, le volvieron a levantar los calzones y le dieron a beber un tazón de nieve derretida.

—Descansa un poco antes de volver a tu casa.

—Perdonen a una muchacha tonta el haberles causado tantas molestias —dijo Ivalú extendiéndose sobre el banco—. ¿Dónde está el pequeño?

—Aquí está. Es un varoncito —dijo Neghé, que lo había limpiado y untado con grasa.

—Alguien querría que hubiera mucha luz —dijo Ivalú.

Las mujeres le acercaron al borde del lecho dos antorchas de sebo. Mientras la madre lo levantaba para verlo a la luz, el pequeño dejó de berrear. Sólo se oía el crepitar de las antorchas y la perra que lamía la sangre del suelo. Luego sonó la voz de Siorakidsok, que se había despertado a medias:

—¿Ya está por llegar el hijo de Ivalú?

Nadie respondió. Todas las mujeres se habían arrodillado en adoración, con las manos juntas.

La perra se acercó husmeando y alargando el hocico hacia el lecho, y se puso a gañir de maravilla y asombro, porque, aunque era vieja, aunque había viajado mucho y tenido acceso a muchas casas de nieve, nunca había visto un recién nacido como aquél.

En efecto, aquél era un pequeño hombre que salía de lo común, con ojos azules como el cielo y cabellos rojos como el infierno.

TITERARTI

Ivalú celebró el bautismo de su hijo con la mayor pompa posible. Lo llamó Pupililuk. Cada nombre tenía un significado bien definido, pero Ivalú ignoraba lo que quería decir Pupililuk, nombre que provenía de una tribu muy alejada, cuya lengua era incomprensible para los esquimales polares; pero cuando en una conversación, la muchacha había oído ese nombre, se había enamorado de él a tal punto, que siempre había esperado echar al mundo un hijo para poder llamarlo Pupililuk.

Nunca se había imaginado que podía llegar a ser tan feliz. ¡Tener permiso para celebrar los servicios religiosos y para bautizar su propio hijo varón! ¿Qué había hecho para merecer todo eso?

Mientras tanto, bajo su régimen religioso, la disciplina se había aflojado algún tanto. A veces esa muchacha negligente dejaba de reprender a los que andaban por la casa desnudos o comían desmesuradamente. Además no quedaba excluida la posibilidad de que ella misma se permitiera alguna de estas libertades.

Pero lo cierto es que la gente se agrupaba a su alrededor para escucharla y para adorar a su hijo, y no sólo las mujeres de la aldea, sino también peregrinos llegados desde lejos. Los nómades que se afincaron en la rada durante la permanencia del barco humeante, habían propagado la noticia del milagro más allá de los límites de la pequeña aldea. Parecía que todos sentían gran interés en escuchar y repetir historias relativas a partos. Y así, pasando de boca en boca, la noticia se había difundido de iglú en iglú y había sido acogida, ora con risas, ora con admiración, con fe o con befas; pero se había difundido en todas las direcciones, y sobre todo hacia el sur, como los rayos del sol. Numerosos trineos, después de haber errado largamente en la bruma invernal, echaban el ancla en la pequeña rada y perros forasteros unían su ulular a la luna (todavía corría por sus venas sangre de lobo) a los ladridos de los perros de la aldea, mientras los recién llegados levantaban sus iglúes en las proximidades de la Misión.

Al entrar en la casa encontraban al niño con Ivalú, su madre. Entonces se postraban y lo adoraban. Abrían luego sus tesoros y le ofrecían, como regalos, muñecas de pieles o talladas en madera y en hueso, cuchillos de mango de asta cincelada, figurillas de marfil de morsa, vejigas repletas de té o de tabaco, telas suaves obtenidas de los traficantes extranjeros en lejanas comarcas, comidas desconocidas metidas en brillantes cajas de metal y, de vez en cuando, una botella de agua de fuego.

Algunos visitantes eran paganos y otros cristianos, pero todos escuchaban con igual respeto el mensaje de verdad que anunciaba Ivalú y se unían a ella en las oraciones, en los cantos y en las alabanzas al Altísimo. Muchos paganos iluminados por Ivalú pedían que los convirtiera, y ella los dejaba contentos, rociándolos con agua y tocándolos con sal, como había visto que hacía Kohartok; y esa gente volvía a partir satisfecha. Algunos sin embargo se quedaban; pero no todos lo hacían para adorar y

rezar; se quedaban porque la aldea antes ignorada, se estaba convirtiendo en una comunidad importante, y porque les gustaba la confusión y el ir y venir de los trineos.

También llegaron traficantes que asimismo visitaron a Ivalú y al niño y que, después de salir de la Misión, se reían y se ponían a merca.

Cerca de la Misión germinaban pequeños iglúes y grandes casas colectivas de nieve, y para dar cabida a todos los visitantes en el cuarto grande de la Misión, fue necesario construir nuevos bancos, hechos de nieve y cubiertos de pieles, mientras se iban acumulando, alrededor del altar sobre el cual yacía Pupililuk para que lo adoraran, las ofrendas de los fieles.

Uno de los peregrinos llamado Solo pidió que lo bautizaran junto con sus tres esposas. Ivalú estaba acostumbrada a ver mujeres que tuvieran varios maridos, pero había tenido que ir al mediodía para ver a un hombre con más de una mujer.

En verdad, Ivalú nunca había comprendido la razón por la cual la poligamia era un pecado, pero sabía que los tabúes estaban hechos para ser respetados y no comprendidos; por eso comunicó a Solo que, si deseaba el bautismo, tenía que deshacerse primero de un par de mujeres.

Tampoco Solo estaba acostumbrado a discutir los tabúes.

—Si es realmente necesario, me desharé de ellas —replicó con un suspiro—. Pero necesito tiempo para decidir cuál de las tres me conviene conservar, porque hace poco que las tengo, después de haber matado, a petición de ellas, al marido, que era un hombre sumamente antipático y descortés.

Ivalú lo reprendió ásperamente y le dijo que no estaba bien matar maridos, por más antipáticos que fueran, pero le concedió todo el tiempo necesario para reflexionar sobre una cuestión de tal importancia. En el ínterin y fiándose de su palabra, lo bautizó de todos modos, junto con sus tres mujeres.

Solo le quedó muy agradecido y se estableció en la aldea. Su presencia ayudó mucho a la comunidad, como era de esperarse de un hombre que lograba mantener a tres mujeres. En aquella estación la caza no era abundante y además resultaba difícil avistarla en la oscuridad; pero Solo era un cazador tan valeroso que en poco tiempo se hizo cargo de la dirección de las cacerías. Como todos los jefes esquimales, tenía influencia, pero no autoridad: podía aconsejar pero no mandar. Proyectaba las cacerías y dirigía a los hombres, quienes, habiendo comprobado la superioridad de Solo en esa materia, lo seguían. Si algunos se iban a cazar por su cuenta y volvían con las manos vacías, la cosa no tenía gran importancia; podían igualmente participar del botín común. Pero hacían un flaco papel, mientras Solo se regocijaba y se pavoneaba, humillándolos con las porciones particularmente abundantes que les daba. Y además todas las mujeres no tenían ojos sino para él.

Pero al despuntar el día, a pesar de la presencia de Solo, el espectro del hambre se irguió sobre la aldea. La población, excesivamente aumentada, había agotado las provisiones de víveres y hecho huir la caza. En el futuro próximo no podía esperarse pues ninguna mejoría, sino todo lo contrario. La primavera, que estaba ya por llegar

era siempre la estación de mayor carestía: cuando las aves no se han unido todavía ni se ha desarrollado la vegetación, el océano quebrado y movedizo impide la pesca, ya sea a pie, ya en canoa; además la retirada del hielo comporta asimismo la retirada del oso. Por eso muchos hombres decidieron hacer sus fardos y partir mientras el mar congelado permitiera aún el uso de los trineos, para volver a emprender su existencia nómada, en grupos pequeños y en zonas donde, siendo más escasos los hombres, era más abundante la caza.

También partió Solo, quien mantuvo su promesa de reducir gradualmente el número de sus mujeres; por eso comenzó abandonando en la aldea a la más vieja, a la que dejó sin provisiones, con poca ropa y con el corazón deshecho.

Los hombres que quedaron, alrededor de una docena, no valían en general gran cosa; eran casi toda gente que no poseía ni perros ni trineos.

Las mujeres de la aldea estaban preocupadas, pues recordaban lo que había ocurrido durante otra carestía, cuando los animales marinos se habían retirado al fondo del mar, los osos se habían ido a cazar a otras regiones, las vacas marinas, los caribúes y la caza menor había desaparecido tan misteriosamente como habían llegado, y la gente, después de comerse sus perros, trineos, canoas de pieles, zapatos y sacos de pelo, había devorado a los muertos y hasta a aquéllos que no estaban del todo muertos.

El más alarmado de todos por la situación alimentaria era Siorakidsok. Él era el responsable de toda desgracia que pudiera herir a la comunidad y si no conseguía evitarla corría el riesgo de que lo consideraran un impostor y que lo trataran como a cualquier viejo inútil, ahora que ya no gozaba de la protección de Kohartok. Cuando los primeros rayos del sol cayeron sobre la rada, dando así principio al período crítico y Siorakidsok se dio cuenta de que lo miraban de reojo, convocó a la comunidad para darles una urgente comunicación.

—Alguno de ustedes ha pecado —anunció mientras echaba en torno miradas amenazadoras y todos ponían caras contritas, evitando sus ojos relampagueantes—. Probablemente alguna mujer intentó matar una foca o cocinó carne junto con pescado, o hizo algo aún peor. ¡Siempre son las mujeres las que pecan y los hombres los que deben pagar por ello! ¿Entonces? —continuó con aire amenazador, porque nadie se movía—. Saben muy bien que así como la simple infracción de un tabú trae desgracia, la pública confesión del pecado puede bastar para que quedemos lavados de toda culpa y ahorremos así a la comunidad el castigo que han de infligirnos los genios tutelares. ¿Por qué son siempre tan remisos en confesar, banda de pecadores y pecadoras?

Tampoco nadie respondió a estas palabras. Siorakidsok hizo gestos de desesperación y suspiró varias veces antes de proseguir:

—Quiere decir que un curandero tendrá que molestarse aún una vez para consultar al Espíritu de la Luna y preguntarle el nombre de la culpable. ¡Ay de ella! ¡Será expulsada de la aldea y tendrá que irse a morir de hambre, sola, sin arrastrarnos

a nosotros en su bien merecida ruina! Comiencen pues en seguida a preparar las ofrendas y háganlo con mayor cuidado, que de costumbre; pongan lo mejor que haya quedado en las despensas. ¡No es éste el momento de hacer economías!

Se vieron caras largas, pero nadie protestó, salvo Ivalú que, haciéndose de valor, se adelantó y dijo:

—Si es lícito que una muchacha impertinente contradiga a tanta gente sabia, dirá que no existe ningún peligro de carestía.

—¿Por qué no?

—Porque Dios provee a todos sus hijos, siempre que oren y crean. Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? ¿No han oído la Buena Nueva? ¿Acaso una muchacha perezosa no ha gritado suficientemente fuerte para que pudiera penetrar en los oídos de ustedes?

Siorakidsok no se había manifestado ni en pro ni en contra del milagro. No se había burlado de él, pero tampoco se había prosternado en adoración. Pero ahora que Ivalú se entrometía en sus proyectos de viaje, se exasperó y manifestó su deseo de hablarle a solas.

—No se sabe si el Dios cristiano nos proveerá de comida —le dijo en voz baja cuando estuvieron solos— pero se sabe con certeza que el Espíritu de la Luna, que ya ahora está esperando nuestros dones, se vengará cruelmente si tú y tu hijo impiden el viaje de un curandero. Bien sabes que con él no se juega.

Ivalú no había pensado en esa posibilidad. La amenaza contra la seguridad de su hijo venció inmediatamente sus resistencias y ella misma contribuyó con sus provisiones a acrecentar el número de exquisitas delicadezas, todas pastas deliciosamente blandas y viscosas, largamente masticadas, pues el terrible Espíritu de la Luna era un hombre muy viejo y sin dientes. Y los de la aldea volvieron a transportar de nuevo a Siorakidsok, junto con las ofrendas, a un reparo improvisado levantado entre los cerros.

Justamente durante su ausencia se produjo una invasión de caribúes, aunque tales animales nunca habían abundado en semejante estación. Pero en primavera, cuando la nieve de la superficie se funde bajo los rayos del sol y luego vuelve a helarse por un retorno del frío, formando una costra que los cascos del caribú no consiguen romper para quitar el musgo y los líquenes que hay debajo, grandes manadas comienzan a emigrar y se lanzan desordenadamente en todas las direcciones en busca de alimento. Y una de esas manadas se volcó sobre la aldea donde Ivalú era reina y su hijo rey.

El caribú es un animal dócil y bueno, que ama a los hombres y que se deja matar de buena gana por éstos, de diferentes maneras: con lanzas y flechas, o sencillamente con el cuchillo, una vez que se le han cortado los jarretes, o precipitándose en profundos fosos adonde son atraídos por el olor de la orina, que les gusta muchísimo a causa de su contenido salino; y, durante varias vueltas de sol, los hombres, mujeres y niños comieron hasta hartarse; de esta suerte aumentó aún más el prestigio de Ivalú, aunque ella se mostraba dolorida por el hecho de que hubieran dudado.

Cuando Siorakidsok volvió, no mostró ninguna admiración por lo ocurrido, sino que se apresuró a explicar que él mismo había logrado persuadir al Espíritu de la Luna de que perdonara, por modo excepcional, a la aldea sus pecados y de que enviara lo más pronto posible todos aquellos hermosos caribúes. Y la aldea, no sabiendo si debía estar agradecida al Dios cristiano o al Espíritu de la Luna, acordó a ambos el beneficio de la duda.

Al llegar el verano, un barco humeante, abriéndose camino con los golpes de ariete de la proa entre los icebergs penetró en la rada y de él desembarcaron los tripulantes, como siempre ruidosos, y también un nuevo misionero.

Éste era de más edad que su predecesor, alto y muy delgado, con rostro sombrío y huesoso, nariz fina y aguileña y frente alta debajo de la cual resplandecían los hundidos ojos. Su pelo negro, que mostraba algunos hilos blancos, era ralo, pero en cambio poseía una larga barba que le caía recta y lisa hasta la cintura.

No conociendo el idioma de los esquimales mejor que Kohartok, empleaba las palabras con tal habilidad que el más obtuso de los oyentes no tardaba en comprender lo que le gustaba y lo que no le gustaba a aquel hombre.

Ante todo no le gustaba Ivalú.

—¿Quién está encargado de la Misión? —preguntó el recién llegado al poner pie en tierra.

Ivalú, que se encontraba con los otros en la playa para presenciar el desembarco, se adelantó sonriendo.

—Muéstrame el camino —dijo el hombre bruscamente, y la siguió en silencio, mientras Pupililuk, metido en la chaqueta de Ivalú, volvía la cabeza sin dejar de mirar al extranjero.

Cuando llegaron a la Misión el hombre hizo señas a los que lo seguían, incluso a Tippo, de que se marcharan y luego cerró la puerta.

Ivalú le mostró la estancia, el altar cargado de ofrendas y su cuartucho, lleno de imágenes sagradas colgadas de las paredes, alrededor de su catre. Sin devolver las sonrisas, el misionero se sentó. Sus labios se cerraron formando una línea delgada, mientras permanecía escrutando en silencio a la joven.

—¿Eres tú la muchacha llamada Ivalú? —preguntó por fin.

Ivalú asintió con una sonrisa.

—¿Vives aquí?

—Sí, una muchacha hace la limpieza y cuida de la despensa.

—Dame las llaves y vete. Toma en seguida tus cosas.

Ivalú lo miró atónita. Luego se llegó lentamente hasta la mesa y tomó su libro.

—Muéstramelo.

—El otro misionero, Kohartok, me lo regaló antes de partir para que me ayudara a difundir la verdad.

—¿Y de qué modo lo haces?

Ivalú sonrió.

—Hablo de Dios y Jesús. Anuncio la Buena Nueva y muestro las figuras del libro. Los demás escuchan y miran. Luego cantamos y rezamos.

El misionero la miraba pasmado. Ella interpretó su silencio como un signo de aliento y continuó diciendo, con una sonrisa:

—Muchas personas, después de haber oído la Buena Nueva en esta habitación, se hicieron cristianas.

—¡Y probablemente fuiste tú quien los convirtió! —dijo el hombre, burlón.

—Probablemente. Pero no me fue difícil: no se convertían tanto por el mérito de una estúpida muchacha como por el mérito de él —y así diciendo señaló con el pulgar a Pupiluluk, que se le asomaba por encima del hombro.

—Oí hablar de este hijo tuyo —dijo el misionero con voz lenta y grave.

—¿Sí?

—Sí, y por eso he venido.

A Ivalú se le iluminó el rostro.

—Muchas personas vinieron de lejos para rendirle homenaje, pero tú debes de haber hecho más camino que ningún otro. Es un gran honor... Como los Reyes Magos que fueron a adorar al Niño Jesús —agregó con fervor y bajando los ojos.

—¡Basta ya de ese criminal engaño! —gritó repentinamente el misionero, rojo de ira—. ¡Blasfemas!

El estallido de ira dejó aterrada a Ivalú. Bien pudiera ser que, después de todo, el hombre blanco no se hubiera llegado hasta allí para adorar a su hijo.

—Perdona a una muchacha ignorante si no logra comprenderte.

—Me refiero a tu presunto parto milagroso.

Ivalú, como asustada, no conseguía hablar.

—Escucha, Ivalú —continuó el hombre procurando adoptar un tono conciliador—. Pienso que esta fantástica historia comenzó cuando te encontraste embarazada y no te atreviste a confesar que habías estado con un hombre.

—¿Y por qué no había de confesarlo?

—Por temor de que tus padres te castigaran.

—En primer lugar, no tengo padres que puedan castigarme, pero si vivieran, estarían locos de alegría por tener un nietito. Con seguridad que mamá no se habría arrojado al mar si lo hubiera visto.

—¡De modo que tu madre se mató!

El hombre se puso de pie y se le dilataron los ojos como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—Y es de imaginarse que tu padre era un asesino, ¿no es así?

—Sólo mató a un hombre.

El misionero se golpeó las manos y miró al techo.

—Tu padre un asesino y tu madre una suicida. Era inevitable que generaran a una mentirosa perversa. No por nada dice el Buen Libro: Un árbol podrido no puede dar buenos frutos. Tú no eres la única responsable de tu maldad, pobre muchacha.

Comenzó a pasearse arriba y abajo por la estancia, presa de gran agitación: aquélla era un alma que valía la pena salvar.

—Por ellos, Ivalú, no podemos hacer ya nada. Pero estamos aún a tiempo para salvarte a ti.

El hombre se plantó frente a la muchacha.

—Puedo ponerte en el buen camino, pero luego has de ser tú quien dé los pasos.

—No quiero otra cosa. Pero, ¿crees verdaderamente que mis padres están eternamente condenados? —preguntó preocupada—. Kohartok, tu predecesor, no me parecía de la misma opinión.

—¡Te ruego que no hables de mi predecesor y que no te pongas impertinente! ¿Qué te crees? —entreveía la aurora de una nueva victoria—. ¿Puedes dudar acaso de que se estén quemando en el fuego por sus pecados y que tú te les reunirás si no te apresuras a hacer penitencia?

—Yo quiero reunirme con ellos de cualquier manera y cualquiera sea el lugar en que se encuentren —dijo con firmeza Ivalú.

El misionero se quedó desconcertado, pero se recobró en seguida.

—Si deseas reconciliarte con Dios, Él podría escuchar tus oraciones y tener misericordia de sus almas, así como de la tuya. Pero, ante todo, tienes que decir la verdad. ¿Inventaste esta fábula tal vez porque temías que nadie quisiera casarse contigo sabiéndote madre? ¡Responde!

Ivalú frunció el ceño. No conseguía comprender adonde quería llegar aquel hombre.

—Muchos hombres se casarían gustosamente con una muchacha y estarían especialmente contentos de hacerlo con una que ya les lleva un hijo varón, con lo que se ahorra tiempo y fatigas. ¿No lo sabes, acaso?

—Escucha —dijo el misionero, esforzándose por permanecer tranquilo—. Todo nacimiento se debe a la voluntad de Dios, pero tú no puedes pretender que fue Él mismo quien te hizo el hijo. Ésta es una blasfemia horrenda. Dios no anda haciendo hijos por el mundo.

—¿Entonces, no tienes fe? —la voz de Ivalú expresaba la mayor incredulidad—. ¿Dudas de la Buena Nueva?

—¡De lo que yo dudo es de tú nueva! —gritó el misionero volviendo a perder la paciencia—. Has comprobado que la mentira te era muy conveniente, viendo las ofrendas que se acumulaban y toda la gente que venía a adorarte. ¡Pero estás cometiendo un grave pecado y tendrás el castigo que te mereces!

—Debes de ser un gran sabio —dijo Ivalú reverentemente— porque no consigo comprender una sola palabra de todo cuanto dices.

—Quiero decir que no tenías ningún derecho para instruir a los demás ni para celebrar las ceremonias religiosas.

—¡Pero si Kohartok me lo permitió!

—¡Y yo te lo prohíbo! Las conversiones y los bautismos que celebraste son un

sacrilegio y tienen el mismo valor que una blasfemia.

—Todo esto me deja confusa. ¿Quiere decir entonces que mi hijo Pupililuk no es un cristiano?

—¡Desde luego que no lo es! Escucha Ivalú: una gran organización me ha hecho emprender este viaje expresamente para que te persuada de que es necesario que digas la verdad. No serás castigada, pero debes decir el nombre del padre de tu criatura y, si logramos encontrarlo, lo obligaremos a que se case regularmente contigo; entonces pronto se olvidará toda esta ridícula historia.

—¿Cómo puedes creer que le sea posible olvidarla alguna vez a una muchacha?

—Eres joven, te recobrarás. Y si temes que las mujeres se burlen de ti por tu deshonor, te llevaré a un lugar donde nadie te conozca.

—¿Por qué tendrían que burlarse de mí las mujeres? ¿Y por qué es un deshonor tener un hijo? Tú mismo dijiste que era la voluntad de Dios.

El misionero avanzó hacia Ivalú con pasos rápidos y rostro amenazador; la muchacha retrocedió aterrada.

—Escucha bien, muchacha. Tal vez en tu ignorancia no te hayas dado cuenta de la gravedad de tu mentira. Pero ahora quiero una respuesta clara a esta pregunta: ¿Con quién consumaste tu pecado?

Los ojos de Ivalú se llenaron de lágrimas. Aquel hombre la aterrorizaba; parecía un poseído y decía cosas incomprensibles. Probablemente estaba loco; probablemente un glotón había mordido a su madre mientras lo llevaba en las entrañas. Ivalú quería sentir a Pupililuk entre los brazos, un poco para protegerlo, y un poco para sentirse ella misma protegida. Aflojó las correas que le ceñían el pecho, extendió hacia atrás una mano, extrajo al pequeño pagano de la funda y lo estrechó contra su pecho.

Lo estrechó con tanta fuerza que Pupililuk comenzó a llorar. Entonces Ivalú sacó de la chaqueta uno de sus túrgidos senos, de azules venas que convergían en el negro pezón.

—¡No debes hacer eso! —tronó el misionero, golpeando con el pie en el suelo y poniéndose morado de rabia.

—Tiene hambre...

—¡Pero no tienes que hacerlo en presencia de los demás!

Mortificada y confusa, se cubrió el seno, mientras el niño, sintiéndose defraudado, gritaba a voz en cuello.

—Ahora vete, Ivalú, y no vuelvas a poner el pie en esta casa hasta que no te aconsejes mejor.

Nunca nadie se había precipitado de tanta altura a tan profundo abismo como Ivalú en una breve trayectoria del sol.

El nuevo misionero convocó a todos los habitantes indígenas. No le interesaba la tripulación del barco; pronunció su sermón exclusivamente en lengua esquimal, puesto que no se había llegado hasta allí para salvar hombres blancos, quienes probablemente no tenían necesidad de redención, sino que se aseguró de que todos

los indígenas estuvieran presentes, envió mensajeros para que sacaran de sus sacos a los dormilones, para que llamaran a los traficantes, a los cazadores y a los pescadores; y todos estuvieron presentes menos Ivalú, que se había refugiado en la casa de Siorakidsok.

Como antes de dar comienzo al sermón lo vieron escribir algo en un libro y como los nombres de los hombres blancos no son para los esquimales sino gruñidos impronunciados, los indígenas dieron al misionero el nombre de Titerarti, o sea, El que escribe. Y he aquí lo que oyeron de boca de El que escribe en la estancia de la Misión:

—Viajé por lejanas tierras y conocí en mi vida muchos pecadores, pero nunca vi que se ofendiera a Dios tan gravemente como en esta comunidad. Una mujer sola y sin marido no sólo pecó del modo ordinario, sino que por añadidura recurrió al más extraordinario sacrilegio para justificar el fruto de su culpa. Es posible que Dios, en su misericordia infinita, perdone la blasfemia y el pecado; pero esa mujer se niega a reconocer su yerro y rehúsa arrepentirse. ¡Mas, no debe conducir a otros a la perdición! Tal vez muchos de vosotros os hallabais ya cerca de salvaros, cuando sucumbisteis a su maligno hechizo. Vuestra simplicidad no puede competir con la astucia de una mujer ambiciosa e infame. Por eso tenéis que aceptar la palabra de quien ha venido ex profeso para iluminaros. Esa mujer es una impostora y los que la secundan en su engaño son idólatras, condenados al infierno, lo mismo que aquéllos que creen en las mentiras de los curanderos. Apartaos pues de su compañía y seguid el consejo del Buen Libro: Si tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo lejos de ti; es mejor que se pierda un solo miembro y no que el cuerpo entero sea arrojado al Gehena del fuego. Amén.

—Amén —hizo eco la congregación, pasmada.

—Siempre sospeché que era una mentirosa —confesó Krulí en seguida al círculo íntimo de sus amigas, sin perder tiempo en preguntar si también en aquella ocasión se distribuirían golosinas—. Desde el principio pensé que en aquella preñez había algo que sabía a pecado.

—Debe de haberse unido con algún extranjero fuera de la aldea, y lo habrá mantenido alejado, o bien lo habrá matado, para ganar honor y gloria con esa patraña del parto milagroso —dijo Neghé, que albergaba un resentimiento latente por haber tenido que ceder a Ivalú el puesto de primera mujer de la aldea.

—Quizás se haya acoplado con un oso —sugirió Tippo en voz baja—. La gente del norte hace las cosas más extrañas. Mi madre contaba que las mujeres septentrionales acostumburan acoplarse con osos y morsas.

—¡Ustedes no son más que unas viejas envidiosas! —intervino con ira Torngek.

—¿No oíste lo que dijo el misionero? —preguntó en el mismo tono su hermana Neghé.

—No debes creer todo lo que diga un misionero —replicó Torngek, liberal.

—¿A quién debemos creer entonces? —preguntó Krulí—. La sabiduría del

misionero proviene directamente de Dios. Por cierto que una madre no permitirá que Viví siga frecuentando a Ivalú.

—No sé si la sabiduría proviene de Dios, pero sé con seguridad que el hijo de Ivalú proviene de Él.

—¡La que sale de tu boca es la voz del diablo, Torngék! —replicó a gritos Tippo, elevando así el tono confidencial de la discusión—. ¡Estás llena de pecados, pues tienes dos maridos, y en ti no puede haber lugar para Dios, perversa pecadora!

Torngék reaccionó golpeando a Tippo en el vientre y la vieja cayó al suelo gimiendo como una foca apaleada. El alboroto hizo que acudiera Titerarti.

—¿Qué ocurre?

—Mi hermana está poseída por el demonio.

—Sí, sí —confirmó Krulí—. Torngék está llena de pecados y a favor de Ivalú.

—¡Ya ven! —exclamó Titerarti triunfante—. ¡Ya ven lo que ocurre cuando permiten que el diablo se detenga entre ustedes! ¡Palabras impías, violencia y una pobre vieja maltratada! ¡Tengo la intención de traer la paz a esta comunidad, pero si no expulsan a Satán, la ira de Dios caerá sobre la aldea! ¡Y Dios puede ser terrible en su ira!

También Titerarti se manifestaba terrible en su ira, con esos ojos que le relampagueaban en el rostro largo y sombrío.

LA EXPULSIÓN

¡Tu presencia deshonra nuestra casa y traerá desgracias a nuestra aldea!

Con estas palabras Neghé atacó a Ivalú a la que encontró en su casa, al volver de la Misión.

—¿De qué se trata? —gritó Siorakidsok—. Ivalú no hace sino llorar desde que entró y no es posible arrancarle una sola palabra.

Como el nuevo misionero lo había ignorado al desembarcar y luego ni siquiera había pedido hablar con él, Siorakidsok, por vía de represalia, no había asistido al sermón, de manera que nadie había tenido tiempo de explicarle las razones de todo aquel trastorno.

—Titerarti nos ha dado a entender que nos negará los servicios religiosos si frecuentamos a Ivalú. No nos casará delante de Dios cuando vuelvan nuestros hombres, no bautizará a nuestros hijos ni nos dará té y dulces.

—¿Qué no nos dará té y dulces? —gritó Siorakidsok escandalizado.

Neghé apuntó con un dedo a Ivalú y dijo:

—¡No, porque ésta pecó de modo horrendo al mentir acerca de su preñez! El mar se vaciará de peces, la tierra se hará desierta y los niños morirán si ésta continúa contaminándonos con su presencia. ¡Dios puede ser terrible en su ira!

—En ese caso —dijo Ivalú con tono cansado, mientras se levantaba del lecho con la cara hinchada y los ojos enrojecidos— alguien se marchará de aquí.

—¿Adonde vas? —gritó Siorakidsok, como si ella, y no él, estuviera afectada de sordera.

—A construirme una casa, para estar alejada de los que temen llenarse de desgracias por mi presencia.

—¡Es una excelente idea! —dijo Siorakidsok, después de haberse hecho repetir muchas veces lo que Ivalú había dicho—. Pero, ¿quién vestirá y alimentará a tu cachorro y a ti?

Ivalú no pudo menos que sonreír al comprobar tanta ingenuidad.

—Dios, como siempre. El niño es suyo y Él no le hará, por cierto, sufrir ni frío ni hambre.

—¿Qué dijiste? —preguntó Siorakidsok.

—Que Dios proveerá a su hijo —le gritó Ivalú en un oído, mientras Neghé aullaba en el otro:

—¡Es una pecadora! ¡Lo dijo Titerarti! ¿Cómo se permite pronunciar todavía el nombre de Dios?

—¡Cállate, Neghé! ¿Qué pecado cometiste, Ivalú? ¡Confíesalo!

—Con seguridad habré pecado porque de no ser así, Dios no me castigaría haciendo que un misionero no me preste fe; sería muy dichosa si pudiera confesar cualquier pecado, para evitar sufrimientos a la aldea, pero antes quisiera saber cómo, cuándo y dónde pequé.

—Un curandero está pronto a creer que en tu infinita ignorancia hayas infringido algún tabú sin saberlo. Cada región tiene sus propios tabúes y tú no conoces todos los de nuestra región ni tampoco todos los tabúes de los hombres blancos.

—Y entonces, ¿qué debo hacer?

—Un curandero deberá emprender otro viaje a la luna —dijo Siorakidsok con aire resignado—. No existe otro medio de saber cuál sea tu culpa.

—¡Se terminaron tus viajes a la luna! —intervino Neghé—. Titerarti ya nos ha dado a entender que no debemos ayudar a un curandero si queremos gozar del beneficio de sus servicios religiosos, de manera que ya nadie te preparará ofrendas para tus viajes. Y alguien piensa que esto es un gran bien, porque el Espíritu de la Luna estuvo comiendo un poco demasiado en los últimos tiempos.

—¡Sal de aquí, Neghé, vieja decrepita! —gritó Siorakidsok enconado—. Alguien quiere hablar a solas con Ivalú.

Neghé se marchó de mala gana. Entonces Siorakidsok se inclinó hacia adelante y dijo a Ivalú:

—Si es cierto que ya no podré ir a la luna, ¿cómo se podrá descubrir cuál sea tu pecado y poner las cosas en su lugar? Pero tal vez tú logres encontrar personas que me ayuden a partir a escondidas.

—¿No has oído? Nadie quiere ayudarme —gritó Ivalú.

—¿Por qué no hablas en voz alta, tontita? ¿No ves que nadie puede oírnos?

—No puedo contar con los otros, ni siquiera con Viví —se desgañitó Ivalú en el oído del curandero—. Además no quiero contrariar los deseos de Titerarti, que representa a Dios.

—En ese caso, será mejor para todos que te vayas. Un curandero reconoce como pecado sólo aquello que daña a la comunidad y por el momento veo tres pecadores principales en esta aldea: Titerarti, tú y tu hijo. Tú y Titerarti porque siembran la discordia, y tu hijo porque es la causa de ella. Y puesto que por ahora no tengo el poder de alejar a Titerarti, porque una aldea ingrata parece querer abandonar a su curandero e ignorar sus consejos, eres tú quien debe alejarse con tu hijo.

Ivalú bajó la cabeza.

—Era eso lo que quería hacer.

—¡Es inútil que te niegues, muchacha obstinada, pues tendrás que irte! Pero antes tienes que encontrar a un hombre que los mantenga. Mira lo que debes hacer: con la excepción de ti y de Viví, en la aldea no hay actualmente más que un montón de mujeres viejas, que nadie tocaría sino para meterlas en la fosa. Preséntate pues a los hombres y pregunta si uno de ellos te quiere.

—Ya todos tienen mujer, y según las últimas reglas, no es lícito tener más de una, ¿es que ya lo has olvidado?

—Pero los hombres siempre están dispuestos a deshacerse de una mujer vieja para tomar una nueva. ¿Es posible que nunca nadie te haya pedido en matrimonio?

—Claro es que no. Me respetan por la manera en que tuve a Pupililuk.

—Pero si te ofreces a ellos, encontrarás seguramente a alguien que te quiera como mujer, aunque todavía no eres muy fuerte ni estás tampoco muy gorda. Tal vez yo mismo te querría para mujer mía si tuviera un par de años menos.

—Gracias, Siorakidsok.

—A aquél que sea el mejor cazador, has de decirle: «Hombre, prepara tu trineo, que nos vamos hacia el norte. Una muchacha te trae como dote un hijo varón, te coserá los trajes y reirá contigo durante las largas noches, hasta que te lagrimeen los ojos».

—Seguiría de buena gana tu excelente consejo. Siorakidsok, si no fuera precisamente por este niño. Pero, puesto que es el hijo de Dios y tendrá que llegar a ser el nuevo Redentor, quiero dedicar toda mi vida a instruirlo, para que un día pueda llevar la verdad al corazón de los hombres, incluso el tuyo, Siorakidsok. Es lástima que tus sabias orejas sean demasiado sordas para dejarla entrar.

—Acércate, Ivalú, para que te pueda soltar un bofetón.

Ivalú se acercó respetuosamente y Siorakidsok le dio una señora bofetada.

—¡Has de saber que los curanderos poseen una gran luz interior que les revela todas las verdades!

—¿Por qué pues no crees en Dios, siguiendo las enseñanzas de la Buena Nueva?
—preguntó Ivalú acariciándose la mejilla.

—¡Pero si un curandero cree! ¡Cree en todos los dioses! El mundo es grande y muchas son las tribus que cazan, pescan y pecan, de modo que hacen falta muchos dioses, porque uno solo no podría componerlas.

—¡Es evidente que dormías durante las lecciones, Siorakidsok! Kohartok, y también una muchacha tonta, repitieron mil veces que sólo hay un Dios.

—No vayas a creerlo, Ivalú. Los hombres blancos son gentes rústicas y presuntuosas. Por eso tienen la desfachatez de afirmar que existe, a lo sumo, un solo Dios (naturalmente el suyo), que sólo él vale algo y que es menester echar a todos los otros. Pero no es así, aunque sería descortés y hasta peligroso contradecirlos. Si alguien obra o piensa de manera distinta de la de ellos, lo consideran un pecador. ¿Sabes por qué prohíben a un hombre tener muchas mujeres y a una mujer tener muchos maridos? Porque los blancos no serían capaces de tratar con equidad a distintos maridos y a distintas mujeres, y esto acarrearía celos, litigios y muertes sin fin. ¡He oído decir que cuando en un país un hombre toma prestada la mujer de otro, lo hace a escondidas, sin pedir permiso al marido! ¿Cómo puedes imaginarte que el Dios de gente tan villana pueda hacerte feliz y darte tranquilidad? Y si no te hace feliz (y por cierto que no tienes el aire de serlo), quiere decir que no se trata del Dios que te conviene, ¿comprendes?

Ivalú arrugó la nariz, lo que equivalía a una negativa.

—Escucha, pues, estúpida muchacha. Cada tribu tiene el dios que se merece; porque cada dios está hecho a imagen de quien cree en él. Y así la gente estúpida tiene un dios estúpido, los inteligentes tienen un dios inteligente, los buenos, un dios

bueno, los malos, un dios malo. El dios de los hombres blancos es un dios terrible, celoso y vengativo, porque los blancos son gentes terribles, celosas y vengativas. Los conozco muy bien. Hace muchos, muchos años, cuando habitaba en el sur, algunos de ellos, que cazaban la ballena blanca en nuestros mares, decidieron llevarse consigo ocho hombres, para mostrarlos en su país, donde nunca se los había visto. Yo fui uno de los elegidos.

—¿De veras?

—¡Pero no llegué a ir! Fui suficientemente sabio para negarme; por eso estoy hoy todavía vivo. Ya había oído hablar de los terribles territorios de los hombres blancos, donde las mujeres se rehúsan a hacer los trabajos pesados y se los cargan a sus maridos.

—¡Qué vergüenza!

—Allí las mujeres golpean a los varones desde el nacimiento, si se niegan a trabajar: por eso todos los hombres blancos crecen acostumbrados al trabajo y con un miedo loco de sus mujeres, algunas de las cuales andan con las uñas teñidas de rojo por la sangre de los hombres.

Ivalú lo miraba aterrada.

—¡Nunca oí cosas tan horrendas!

—No, Ivalú, ninguno de aquellos hombres volvió. En el barco humeante se embarcaron ocho, de los que ya no se tuvo ninguna noticia. Durante muchos años, cada vez que veíamos a un barco le preguntábamos cómo habían terminado los hombres que se habían marchado para el país de los blancos y siempre se nos respondía que habían oído hablar de la llegada, pero nadie sabía o quería saber dónde habían ido a terminar. Todos desaparecieron sin dejar rastros.

Siorakidsok hizo una breve pausa, para saborear el terror que había despertado en Ivalú.

—¿Qué has dicho? —preguntó, aunque Ivalú no había dicho nada—. Escucha en lugar de hablar. La religión del hombre blanco está hecha expresamente para poner diques a la maldad de una gente muy mala y que tiene gran miedo de morir. Su amor a Dios se funda en el miedo a la muerte. Créeme, es menester el alma de un hombre blanco para llevar el fardo de sus creencias, no un alma como la tuya. Pero por cierto que no has comprendido ni una sola palabra de lo que dije.

—Ni siquiera una —dijo Ivalú llena de admiración.

—Si crees que el dios cristiano es verdaderamente tan peligroso como lo describe Titerarti, entonces te conviene esconderte de él. Si en cambio es bueno, como afirmaba Kohartok, nada tienes que temer. ¿Por qué el camino que conduce a un dios que pretende amarte tendría que ser un sendero pedregoso que te hiera los pies, en lugar de ser una pista lisa como el océano? ¿Crees que ese dios te quiere hacer feliz o infeliz?

—Como de costumbre, no sé qué responder.

—Un curandero no conoce ni le importa conocer al dios de los hombres blancos.

Nosotros siempre nos la pasamos muy bien sin él. Pero la luz interior que ilumina a todos los curanderos nos revela que quien hizo a los hombres los quiere felices y no infelices. No quiere ver caras fúnebres, sino caras sonrientes. No quiere oír lamentaciones, sino risas; así también él puede reír un poco. Y también quiere la felicidad de sus criaturas porque la gente feliz es buena, mientras que los infelices son malvados. ¿Comprendes?

Ivalú volvió a arrugar la nariz.

—Escucha, muchacha: el que es feliz desea colmar de gentilezas y de bondad a los que lo rodean. Sólo los infelices roban, pelean y matan. Es evidente que Titerarti es un hombre infeliz, porque de otro modo no sería tan malo contigo.

—En efecto, advertí en su rostro los signos de la infelicidad y oré por él siguiendo el consejo del Buen Libro que dice: Rogad por aquéllos que os persiguen y os calumnian.

Siorakidsok hizo un movimiento circular con la mano y continuó imperturbable su discurso:

—Mira en torno. Aquí vivimos en medio de un lujo y con un refinamiento casi increíbles. Esto representa el modo de vida desahogado del meridional, pero no es tu modo de vivir. Tú nunca serás feliz entre el tufo de la cocina, del tabaco y del petróleo, porque no estás acostumbrada a estas cosas, así como tu mente no está tampoco acostumbrada a las enseñanzas de los hombres blancos. Tu cuerpo está hecho a otro modo de vivir, y tu ánimo a otro modo de sentir. Entre los hombres blancos eres como una foca privada de agua, como una garza privada del cielo. Por otra parte, si abandonas a Titerarti en el hielo, verás que morirá al cabo de una vuelta de sol, a pesar de todas sus oraciones y de todos sus himnos. Pero, desde luego que no habrás comprendido lo que quiero decir con esto.

—Por cierto que no.

—Si intentas imitar a los hombres blancos, estás perdida, Ivalú, como lo están ellos en la tierra de los hombres, si no tienen leña y carbón. El dios de los hombres blancos no tiene el poder de proteger ni a ti ni a ellos en los hielos polares: el frío lo paraliza. Muchos, pero muchos hombres blancos intentaron siempre avanzar hacia el norte con equipos enormes, con enormes cantidades de carbón y estufas, con infinidad de perros, trineos y barcos humeantes; pero su dios siempre los dejó plantados y se volvió a su casa apenas se agotó el combustible, de suerte que tales viajes debieron quedar interrumpidos por la mitad o terminaron en algún desastre. Allí donde reina el hombre blanco, tú eres ignorante; pero en tu tierra, los ignorantes son ellos. Por eso un curandero te dice: vuelve a los silenciosos hielos del norte, donde tú eres sabia, pues no existe pecado más grave que el de la ignorancia, y allí estarás al resguardo de los hombres blancos y de la venganza de su dios, que tiene los mismos rasgos que ellos: rasgos de tirano fúnebre y vengativo, que fija un precio a la salvación y encadena a sus hijos en lugar de hacerlos libres. Huye de un dios que te dice: quiero ser amado sobre todas las cosas, porque de no ser así, te arrojaré a un

horno en llamas. Cree en cambio, en un dios que te diga: Pequeña Ivalú, te amo mucho, y no deseo otra cosa que tu felicidad.

—Sé que Dios me ama —dijo Ivalú sonriendo—. ¿Acaso Él mismo no me dio la prueba de ello?

—Tu dios tiene que estar hecho a imagen de ti misma y de los tuyos, ha de ser un cazador alegre y generoso que divide el producto de su caza y ríe con todas las mujeres y hace hijos en todos los iglúes. Tu dios no mora en una sofocante casa de madera calentada con carbón, sino en los grandes espacios helados. No teme el frío porque tiene la panza llena de grasa. Nunca creas en un dios que quiere vengarse en sus propias criaturas por haberlas creado llenas de defectos; ése es un falso dios y los que propagan su teoría son unos ignorantes ¿comprendes?

Ivalú lloraba con la nariz arrugada y sacudiendo la cabeza.

—Mis oídos oyen tus bellísimas palabras, oh Siorakidsok, pero mi mente no comprende su sentido. ¡Tengo tantos deseos de comprender y tan poca capacidad! ¡Si por lo menos existiera el modo de adquirir un poco de tu sabiduría!

—Ese medio existe: si coges unos piojos de la cabeza de un curandero y los pones entre tus pelos, los piojos te transmitirán un poco de la sabiduría del curandero. Vamos, hazlo, Ivalú.

—Eres muy bueno, Siorakidsok —dijo Ivalú, y llena de gratitud siguió el consejo del viejo.

Se fue a vivir a una minúscula casa de piedra y barro, protegida por una pared de rocas y situada cerca de la aldea, pero no mucho; y allí esperó con cristiana resignación a que ocurriera algo, sin saber exactamente qué. Torngek le había procurado algunos ayudantes para construir la casa, pero Viví, severamente vigilada por la madre, no había aparecido.

A Ivalú sólo le habían quedado unos pocos utensilios domésticos que Asiak le dejara. Aun cuando los objetos hechos con las propias manos fueran la única propiedad privada que pudiera heredarse, era necesario que estuvieran efectivamente en uso para que la comunidad los respetara; pero puesto que en la casa de Siorakidsok, y también en la Misión, Ivalú no había tenido oportunidad de usar utensilios propios, los miembros de la comunidad se habían ido adueñando de ellos poco a poco. Torngek le procuró los enseres que le faltaban y también una perra para que la protegiera, la misma que había estado presente en el nacimiento de Pupililuk.

Tratábase de una perra muy valiente, porque cuando pequeña le habían atado al cuello una avispa viva envuelta en un paño, de la cual había adquirido la audacia.

Ivalú disponía de suficiente comida y ropas, para poder pasarse sin pescar ni tender trampas; pero no porque los de la aldea la proveyeran. El enérgico Titerarti se había impuesto de tal modo a la comunidad que nadie, ni siquiera una oveja negra como Torngek, se atrevía a desafiar las iras de Dios, y menos aún las de aquel misionero, al favorecer a una pecadora impertinente dejada fuera de la iglesia. Pero cuando los hombres que volvían de cazar pasaban frente a la casita de piedra, las

correas que sostenían el botín se aflojaban misteriosamente y siempre caía algo al suelo sin que nadie lo advirtiera. La mano de Dios, pensaba Ivalú. Y cuando alguno volvía de las colinas con una sarta de garzas a las espaldas, un par de aves se soltaba de los lazos y caía al suelo como por obra de magia. Una vez que Ivalú vio caer un par de guantes y corrió presurosa para avisar al grupo de hombres que pasaba, nadie los reclamó. Ora encontraba algún saquito lleno de huevos helados, ora pieles de zorro, ora la piel de una foca de primer pelo, blanca y suave, expresamente hecha para confeccionar las botitas que necesitaba Pupililuk.

E Ivalú se llevaba a su casa todos aquellos dones de Dios, sonriendo consigo misma con aire de persona enterada. ¿Cómo podía un sabio, estúpido curandero, temer que quedara abandonada? ¡Si aquel hombre quisiera sólo cambiar un poco de su sabiduría por un poco de fe!

El verano pasó sin que Ivalú sintiera el deseo o la necesidad de acercarse a la aldea. No se había acostumbrado aún a las multitudes; además, un niño pequeño y una perra grande la tenían bastante ocupada. A veces se sentaba frente a su casucha para mirar las nubes de mosquitos que constituían un verdadera flagelo, o a los niños que, a bordo de sus kayak lanzaban flechas a las garzas marinas, cuyas enormes bandadas podían ofuscar la luz del sol, y cuyo dulce gorjeo hacía vibrar todo el firmamento cuando las aves rozaban el agua para pescar.

Pero si Ivalú descubría un umiak cargado de balleneros armados de arpones que se adentraba en las olas, ella se apresuraba a esconderse en la casa, sabiendo que las ballenas y los narvales son de naturaleza sumamente susceptible y se niegan a dejarse matar en presencia de mujeres.

Éstas y otras cosas había aprendido Ivalú desde que habitaba en el sur.

Sentía que iba madurando en el cuerpo y en el alma y que se estaba convirtiendo en una mujer de gran experiencia. Por sus ropas advertía que estaba aún creciendo, pero sabía cuidarse a sí misma, como hubo de comprobar cuando perdió a su perra.

La perra había batallado con una pareja de lobos que rondaban la casa, hasta que algunos hombres de la aldea, atraídos por el alboroto, mataron uno de los lobos y pusieron en fuga al otro; pero en la pelea la perra había perdido un ojo y hubo de morir poco después. Cuando Ivalú vio volver al otro lobo, afiló un cuchillo, lo recubrió de grasa y lo plantó con el mango en tierra, a la entrada de la casa. Luego se retiró adentro. Después de haber husmeado largamente la hoja del cuchillo, el lobo se puso a lamerla. Bien pronto comenzó a sangrarle la boca, pero el sabor de su propia sangre no hizo sino aumentar la voracidad del animal, que continuó lamiendo la hoja hasta que la lengua le quedó reducida a jirones. Un sueño después, Ivalú lo encontró tieso en el suelo; pero sabía que tenía que andar con cautela, pues a los lobos no les gusta morir, y por precaución se le acercó en silencio con un cuchillo en la mano y le cortó la garganta. A partir de aquel momento, comenzó a rodear su casa de trampas, cuidadosamente revestidas de tierra, y de bolas de grasa que ocultaban en su interior huesos afilados.

De su padre había aprendido a disponer de cualquier animal, desde el oso blanco hasta los minúsculos piojos, que capturaba metiéndose entre su carne y la ropa un trocito de piel untado de grasa y atado a un nervio; cuando lo retiraba, estaba cargado de insectos, y sí, con la ayuda de Dios ella era muy capaz de cuidar de sí misma.

De vez en cuando alguien se detenía para cambiar cuatro palabras con Ivalú. A veces Viví y Torngek le llevaban a escondidas pequeños regalos: un plato de ostras, algún ojo de foca, menudos de ptarmigan, y otras delicadezas de este género; o bien le llevaban alguna figurilla de esteatita o algún animalito hecho con sus propias manos, para Pupililuk. Aunque era verano, continuaban llegando algunos peregrinos que habían oído hablar del parto milagroso y querían ver al niño; Ivalú contaba sonriendo lo que sabía; ellos devolvían la sonrisa y a menudo dejaban alguna ofrenda. Todos se mostraban bondadosos. Algunos eran cristianos bautizados por misioneros de otras localidades y éstos iban a hurtadillas para evitar que lo supiera Titerarti.

Ivalú llegó a enterarse de muchas cosas sobre el nuevo misionero.

Había roto con Siorakidsok y convencido a los miembros de la aldea de que creer en un curandero no era sino crasa idolatría que les valdría la perdición eterna. Siorakidsok, que veía así esfumarse definitivamente sus proyectos para ulteriores viajes a la luna, estaba sumamente alarmado por ese estado de cosas y en su casa se había producido una seria disidencia entre él y Torngek por una parte y Neghé y sus amigas por otra.

Titerarti, que había llegado sin llevar provisiones propias, no tardó en consumir las que Kohartok había dejado. Así y todo no salía a cazar ni a pescar ni tampoco participaba, desde luego, en los trabajos comunes, pero aceptaba tranquilamente toda la carne y todas las golosinas que le llevaban los de la aldea, quienes lo compadecían a causa de su poca habilidad; y la gran entereza de ánimo de que daba prueba al no mostrarse nunca afligido o humillado por los numerosos regalos que recibía, revelaba un espíritu verdaderamente superior, que suscitaba la admiración de aquella gente primitiva.

Trabajando incansablemente, había inculcado en el ánimo de la grey el temor de Dios y de su ministro, de manera que ya los fieles se espiaban y denunciaban recíprocamente, montando una buena guardia en las puertas del Reino. Ya nadie salía a cazar los domingos ni cantaba baladas inmorales ni andaba desnudo por la casa, ni comía hasta hartarse, ni reía sino con quien estaba unido legalmente en el matrimonio celebrado por el propio Titerarti. O por lo menos no abiertamente. En cambio se dio una edificante sucesión de plegarias, salmos, sermones, confirmaciones, conversaciones, ceremonias nupciales y servicios religiosos.

Las ceremonias pías habían ganado en decoro y dignidad desde que todos los fieles mantenían en sus rostros expresiones graves, puesto que Titerarti fruncía el ceño e interrumpía su discurso cuando descubría sonrisas durante el servicio religioso. Los perros ya no eran admitidos en la Misión; y si durante el régimen de Kohartok y de Ivalú las mujeres solían dar de mamar a sus hijos o colocarlos sobre

las vasijas que tenían expresamente puestas debajo del banco de la Misión, ahora, si un niño lloraba, la madre se apresuraba a sacarlo afuera, seguida por las severas miradas de Titerarti.

Una mujer de edad mediana, llamada Minik, había quedado embarazada de uno de los nómadas que llegaron en la primavera y que hacía poco se había convertido. Titerarti apostrofó a los dos durante el servicio dominical, como se lo merecían. Luego los indujo a que se casaran.

A Minik no le gustó esta idea, porque se consideraba esposa de un tal Tutiak, hombre que había partido con la expedición. ¿Qué ocurriría cuando volviera Tutiak? Pero Titerarti le aseguró que no ocurriría nada, porque la unión con Tutiak, fundada en el pecado, era ilegal y, por lo tanto, sólo le daba derecho a un puesto en el infierno.

Titerarti insistió tanto que habría parecido poco cortés no acceder a su exigencia, de modo que, por respeto al hombre blanco, la pareja se avino a sus deseos; pero no sin cierta mala gana.

EL REGRESO

Con el invierno llegaron al mar congelado la noche y los hombres.

Habían viajado hacia el norte sobre el Océano Glacial y el gran casquete ártico, hasta que se encontraron nuevamente en el sur, donde hay otros hombres blancos y barcos humeantes. Allí, una vez recibidos los fusiles y cuchillos prometidos, se separaron de los exploradores para emprender el camino de regreso.

Además de las armas y de las municiones, llevaban muchas cosas que contar. Dos mujeres y numerosas perras habían dado a luz durante el viaje; un niño había nacido muerto y muchos cachorros fueron devorados por los perros de tiro; a un hombre blanco se le congelaron las piernas y, habiéndosele desarrollado la gangrena, fue necesario amputárselas al llegar al puerto meridional; un hijo de Neghé, que había vuelto sobre sus pasos un trecho, para buscar un cuchillo olvidado, ya no había regresado. Éstas fueron las primeras noticias que se difundieron por la aldea entre el alboroto de las bienvenidas.

Ivalú fue la última en enterarse de ellas.

Sosteniendo a Pupililuk sobre las espaldas, estaba pescando en un hoyo que había hecho en el mar, cerca de su iglú de invierno, porque comenzaban a escasearle las provisiones desde que la noche había hecho huir la caza y desde que los hombres dormían más y cazaban menos. El viento que provenía de los montes le apagaba continuamente la lámpara. No había luna y pocas eran las estrellas en el cielo cargado de nubes; sin una luz era difícil atraer los peces y difícil verlos, tanto que hasta ese momento Ivalú no había pescado ninguno.

Hacía tanto tiempo que estaba inclinada sobre aquel agujero que se sentía entumecida; de pronto, advirtió la presencia de alguien, y al levantar los ojos reconoció la esbelta silueta de Milak, que estaba de pie frente a ella. No lo había oído acercarse: por eso se heló de terror al pensar que Milak podía estar muerto, que aquél era su fantasma, y que había ido con malas intenciones; se guardó pues de moverse, hasta que el otro habló:

—Ocurre que alguien ha vuelto de un viaje —dijo Milak con tono indiferente, como convenía a un verdadero hombre, y su voz clara hizo disipar el miedo de Ivalú.

—Milak...

Ivalú se puso en pie de un salto, para correr al encuentro del hombre, pero luego se contuvo y se le acercó mesuradamente. Se estrecharon las manos, agitándolas por encima de las cabezas, mientras se hacían inclinaciones y cambiaban sonrisas. Luego Milak intentó restregar su nariz contra la de Ivalú. Pero ésta se echó hacia atrás. La roía el deseo de pedirle noticias de Papik, pero en el caso de que éste hubiera muerto durante el viaje y alguien pronunciara su nombre, el fantasma sería perturbado; por eso Ivalú renunció a hacer la pregunta.

—Nada dices del niño que llevo a la espalda —dijo en cambio—. Seguramente ya te habrán hablado de él en la aldea.

—Alguien no ha tenido tiempo de escuchar las charlas de la aldea. Acabamos de llegar. Bien se ve que tienes un niño. ¿Tienes también marido?

—No, ningún marido —dijo Ivalú con una sonrisa.

—¡Desde luego que no, porque de tenerlo no estarías aquí pescando! En todo este tiempo habrás podido darte cuenta de que es muy incómodo inclinarse sobre un agujero de pesca teniendo un niño en las entrañas o a las espaldas, como alguien te lo advirtió hace mucho tiempo.

—No es incómodo en modo alguno —dijo tercamente Ivalú—. Sólo una vez el pequeño se me resbaló fuera de la chaqueta y fue a dar al pozo de pesca, porque me había inclinado demasiado hacia adelante. Aun ahora me río al pensar en ello, aunque en aquel momento tuve mucho miedo. ¿Oíste hablar alguna vez del Dios cristiano, Milak?

—Con bastante frecuencia en mis anteriores viajes, ¿por qué?

—Porque este niño es hijo suyo. ¡Míralo! Fue procreado sin la intervención de ningún hombre y sin que siquiera mirara yo la luna llena. Llegará a ser un misionero y difundirá entre los hombres el mensaje de la verdad.

Milak la miró espantado.

—Pero, ¿qué cosas estás diciendo? Debe de haberte entrado en el cuerpo un espíritu maléfico que te ha hecho volver más loca que un glotón. ¡Más valdría que rieras conmigo antes de decir tal cúmulo de tonterías!

Ivalú frunció el ceño.

—¡Durante cuánto tiempo mi cuerpo sintió hambre del tuyo, Milak! Siempre te llamaba. Mi calor habría podido fundir todo el casquete de hielo que nos separaba. Felizmente ocurrió algo que acalló esa hambre y apagó ese calor: mi preñez.

—¡Pero el calor vuelve! ¡Siempre vuelve!

—No dejo que vuelva. Es un grave pecado.

Tenían que estar muy cerca el uno del otro para verse los ojos al fulgor de las escasas estrellas. La mirada de Ivalú corría rápida sobre el rostro de Milak, como el viento antes de una tormenta. ¡Cuánto amaba las expresiones cambiantes de aquel rostro, aquella frente sombría y aquella boca despectiva! Parecía increíble que esa frágil figura y ese rostro nervioso hubieran desafiado los vientos y las tempestades y que hubieran visto sangre y muertes violentas.

—Mira —dijo Ivalú antes de que él pudiera replicarle— mi hijo es todo y yo no soy nada, porque es el hijo de Dios y porque la semilla es más importante que la tierra. No quiero otros hijos, para poder dedicar así mi vida a éste, para velar sobre él, para instruirlo en su misión y ayudarlo a llevar su cruz.

—Bien se conoce que tu cerebro está envenenado por el fuego del vientre que pretendes negar y que sólo puede apagar el calor del hombre. El frío se combate con el hielo, pequeña; y el fuego con el fuego.

Y repentinamente la apretó entre sus brazos, con lo que hizo llorar a Pupililuk.

—No quería hacerle daño —dijo mortificado, aflojando el abrazo.

Ivalú se sentó en la nieve.

—No es nada. Es fácil hacerlo callar.

—El hijo de Dios chilla como cualquier cachorro —observó Milak con una carcajada de burla; pero luego, viendo cómo Ivalú sacaba el seno y se lo ofrecía al niño, calló mientras el rostro le palidecía y se le ponía tenso.

—¡Ah, me olvidaba... no tienes que mirar!

—¿Que no tengo que mirar? —gritó Milak montando de nuevo en cólera—. ¡Pues bien, haré otra cosa!

Con temblorosas manos le arrancó el niño del seno y, a pesar de sus gritos, lo dejó sobre el hielo. Los ojos de Ivalú se dilataron, pero sus labios permanecieron cerrados. Milak le abrió el sayo y, apretándole el seno lleno y aún húmedo, la hizo extender de espaldas.

—Alguien hará de ti una magnífica pecadora —dijo con los dientes apretados, mientras le bajaba los calzones por la lisa y blanca llanura del vientre y seguía con la mano la sutil cabeza de flecha de minúsculos pelos, que partían del ombligo y apuntaban al sur.

Ella tendría que haberlo mordido, arañado, golpeado y escupido, como lo exigían las buenas maneras; pero permaneció inerte y frígida al tiempo que los ojos se le velaban de lágrimas. El ardor de Milak se apagó en medio de tanto hielo, y el joven se separó de Ivalú, pasándose una mano trémula por el pelo revuelto.

Ivalú se sentó, puso en orden su sayo y, sonriendo, tomó en brazos a Pupililuk. Había pasado la tormenta y había vuelta la calma.

—A veces soñaba que reías conmigo, pequeño Milak, porque reír en sueños no es pecado.

—Tienes que irte de aquí, pequeña, y volver al norte. Alguien le hablará sobre esto a Papik.

—¡Papik! ¿Dónde está? —gritó Ivalú feliz.

—Lo verás dentro de poco.

—¿Por qué no vino en seguida?

—Fue a ver a una mujer que para él es más importante que la hermana.

—¿Cómo es posible?

—¿Y por qué no?

—Crecimos juntos. Jugamos con los mismos muñecos. Nuestra carne es la misma, formada de la misma semilla y de la misma tierra, criada en el mismo seno, crecida con la misma comida. ¿Había una foca? A mí me daban la aleta izquierda y a él la derecha. ¿Había un oso? Yo recibía el ojo derecho y él el izquierdo. ¿Cómo puede haber para él una mujer más importante?

—Es que el tiempo pasa, y los niños se hacen tan grandes que ya no quieren jugar más con muñecos de cuerno y pieles, sino con los de carne y hueso. Por eso Papik fue ante todo a ver a Viví, así como uno que tú conoces te visitó a ti primero.

En el silencio que siguió Ivalú se quedó mirando fijamente la punta de sus botas.

De pronto, el silencio quedó roto por el ladrido furioso de su nuevo perro doméstico, que se hallaba a la entrada del iglú.

—Viene alguien —gritó Ivalú jubilosa, y se precipitó hacia su casa, llevando a Pupiluluk en los brazos.

Encontraron al perro, que aporreado se lamentaba en un rincón, la lámpara encendida y, tendida en el banco de nieve, una figura maciza, una carota chata de sonrisa llena, de grandes dientes, masticadores de carne cruda: la imagen misma de Ernenek, tal como se le apareció a Asiak una generación antes.

—¡Pequeño Papik! —e Ivalú corrió a abrazarlo.

Era tan «pequeño» que, aunque mantenía la cabeza inclinada, sus cabellos rebeldes rozaban el hielo de la bóveda. Era una masa de músculos, más robusto y más alto que cuando había partido, y mostraba aquellas contorsiones de los labios, aquel brusco alzar del mentón, aquellos movimientos petulantes del tórax poderoso que habían sido propios de su padre.

Ivalú restregó largamente su rostro contra el de Papik, golpeándole las mejillas con la nariz y olfateándolo, mientras los ojos se le llenaban nuevamente de lágrimas; pero esta vez no eran lágrimas de dolor; había vuelto a ver a Papik, su propia carne, su propia sangre: Ernenek vuelto y Asiak continuada. En el olor del rostro, en la fusión de sus alientos volvió a encontrar el aire de la infancia y de los primeros iglúes donde había vivido. ¡De Papik lo sabía todo! Y por eso comprendió en seguida que el muchacho no se había llegado hasta allí sólo para charlar, comer y descansar, sino que le urgía saber algo y que estaba furioso.

En la piel de Papik sentía el olor de la cólera.

—¿Qué ocurre, Papik?

—Ocurre que un hermano ha regresado —dijo Papik, volviendo a sentarse pesadamente.

—Y ocurre que una hermana tuvo un hijo durante tu ausencia.

Papik levantó en el aire a Pupiluluk y se rió como si se hubiera tratado de una broma. Había olvidado sus preocupaciones: una cosa por vez.

—¡Qué niño extraño! Tiene ojos y pelo como sólo vi entre los hombres blancos.

—Porque proviene del dios de los hombres blancos. Luego te lo contaré todo. Dime ahora qué piensas hacer. ¿Hay algo que no anda bien? Papik dejó en el suelo al niño y volvió a asumir su aire preocupado.

—Ocurre —dijo ceñudo— que un hombre ha reflexionado.

—¿Y qué sacó de esas reflexiones?

—Ante todo un gran dolor de cabeza; luego, una conclusión. Después de haber pasado dos años con los hombres blancos, los conozco mejor y los comprendo menos que antes. Sus costumbres son demasiado distintas de las de los hombres, Ivalú. Algunos de nosotros se habituaron a ellas, pero yo no. Por eso decidí regresar a aquellas regiones donde no hay extranjeros, donde el mar nunca se derrite y donde se cazan animales que jamás vieron seres humanos.

Milak se rió con amargura.

—Yendo hacia el norte no puedes huir de los hombres blancos, y tú bien lo sabes, Papik. No, no. Es mejor hacerse amigo de ellos, comerciar con ellos y hasta tal vez procurar aprender sus normas.

—¿Por qué yendo hacia el norte no se los puede evitar? —preguntó Ivalú.

—Porque también ellos irán hacia allá. Así lo dijeron ¿no es verdad, Papik?

Papik asintió con aire sombrío.

—Es verdad. ¡Pero que vayan! Prepararemos cuchillos muy afilados, flechas bien agudas y lanzas muy largas, y cuando lleguen allá los mataremos como a lobos.

—¿Pero por qué quieren ir hacia el norte? A ellos no les gusta ni el frío ni las largas noches y si quieren aceite pueden obtenerlo con mayor facilidad en el sur, donde el mar se derrite.

—Los hombres blancos desean dos cosas, aún más que el aceite de pescado —dijo Milak y los otros guardaron silencio—; la primera es cierto metal que esperan encontrar debajo del gran casquete de hielo. Para obtenerlo se disponen a venir con grandes cantidades de explosivos (es esa cosa que hace ruido y lanza los proyectiles de los fusiles) para hacer saltar el casquete y llegar así al metal subyacente.

—¿Y qué harán con tanto metal? ¿No tienen ya bastante?

—Se trata de un metal especial que sirve para fabricar una nueva clase de explosivo, aún más poderoso que el que conocemos y con el cual será fácil matar a mucha gente de un solo golpe. Este metal escasea en la tierra de los hombres blancos, mientras que, según sus curanderos, tiene que abundar debajo del gran casquete del norte.

—¿Explosivos para matar gente? Habré entendido mal —dijo Ivalú.

—Los hombres blancos se matan unos a otros a intervalos regulares. ¿No es eso lo que ellos mismos dijeron, Papik?

Papik asintió, mientras Ivalú miraba a uno y otro con ojos espantados.

—Parece —continuó diciendo Milak— que de vez en cuando un gran frenesí se apodera de los hombres blancos y que entonces grandes tribus se reúnen para destruir a otras grandes tribus. En tales ocasiones matan más hombres y mujeres en una estación que nosotros caribúes.

—Pero, ¿por qué hacen eso?

—Parece que tiene que ver con su comercio. Debe de ser una cosa muy complicada, porque ni ellos mismos estaban de acuerdo en las explicaciones, y tanto es así que estuvieron a punto de reñir porque cada uno quería explicarlo a su modo.

—Todo esto es poco claro —dijo Ivalú—. No lo explicas bien.

—Tampoco ellos lo explicaban bien. Pero nos dieron a entender muy claramente que muchos hombres blancos irán al norte para hacer saltar el hielo y buscar el metal; luego se establecerán allí, aun cuando no lo encuentren.

—¿Por qué?

—Ésta es la segunda razón de su venida: para impedir que otras tribus se

establezcan allí antes que ellos. Parece que la primera que llegue tendrá ventajas sobre las otras y podrá defenderse mejor de la destrucción, o bien podrá destruir más fácilmente a las otras, durante el próximo frenesí.

Ivalú iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Pero, no conocen las enseñanzas de Dios? ¿No tienen misioneros?

—Tal vez sus misioneros están demasiado ocupados con nosotros —observó Milak—. Sea lo que fuere, lo cierto es que vendrán: primero llegan los misioneros, luego los traficantes, y por fin los hombres armados. Parece que ya hicieron esto en todo el mundo, y por eso creo que mejor sería que nos hiciéramos amigos de ellos.

—Por ahora —dijo Papik obstinado— el norte es nuestro y tengo el propósito de retornar a él. Pero ocurre que estoy cansado de tener que pedir continuamente mujeres prestadas; los maridos se dan siempre aire de importancia, aun cuando en compensación les dé yo buenos regalos.

Milak asintió enérgicamente.

—Es humillante. Mejor es tener una mujer propia para prestar, que pedirla prestada a los demás.

—No, no —declaró Ivalú—, perdónenme si los contradigo, pero ambas cosas están muy mal.

—¿Por qué?

—Nadie sabe por qué, pero es así: lo dicen los misioneros blancos, y ellos saben exactamente lo que está bien y lo que está mal.

—¿Cómo sabes que lo saben? —preguntó Papik.

—Lo dicen ellos.

—Comprendo; pero, de todos modos, y después de profunda reflexión, decidí llevarme conmigo una mujer propia, antes de partir para el norte.

—Es Viví, ¿no es cierto? —dijo Ivalú como al acaso—. Cose verdaderamente bien.

—Así me lo dijeron mis compañeros de viaje, de manera que apenas llegué ofrecí a sus padres un cuchillo nuevo y municiones. Pero antes pedí ver su labor de costura.

Le importaba no dejar la menor duda de que sus actos estaban dictados por la conveniencia y no por cualquier sentimiento, lo cual habría sido humillante para un verdadero hombre.

—Yo vi muchos de sus trabajos —dijo Ivalú—. Será una buena esposa.

—Pero su madre, Krulí, no sólo se negó a mostrarme las labores de la hija, sino que rechazó mi ofrecimiento. Parece que su actitud tiene algo que ver con los deseos del hombre blanco, lo que me resulta sumamente extraño.

—Mira, Titerarti, el misionero, es un experto en pecados y nos dice lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer, según los deseos de Dios.

—¿Quién es ése? Ya van dos veces que lo nombras.

—Es el muy poderoso espíritu de los hombres blancos, más poderoso que todos los otros espíritus juntos, y muy valiente, pues ni siquiera tiene miedo de las almas de

los muertos, sino que las hace quemar en un fuego enorme, si trasgredieron sus tabúes.

Papik frunció el ceño.

—Durante nuestra ausencia aprendieron a decir y a hacer muchas cosas que los hombres no consiguen comprender. Por ejemplo, Tutiak no se explica el motivo por el cual su mujer Minik lo rehúye; parece que el hombre blanco indujo a otro a robársela. Argo ha reñido con Neghé y Krulí, no sólo se niega a darme a Viví, sino que hasta se resiste a reír con Hiatallak, su marido, antes de que Titerarti dé su conformidad. Has de comprender que ningún hombre puede someterse a tales humillaciones. Las mujeres de la aldea y todos los recién llegados no hacen sino hablar de pecados y de nuevos tabúes. Los hombres blancos con quienes viajamos nunca hablaban de esas cosas; el único tabú que resultaba peligroso trasgredir era la prohibición de tocar sus objetos. De todos modos, Kruli me dijo que tú podrías explicarme lo que quiere el hombre blanco para acordarnos su permiso. Tal vez pueda dárselo, si no se trata de algo muy humillante.

Ivalú asintió.

—Quiere que todos se hagan cristianos. Viví y su madre son verdaderas cristianas, de manera que Viví sólo puede casarse con un cristiano. ¿Está claro?

—No —declaró Papik.

—Sí —dijo Milak—. Vi muchos casos parecidos en los lugares donde había misioneros blancos.

—Cualquier mujer se casaría con un buen cazador —dijo Papik impaciente—. Alguien sabe cazar y Viví sabe coser. Entonces, ¿qué tiene que hacer aquí el hombre blanco? ¿Acaso irá a cazar para Viví?

—Tú no comprendes, Papik. Nosotras procuramos respetar los tabúes establecidos por el misionero.

—¿Y él respeta nuestros tabúes?

—No.

—Entonces, ¿por qué respetan ustedes los suyos?

—Creemos en sus tabúes, como en todos los otros tabúes. Personalmente, una muchacha ama mucho los tabúes; cree que cuanto más haya mejor será.

—En suma: ¿cuál es la solución?

—Que te hagas cristiano.

—Muy bien, ¿cómo se hace?

—Tienes que encontrar la fe.

—¿Dónde se encuentra? ¿Por los montes, en el hielo o en el mar? ¿Se caza con trampa, arpón o flechas?

—Se encuentra en el propio corazón, una vez que uno escuchó la Buena Nueva y aprendió a obedecer las nuevas reglas que nos enseñan a amar a todos, hasta a nuestros enemigos, a hacer el bien a los que nos odian y a perdonar al que nos hace daño.

—Todo eso me parece completamente tonto.

—No cuando hayas hecho entrar a Cristo en tu corazón, como hizo una estúpida muchacha.

—¿Te ha dolido mucho?

—¿Qué?

—Esa cosa que te entró en el corazón. Sin duda te habrá hecho daño.

—No, Papik, por el contrario, te colma de dulzura.

—¿De manera que si perdonas a los que te hicieron mal y amas a tus enemigos, eres un cristiano?

—Quizá, si lo dice el misionero.

—¿Él es pues cristiano?

—Desde luego que lo es.

—Entonces ¿por qué no te perdona?

Ivalú se quedó reflexionando un instante.

—Tal vez porque sólo tenemos que perdonar a nuestros enemigos, y no a los amigos.

—Pero en fin, ¿qué tabú trasgrediste?

Ivalú arrugó el ceño y dijo:

—Soy demasiado estúpida para comprenderlo, Papik.

—¿Tocaste algún objeto de Titerarti?

—No, no. Pero quizá debo expiar ahora todas las veces que no fui a los servicios dominicales antes de conocer a Kohartok, o el ser hija de pecadores. Un día lo sabré. Mira, nosotros no sabemos nada, en tanto que él lo sabe todo.

—Pero, ¿por qué no te ama, si dice que es menester amar a todos? ¡Y él no te ama, Ivalú! Lo supe por Krulí.

—¡Si haces tantas preguntas nunca llegarás a ser un buen cristiano, mi pequeño Papik! Reflexioné en todas estas cosas hasta dolerme la cabeza, como te ocurrió a ti; pero todo fue en vano. Nosotros vivíamos en un mundo misterioso. Y a decir verdad no sabía hasta qué punto era misterioso, hasta que el hombre blanco me lo explicó.

—¡Oh Ivalú! Mucha gente dice que te has vuelto loca y yo comienzo a creerlo. No dices una sola palabra con sentido. ¡No deberías haberte quedado sola!

Y el silencio que siguió a estas palabras estaba lleno del recuerdo de Asiak, de cuya muerte debía de haberse enterado Papik sólo unos momentos antes. Al cabo de un rato el muchacho agregó:

—Una madre solía decir: «El hombre blanco es como una de sus enfermedades, de las cuales está uno al resguardo sólo en medio del gran frío del norte». Por eso tenemos que irnos tan al norte que hacia cualquier parte que volvamos la mirada nos encontremos mirando hacia el sur; y allí mataremos a quien se atreva a seguirnos.

Alimentada por sus propias palabras, crecía la furia de Papik.

—Ivalú —exclamó poniéndose en pie de un salto— en mi boca hay gusto a sangre. Por un instante pude hablar con Viví a solas y ella estaba dispuesta a

seguirme; pero intervino Krulí diciendo que no tenía que hablarle ni verla antes de obtener el permiso del hombre blanco. Y bien, ahora voy a pedirle ese permiso. ¡Y el hombre blanco hará bien en dármelo!

También Milak se había puesto de pie.

—Voy contigo.

Asimismo Ivalú se levantó.

—Excusen la impertinencia de una muchacha —dijo cerrando rápidamente la salida del iglú— pero alguien desea hablar con el hombre blanco antes que ustedes. Nada bueno puede nacer de la cólera. Iré a verlo mientras ustedes toman té.

—Apresúrate —dijo Papik—, no tengo ganas de tomar té. Siento que la cólera desborda de mí y que no puedo refrenarla.

Estaba pálido, le temblaban, las manos y su cólera inflamó también a Milak.

—Esperaremos un poco —dijo Milak—; luego iremos con nuestros fusiles.

—Pero antes tomen el té.

Con gran prisa, Ivalú puso un puñado de nieve a derretir sobre la lámpara, se sujetó el niño a las espaldas y salió a la carrera.

A través de una ventana de la Misión se filtraba la luz, pero la puerta estaba cerrada.

Kohartok nunca cerraba la puerta. Llamad y os será abierto, se dijo Ivalú para darse ánimo. Y llamó.

—¿Quién es?

—Ivalú.

Se oyó el disparo de la cerradura y Titerarti la hizo entrar. Sobre la silla y bajo la lámpara de petróleo había un libro abierto.

—¿Qué quieres?

Su rostro revelaba cansancio e Ivalú le tuvo lástima. Debía de sufrir mucho, pero sus ojos llameantes no pedían piedad.

—Tengo que decirte cosas muy graves, Titerarti. En este mundo están ocurriendo cosas espantosas: acabo de enterarme de que los hombres blancos, de cuando en cuando son presas de un gran frenesí y que se matan unos a otros en gran número; pronto irán al norte para buscar un metal mediante el cual podrán matar aún más gente.

—¿Y has venido sólo para decirme eso?

—Una muchacha de poco valor pensó que si tú lo sabías podrías correr a repararlo. ¡Precipítate al país de los hombres blancos e infórmales que es pecado matar tanta gente!

Titerarti golpeaba el suelo con la punta del pie.

—Muy atento de tu parte es darme estas informaciones —dijo secamente.

—No hay de qué Titerarti. Fue un verdadero placer.

—¿Y hay alguna otra cosa que un ignorante misionero deba saber, según tú?

—Sí, se trata de mi hermano Papik, que acaba de llegar. Deseo volver con él al

norte, donde la vida está llena de alegría, mientras que aquí no hay más que lágrimas y preocupaciones. Nunca lloré tanto ni reí tan poco como aquí. En otra época todo era muy sencillo. Ahora los pensamientos me dan vueltas en la cabeza. Pienso y pienso, no consigo conciliar el sueño y, cuanto más reflexiono, más confusa me siento.

—Es natural: te torturan los remordimientos. Y quiero esperar que no te marcharás sin retirar antes públicamente lo que dijiste de tu parto.

—¿Y agregar así el pecado de la mentira a todos los otros pecados? Por cierto que no lo haré, Titerarti.

—¡Entonces vete, Ivalú! ¡Y que Dios tenga piedad de tu alma perversa!

—Gracias Titerarti. Es ésta la primera vez que me dices una palabra benévola. Nos iremos en seguida, pero Papik piensa llevarse consigo a Viví, porque en el norte escasean mucho las mujeres. ¿Quieres casarlos en presencia de Dios, antes de que partan?

—Estoy dispuesto a hablar con Papik y espero que mis palabras caigan en un terreno más fértil que el tuyo.

—Siempre dices frases muy bellas, Titerarti. Pero ahora una estúpida muchacha querría saber qué quieres decir con estas últimas.

—Quiero decir que Papik tendrá que oír muchas lecciones antes de que yo pueda convertirlo y acordarle un matrimonio cristiano.

—Pero no hay tiempo. Cásalo en seguida y yo le enseñaré luego todo lo que necesita saber. Conozco bien la Buena Nueva y también el camino del corazón de mi hermano.

—¿Confiar a una mentirosa como tú la misión de enseñar la verdad? Pobre muchacha, ¿es que no terminarás nunca de decir tonterías?

—Ocurre —dijo Ivalú con un hilo de voz— que Papik está decidido a casarse inmediatamente con Viví y que si tú no los unes en matrimonio cristiano ellos se marcharán de todos modos y llevarán una vida de pecado.

—¿De manera que es ésta la clase de hermano que tienes? ¡Es verdaderamente digno de ti!

¿Y tendré que declarar cristiano a semejante hombre?

—¡Para evitar violencias!

—¡Las amenazas del diablo son vanas en la casa de Dios! ¡Llévate a tu hermano y no vuelvas a esta casa hasta que Dios te haya mostrado el recto camino! ¡Ya causaste bastante turbación en esta aldea!

—Creo que precisamente en este momento Dios me muestra el recto camino. No haces sino colmarme el corazón de amargura. Siorakidsok tenía razón: deben de existir muchos dioses y tu Dios no puede ser el de Kohartok. Desde que llegaste aquí Titerarti, no lo sentí ni una vez en mi corazón, porque Él no podría acercarse al lugar en que tú estás. ¡Pero sé dónde encontrarlo!

—¡Sal de aquí, blasfema! —gritó el misionero furioso, señalándole la puerta.

Pero Ivalú ya le había vuelto las espaldas y se alejaba corriendo.

Entró de sopetón en el iglú de Viví. En aquella casa Krulí era la reina y su marido, Hiatallak, tan sólo un siervo, aunque ambos siempre habían mantenido oculto a la comunidad ese estado de cosas. No parecían contentos de volver a verse, sino que estaban distanciados el uno del otro, y con los rostros sombríos y tempestuosos.

Los ojos de Viví, enrojecidos por el llanto, se iluminaron al ver a Ivalú.

—Excusen a una estúpida muchacha que entra sin que la inviten y habla sin permiso —dijo rápidamente Ivalú— pero ocurre que mi hermano está dispuesto a cederles su feísimo fusil y todas sus municiones, que bien poco valor tienen, a cambio de Viví. Papik es un cazador suficientemente bueno.

—¿Y qué dice Titerarti? —preguntó Krulí, con semblante severo.

—Quiere hacer las cosas con tiempo; en cambio Papik tiene prisa. Por eso, si una muchacha impertinente puede expresar su parecer, sería tal vez mejor dársela de un modo u otro, y más tarde, cuando yo haya tenido tiempo de instruirlo, Papik se hará cristiano.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Oh, todos dicen que estoy loca! Pero unos lo dicen por una razón y otros por la opuesta. Sin embargo, una cosa es segura: Papik vendrá a llevarse a Viví y si no se la dan ocurrirá alguna desgracia.

—¡Que venga! —gritó Krulí en tono de desafío—. ¡Por la salvación del alma de nuestra hija, combatiremos hasta el último aliento! ¿No es verdad Hiatallak?

Hiatellak asintió, riendo idiotamente y preguntándose de qué estarían hablando, mientras se rascaba la cabeza.

Viví, con la cabeza enhiesta, mantenía la mirada fija en el rostro de Ivalú.

—¿Irás con Papik si te lo pide, pequeña?

Viví se sonrojó y dijo con un hilo de voz:

—Una muchacha irá.

Un instante después, bajo la mirada aterrorizada de Ivalú que nunca había visto a los padres pegar a sus hijos, el puño de Krulí la derribó al suelo.

Luego la vieja se volvió a Ivalú, como una furia.

—Sal de aquí y que no te vuelva a ver, muchacha malvada. Empiezo a creer que no fue sino el demonio mismo quien te hizo este niño que llevas a la espalda.

Pero Ivalú no la escuchaba; la cólera de Krulí le había hecho recordar la cólera que se estaba alimentando en su propio iglú; se puso pues a correr en dirección a su casa. Comenzaba a sentir el cansancio de tantas idas y venidas y Pupililuk le pesaba.

Encontró el iglú vacío, el pabilo apagado y el agua del té congelada.

Afuera las rodillas parecieron querer ceder otra vez por la ansiedad y el cansancio. No sabía qué hacer, a quién recurrir. Recordó lo que solía contarle Asiak y tuvo miedo: los hombres estaban a punto de cometer algún acto de violencia y los blancos los perseguirían, les envenenarían la vida con la amenaza de su poder, al inscribir los nombres en libros que sobrevivían a la memoria.

Tornó a recorrer el camino que había hecho, jadeante y bañada en sudor,

tropezando frecuentemente por el cansancio, hasta que despertó al niño, que se puso a llorar. Se detuvo varias veces para volver a tomar aliento. Fulgores de hachas encendidas brillaban en el mar oscuro y proyectaban largas sombras ondulantes entre las casuchas blancas; Ivalú aceleró el paso.

Argo pasó junto a ella con una antorcha encendida en una mano y un fusil en la otra.

—¿Qué ocurre Argo? ¿Por qué no estás en tu casa con Neghé, después de tan larga ausencia? —preguntó Ivalú manteniéndose junto al hombre.

—¡Ya corre sangre y pronto correrá más sangre! Tutiak dio muerte a un hombre que no quería devolverle a su mujer, Minik, y el hombre blanco embrujó a Neghé. Tanto es así que se niega a reír conmigo, que soy su marido. Fue a refugiarse a la Misión, perra sin cola, y ahora voy a buscarla, y la aporrearé hasta que le vuelvan las ganas de reír.

—¡Espera, espera! —lo llamó en vano Ivalú. En ese momento oyó el crujir de otras botas sobre la nieve y de pronto Papik y Milak se le aparecieron entre las tinieblas. Ambos iban armados con fusiles y trotaban hacia la Misión.

—¿Eres tú Ivalú?

—Sí, Papik, ¿adonde vas?

En la voz de Papik hervía el deseo de dar batalla.

—Como no volvías fuimos a buscar los fusiles a Nuestros trineos y por el camino nos enteramos de que habían llevado a Viví a la casa del hombre blanco. Ahora vamos a libertarla.

Ivalú sólo a duras penas podía seguirlos. Hachas encendidas, voces y pasos convergían hacia la Misión desde todas partes. Argo iba a la cabeza de los hombres y pronto aparecieron también los dos maridos de Torngek, que llevaban a Siorakidsok sobre la alfombra.

—¡Manden al diablo blanco a su país! —vociferaba Siorakidsok a voz en cuello.

En la explanada que había frente a la Misión se vio de pronto la sombra erguida de la vieja Tippo.

—¡Atrás hijos del diablo!

También ella tenía un fusil que agitaba como una bandera; desde que la expedición había regresado, la aldea estaba llena de fusiles.

—¡No profanen la casa de Dios, porque experimentarán su ira!

—¡Cierra la boca, para que no se te vean hasta los pies, vieja foca desdentada! —vociferó Siorakidsok.

—Aparta ese fusil, Tippo —dijo Argo con aire sombrío y sereno, mientras pasaba junto a la vieja—. Podría dispararse, vieja estúpida.

—Sí, en tus espaldas, si no vuelves atrás en seguida.

Pero Argo siguió avanzando, sin cuidarse de ella.

Papik se le adelantó a la carrera, saltó a la galería de la Misión y se puso a descargar una lluvia de culatazos de fusil contra la puerta.

—¡Haz salir a Viví, hombre blanco, o aquí terminarán tus días entre los vivos!

—¡Alguien quiere ver el color de tu hígado, Titerarti! —gritó Milak con su voz clara y resonante.

—Si lo envían al reino de los cielos le harán un favor a él y también a nosotros —aulló Siorakidsok, con voz de falsete muy aguda, mientras su cuerpo descarnado se agitaba frenéticamente dentro de sus ropas demasiado amplias.

Sonó un disparo y Argo, que había puesto ya un pie en la galería, cambió de idea. Se llevó una mano al costado, luego se desplomó al suelo y allí permaneció inmóvil, mientras su antorcha se apagaba en la nieve.

—Les advertí que no se acercaran a la casa de Dios —gritaba Tippto, agitando el fusil humeante.

—¡Maten a esa vieja loca! ¡Mátenla como a un glotón, arránquenle las tripas! —chillaba Siorakidsok, mientras desde el interior de la Misión se oía el eco de la voz de Titerarti:

—¡Socorro! ¡Que todos los cristianos y los hombres de buena voluntad se unan en la lucha contra el demonio!

Mientras a sus espaldas sonaban otros disparos de fusil, Ivalú alcanzó a su hermano e intentó contenerlo; pero Papik continuaba descargando golpes sobre la puerta, con las venas del cuello y de las sienes prodigiosamente hinchadas. Con todo, la puerta no cedía.

Entonces intervino Milak. Saltó desde abajo, rápido y silencioso, al pórtico y descargó veloz contra la puerta todo su peso. La puerta se quebró como si fuera de nieve y Milak rodó con ella al interior de la habitación, arrastrando consigo a Papik.

Ivalú los siguió rápidamente.

El misionero los esperaba apuntándolos con un fusil; estaba muy pálido pero se mantenía erguido y, con aire de desafío, cubría a Viví y a Neghé; junto a él tenía a Krulí y a Hiatallak.

Krulí blandía la lanza de su marido.

—¡Atrás, Satanás! —tronó Titerarti agitando el arma; era evidente que no sabía manejarla.

Sin dignarse echarle una mirada, Papik arrojó ruidosamente su fusil a los pies de Krulí.

—Toma esto —dijo, procurando parecer sereno— que un hombre se llevará en cambio a Viví.

Y precisamente como lo hubiera hecho Ernenek, se adelantó imperturbable, con desprecio del arma que lo apuntaba y de las garras de Krulí.

—¡Atrás Satanás! —gritó la vieja arrojándole la lanza.

Papik lo vio con toda claridad, pero su dignidad de hombre no le permitía agacharse frente a una mujer; por eso no trató de evitar el lanzazo. El arma le rozó un pómulo y luego fue a clavarse pesadamente en la pared que Papik tenía a sus espaldas. Con el rostro bañado en sangre, Papik siguió avanzando.

Titerarti parecía por fin dispuesto a disparar su arma; pero antes de que pudiera hacerlo, Krulí se arrojó sobre Papik para castigarlo con una lluvia de puñetazos, pero involuntariamente le sirvió de escudo, de manera que cuando Papik la arrojó al suelo, Milak ya había entrado nuevamente en acción.

Rápido como el rayo y silencioso como el sol se deslizó entre los circunstantes indecisos, arrancó el fusil de las manos del misionero y con él le golpeó la cabeza, una, dos, tres veces, y aún más, después que lo hubo hecho desplomarse, hasta que Ivalú se interpuso. Sólo entonces desistió Milak de seguir golpeando. Estaba pálido y tembloroso; luego se volvió y comenzó a romper todo lo que encontró alrededor.

En el ínterin también la cólera creciente había hecho presa de Papik. Con el cuchillo se había puesto a destrozar los libros y a romper los cacharros. Por fin cortó la cuerda que sostenía la lámpara. Por un instante la habitación quedó a oscuras, pero luego el petróleo derramado se inflamó al contacto con la mecha encendida.

El espectáculo de las llamas que se entendían rápidamente sobre el piso de madera, apagó en un instante la furia de los dos hombres. Nunca habían visto un fuego semejante y se quedaron mirándolo, fascinados, hechizados. Pero Hiatallak lanzó un alarido de terror y huyó seguido por Krulí y Neghé. Por la puerta entró una ráfaga de aire que avivó el fuego y las llamaradas derritieron la grasa con que los hombres tenían untados los rostros e hicieron que las pieles se arquearan.

Entonces Papik se arrancó al hechizo.

—Ven Viví, mi trineo está todavía cargado y mis perros están flacos y son veloces. Ven, Ivalú, ven Milak. Alejémonos rápidamente; afuera disparan y podría alcanzarnos alguna bala, porque hay demasiada oscuridad para que la gente pueda saber a quien apunta.

Su cólera se había desvanecido por completo. Cogió a Viví por una mano y la sacó de la casa.

—Corro a preparar mi trineo, que está cerca de tu iglú —dijo Milak a Ivalú—. Allí te esperaré. También mis perros están flacos y son veloces —y así diciendo se largó afuera.

Las llamas habían ya conquistado la mitad del suelo y continuaban avanzando en medio de silbidos y llenando de humo la habitación. Ivalú se puso de rodillas junto al cuerpo de Titerarti, quien, todavía en el suelo, se llevaba la mano a la cabeza ensangrentada y gemía.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó Ivalú tosiendo a causa del humo.

—Tú eres el diablo encarnado —dijo Titerarti con voz quebrada—. Tenemos que agradecerte a ti y a los de tu ralea lo que ha ocurrido.

—Pero si no queremos agradecimiento de nadie.

—Sin ustedes ésta sería una comunidad feliz y tranquila.

—Estamos a punto de partir —dijo Ivalú sonriendo a tal pensamiento—; pero tienes que salir de aquí en seguida, porque las llamas se te acercan.

Lo ayudó a levantarse y salió de la casa presurosamente.

Al bajar tropezó con el cadáver de Argo, que yacía en medio de un charco de sangre. Neghé le sacudía la cabeza y lo llamaba llorando. Un poco más allá estaba Tippo que, con la cara en la nieve se agitaba en los últimos estremecimientos. Toda la explanada que había frente a la Misión estaba desierta. Algunas antorchas abandonadas, porque su luz ofrecía buen blanco, crepitaban en la nieve y el aire estaba impregnado del acre olor de la pólvora de los disparos, nuevo para Ivalú.

La cólera se había extendido. Se había iniciado la guerra santa. Detrás de las casas y de los iglúes resonaban tiros y gritos; pero tanto los cristianos como los paganos disparaban sobre todo para calentarse los guantes, porque resultaba imposible ver nada en la noche, de la que había desaparecido hasta la última estrella.

Ivalú caminaba rápidamente. Oyó que algunos proyectiles le silbaban en torno, pero en ningún momento sintió miedo de que la alcanzaran. Estaba contenta porque Pupiluluk se mantenía tranquilo.

—¡Aniquílenlos a todos! ¡Aniquilen a los pecadores heréticos! —oyó que gritaba Titerarti a sus espaldas. Y al volverse lo descubrió, largo y negro, en el marco de la puerta, destacándose contra el fondo de fuego, mientras el edificio de la Misión se transformaba en filigranas sutiles.

Estaba agotada; sin embargo, mantuvo el paso veloz, bajo el cielo enrojecido por los reflejos del incendio, hasta que el estruendo de la batalla se desvaneció en el pasado.

El viento había calmado, la noche era tibia y el aire prometía nieve; por eso los sonidos no llegaban lejos.

Encontró a Milak aporreando a los perros que se habían declarado en abierta rebelión, porque en lugar de la comida esperada seguían viendo el látigo.

—Papik y Viví ya partieron —dijo Milak— seguiremos sus huellas.

—¿Tomaste mi lámpara y los otros enseres del iglú?

—Sí, saqué todo lo que podía servir.

—¿Unciste a la cabeza del tiro las perras que están en celo para que los perros tiren con mayor brío?

—¡Desde luego, pequeña! —respondió Milak alegremente.

—¿Y enganchaste al final las que están embarazadas para que los demás perros no se coman a los cachorros que podrían nacer en el camino?

Tendremos necesidad de nuevos perros de trineo.

—¡Hice todo lo que era necesario! Ahora sube, que alguien desenredará las correas. Pero Ivalú no obedeció. Los perros estaban excitados y se mordían unos a otros, gruñendo, sordos a las órdenes. Entonces, bajo los ojos admirados de Milak —pues eran pocas las mujeres capaces de gobernar un tiro de perros—, Ivalú tomó la vara y sistemáticamente la descargó sobre los perros, los cuales cuando se pusieron en orden de marcha, volvieron a recibir otra tunda y empezaron a tirar con tanto brío que si el trineo no hubiera avanzado, la tierra se habría corrido hacia atrás; entonces Ivalú saltó al trineo, delante de Milak, de cuyas manos tomó el látigo de corto mango

de madera y de larguísima tira de piel de foca, por ver si conseguía aún hacerlo restallar contra el viento de la carrera, hasta las orejas del perro cabeza.

Y lo conseguía aún muy bien.

Como recordaba, nunca había que azotar al perro cabeza, porque éste, como todos los jefes que se respetan, era orgulloso y si sentía el fuego del látigo en su cuerpo, inmediatamente mordía al compañero que tenía más cerca, para demostrar que no quería creer, que no podía admitir que el latigazo estuviera dirigido lealmente a él, sino que el torpe amo había seguramente errado el golpe.

Aunque tiraban con gran brío detrás del cabeza, los perros apenas humeaban, porque hacía calor. Ivalú dejó el látigo y se abrió la chaqueta hasta la cintura, para sentir en el pecho el viento de la carrera. Aspiró profundamente, saboreando el aire cargado de la fragancia de la inminente caída de nieve. Al cabo de algunas bocanadas, Ivalú había recuperado sus fuerzas.

—Milak —gritó absorbiendo el viento—. ¿Por qué permanecí tanto tiempo alejada de los trineos? ¡Me siento otra vez llena de alegría! ¡Soy feliz, Milak, cuando pienso en el iglú que construiremos cuando estemos cansados, y en el iglú seré feliz pensando en la carrera que seguiré al reposo! Pero, ¿serás feliz en el norte, Milak?

—Siempre puedo volverme atrás, si no estoy contento.

—No, nunca podrás volver.

—¿Por qué no?

—Mataste a Titerarti, Milak —dijo Ivalú con voz tranquila—, y bien sabes que los hombres blancos nunca te lo perdonarán y que tu nombre quedará inscripto para siempre en sus libros.

—¿Estás segura de que murió?

—Está muerto y quemado. Lo vi con mis propios ojos —e Ivalú se dio cuenta de que por fin había aprendido a mentir.

—Entonces —dijo Milak con indiferencia— me ahorraré el fastidio de hacer un viaje al sur. Pero, ¿sigues todavía decidida a no reír conmigo? Has de saber que yo por mi parte decidí hacerte reír, pequeña, aunque sea a palos.

—Ya te lo advertí en el iglú, pequeño Milak —dijo con voz baja y de nuevo grave—. En las largas noches solitarias rogué a Dios que me diera alguna señal y Él oyó mi plegaria y me dio esta criatura que ahora duerme tan tranquila. ¡Es una señal demasiado clara, Milak! Por eso estoy resuelta a sacrificárselo todo; ¡hasta a ti te sacrifico! Tal vez haya en el norte un rinconcito que los hombres blancos no descubran y donde no hagan saltar el hielo; y allí lo criaré en la verdad, y de allí, si su Padre lo quiere, partirá un día para preparar los caminos de Dios, para enderezar sus senderos.

—A veces pienso que no eres tú la que habla, Ivalú, sino que lo hace un espíritu extraño que entró en tu cerebro, y me parece que estás loca, y esto me da miedo.

Ivalú rió.

—Tienes razón, Milak. Alguna vez empleo las frases del Buen Libro para

expresar mis ideas, porque me es más fácil concebirlas que traducirlas en palabras; pero llegará un día en que mi hijo sepa expresar lo que su madre sólo puede sentir. Él será el Salvador que necesitan urgentemente los hombres blancos.

Y como Milak no respondiera, Ivalú agregó:

—Si Dios no desea que Pupililuk siga las huellas de su otro hijo, así como nosotros seguimos la pista de Papik, si Él considerara a sus criaturas indignas de un nuevo Salvador, porque ignoran las enseñanzas del primero, pues bien, Dios revelaría este deseo, dándome alguna otra señal. ¿No comprendes?

«Oh, pequeña Ivalú», pensó Milak angustiado, porque esa señal él ya la había visto, la había visto desde el momento en que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad: la capucha de Ivalú no era sino una gran mancha de sangre en cuyo borde se bamboleaba exánime la cabeza de Pupililuk.

La voz jubilosa de Ivalú lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Mira, aquella perra está pariendo!

Desde hacía ya un buen rato, la perra más próxima al trineo daba señales de inquietud, se volvía frecuentemente como para morderse la cola, lo cual le había valido recibir más latigazos que sus compañeros. Ahora, ayudado por el movimiento, cayó en la nieve el primer cachorro liado en un envoltorio. Ivalú lo recogió en plena carrera y con los dientes rompió la envoltura elástica y humeante. Se restregó el cachorro húmedo contra el rostro y luego se lo pasó a Milak, que se lo metió en la chaqueta, mientras Ivalú se preparaba a recoger los otros. Alcanzaron en total a once, y nacieron a intervalos que dieron justo el tiempo suficiente para desembarazarlos de la envoltura; pero Ivalú sólo liberó los cinco primeros, porque una perra en viaje no podía criar más; en cuanto a los otros, que daría como comida a los perros del trineo, los mantuvo expuestos al aire y rápidamente se endurecieron al viento de la carrera.

—Esperemos que Papik se detenga pronto; así yo y la perra podremos alimentar a nuestros pequeños —dijo Ivalú—. Felizmente Pupililuk está muy tranquilo. ¡Cuan juicioso se muestra ya!

—Pero los cachorros ya me dan mucho que hacer en torno a mis pechos —dijo Milak esforzándose por sonreír.

Ivalú en cambio se rió de todo corazón.

—Pequeño Milak, ¿podremos alguna vez entendernos?

—¿Por qué lo dices?

—Es que somos tan diferentes. Yo soy estúpida; tu, inteligente; yo soy lerda, tú ágil; vengo del norte, tú vienes del sur, lo cual significa que prefiero comer carne, mientras tú prefieres comer pescado. Además yo soy una mujer, en tanto que tú eres un hombre.

—¡Concordaremos como el arco con la flecha, pequeña! Pero por ahora tenemos otra cosa en qué pensar. Mira, ha comenzado a nevar, y esto bien puede ser una ventaja, porque la nieve borraré nuestras huellas y nadie podrá seguirnos, pero puede también ser un inconveniente, si Papik no se detuvo, porque perderemos las suyas.

—No temas, Milak, Papik sabe cómo debe viajar en el hielo y lo que debe hacerse.

Tendieron el oído y aguzaron la vista. Los perros empezaban a agitarse, mientras husmeaban y ladraban y bien pronto se oyó la respuesta de otros perros en la noche.

—¡Ocurre que se detuvieron! —gritó Milak con aire triunfante.

—Y la nieve está cayendo espesa, espesa —dijo Ivalú volviendo al cielo el rostro y abriendo la boca para recibir en ella los copos.

La nieve caía espesa, espesa, y cubría sus huellas.



HANS RUESCH (Nápoles, 17 de mayo de 1913 – Massagno, 27 de agosto 2007). Era un piloto de automovilismo y escritor suizo. También fue un activista con actuación internacional, contra la experimentación con animales.

Era un entusiasta del automovilismo. Como piloto profesional, llegó a alcanzar grandes vitorias internacionales, hasta que en la víspera de la 2.^a Guerra Mundial, partió para los Estados Unidos, donde se manifestó su vocación literaria. Comenzó colaborando en diversas de las famosas revistas norteamericanas. Su primer libro fue *El país de las sombras largas*, novela que ya ha sido traducida a 21 idiomas.